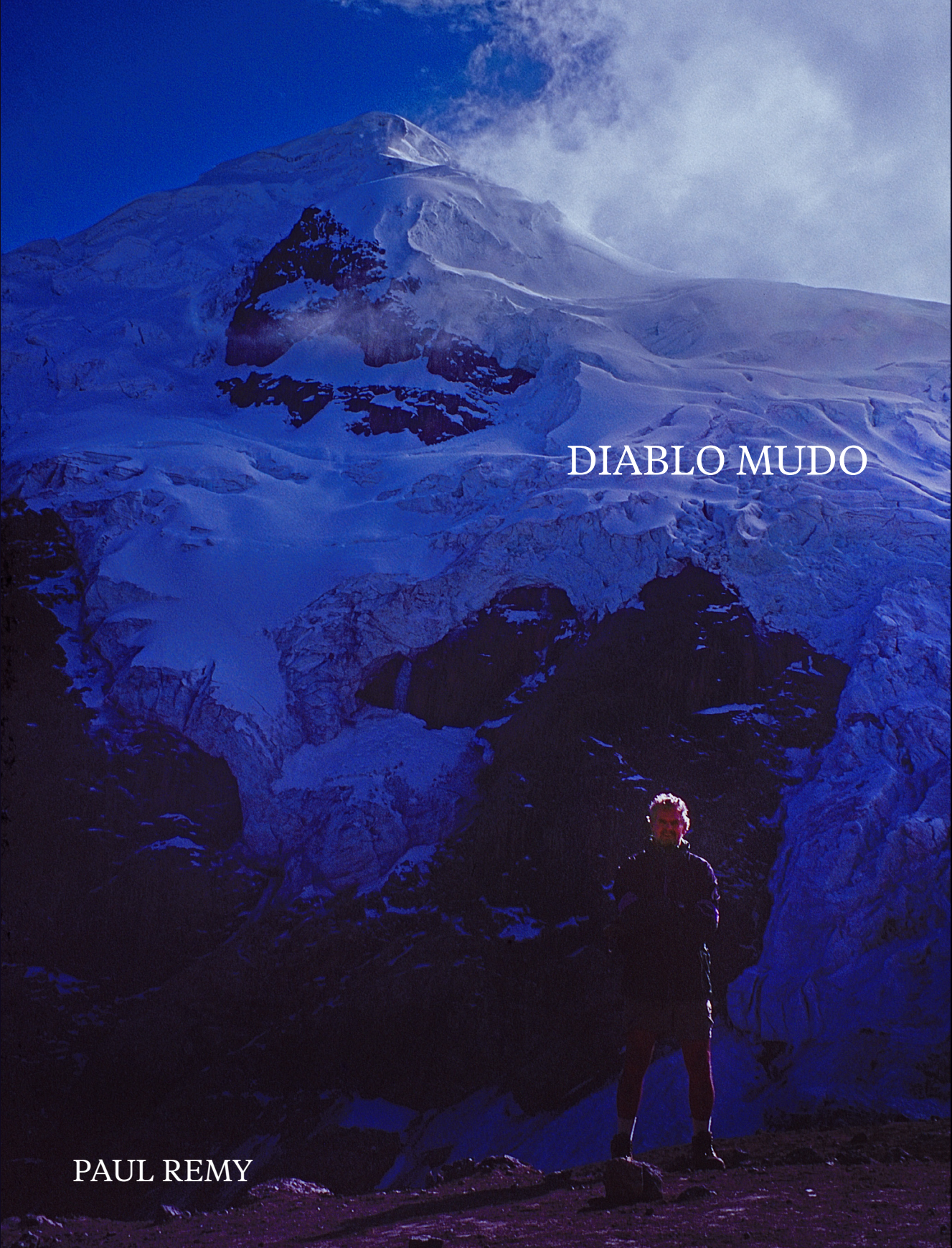


A full-page photograph of a person standing in front of a massive, snow-covered mountain peak under a blue sky with wispy clouds. The person is standing on a rocky outcrop in the foreground, looking towards the camera. The mountain behind them is covered in snow and has some dark rock patches visible. The sky is a deep blue with some white clouds near the horizon.

DIABLO MUDO

PAUL REMY

Relación de mis jornadas camineras por remotos parajes altoandinos peruanos, en donde cimas, nevados, glaciares, crestas, espolones, plegamientos, morrenas, abras, divisorias, collados, mesetas, cañones, gargantas, escarpas, abismos, desfiladeros, despeñaderos, derrubios, hoyadas, páramos, bofedales, pastizales, bosques, puquios, nacientes, arroyos, cascadas, ríos, valles, lagunas, dispersos caseríos y gente de altura, dejan -a quien por allí se aventurase- el espíritu pasmado de tan formidable experiencia.

Paul Remy

DIABLO MUDO

Autor-Editor: © Paul Remy

Producción y diseño editorial: Wust Ediciones

Fotografías: Paul Remy Oyague (excepto páginas 271 y 277)

Primera edición, febrero 2025

Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Lima, Perú

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del autor y del editor.

A Pablo López Alejo,
de todas maneras.

Solvitur ambulando

(Se resuelve caminando)

San Agustín

Nada hay más presumido que escribir
un libro sobre uno mismo.

Índice

Prólogo	10
Introducción	16
 APROXIMACIÓN	 29
Churup	30
Llanganuco - Santa Cruz	36
Olleros - Chavín	46
Artesonraju	50
 ASCENSO	 55
Ishinca	56
Salcantay	66
Huantsán	74
Ausangate	80
Camino Inca	88
Cedros	96
Torres del Paine	102
Choquequirao	116
 CUMBRE	 133
Huayhuash	134
Pablo López	140
Rasac	146
Por Cajatambo	150
Piloto audaz	154
Nueve días	160

DESCENSO	177
Uyuni	178
Lampa cordillera	190
Cañón del Apurímac	198
Churup y Laguna 69	218
PERCANCES	223
Pasadores enganchados	226
Burros rebeldes	228
Cerdo alzado	232
Jaula de Faraday	238
Empujón al vacío	244
Mal cálculo	248
Avería pulmonar	254
COMPROMISO	
DE ESCALADA	261
Atrapado por la decisión	264
Cerebro que manda	266
Entre negocios y montañas	268
Trágicas consecuencias	272
DIABLO MUDO	279

Prólogo

Cuando pienso en los lugares del mundo que he podido conocer, siempre intento recordar los mejores momentos, sensaciones, paisajes y experiencias. Todos ellos me llevan a un denominador común: el camino, el camino por donde llegas y el camino por donde retornas.

Hoy limpiaba los pequeños caminos que hay en el entorno de mi casa, pues vivo en el campo, y con las últimas lluvias las hierbas y forrajes los han desaparecido y eso complica la más mínima faena. En este afán de recuperar esos pequeños senderos machacando el suelo con una rústica herramienta que me remece todo el cuerpo con cada golpe, lo poco que logro arreglar me da la impresión que tan sencilla tarea no se verá acabada nunca.

Pienso entonces en todos esos caminos que hay que recorrer y que he recorrido y me pregunto por qué son tan diferentes; éste tan corto que me hace patear y estos otros entre montañas que me llenan el pecho al hacerme sentir fuerte e invencible. ¿Será que el primero es cotidiano y el segundo te da aires de conquistador? ¿Conquistador de qué?, por citar a Lionel Terray. Conquistador de lo inútil.

En este libro el autor narra en forma sencilla de estos caminos que no llevan a ninguna parte y nos llevan a todas a la vez, que de forma estoica y con hidalguía quijotesca ha recorrido, viendo gigantes en las montañas y moros de Argel en las piedras del camino con las que tropieza.

Hay caminos de herradura por donde transitan las bestias de carga, estos nobles animales de mirada cristalina y resignada, que transportan nuestras

viandas y pertrechos para que nuestra estancia en la montaña sea posible. En su corta vida solo obedecen y caminan, a veces a fuerza de golpes, con la espalda doblada por el peso, sin queja ni reclamo. Toda su vida en el camino y también, en el camino, su muerte.

Caminos de toros, como los de las cordilleras de Miguel Hernández, serpenteando por las laderas hacia el abrevadero o a los pastos más alejados. Cuántas veces los seguimos pensando que son el camino, y cuando se difuminan bajo tus pies caes en cuenta que tienes que regresar en busca del camino que perdiste, del aliento, del sosiego y del orgullo.

Caminos de zorros y jabalís, donde la línea recta parece el camino más corto pero los espinos y matorrales te convencen de lo contrario. No obstante, lo caminado te hace seguir abriendo camino y a cada paso rompiendo el follaje y sacándote las espinas del cuerpo, el arrepentimiento por haber tomado la decisión de acortar camino se torna en un duelo a muerte entre tú y el espino.

Caminos de piedra, piedra dura, piedra blanda, vertical y vertiginosa, suave y lavada donde la adherencia es el arte de caminar a sabiendas de que acabarás con tus posaderas golpeando el duro y frío suelo marmolado. Piedras que caminan y te acompañan al andar, piedras que vuelan porque no quieren quedarse atrás, y en esta competencia sin laureles uno pierde siempre. Calzadas de pétrea disposición olvidadas en el tiempo que cruzan collados y cerros, y también el pueblo que Chocano buscaba, y cuando preguntaba por él, –¡Aquí nomás!– le contestaban, donde unos gentiles conquistaban a otros gentiles y el conocimiento iba y venía.

Caminos de tierra en días de estío, donde el polvo que levantan los pasos del que te precede te nublan la vista y apelmazan el aire. Vas respirando el camino..., ¡mejor espero, me siento y me fumo un cigarro! Que haya distancia, que corra el aire.

Prólogo

Caminos que suben por valles interminables que te aproximan a tu destino, por laderas que cortas en zigzag y por morrenas de piedra y polvo blanco. Dos pasos de ascenso; uno y medio de descenso. Pasos cortos unos y largos otros que te cortan el ritmo, con una mochila en la espalda empuñada en frenar tu avance, siempre tirando para abajo, un lastre que no puedes perder. Todo depende de ella: comida, equipo de escalada, abrigo, lo mínimo imprescindible para conseguir llegar al objetivo. Treinta kilos que tienes que subir y los mismos treinta que tienes que bajar. Y la morrena allí; suelta, alegre y desprendida como quinceañera en su día de fiesta.

Caminos de hielo, de pasos crujientes en la madrugada, pasos que no dejan huella en un manto de lentejuelas que tintinean con la luz del frontal y dan las señales de las condiciones óptimas que nos brinda la montaña. Señales que te quitan el miedo y andas decidido sin sentir el frío que camina contigo como tercero de cordada, y el calor del medio día todavía dormido en el oriente, alentado por la buena voluntad de la montaña para que sigas avanzando; un permiso no firmado para que llegues a la cumbre, donde termina un camino y comienza otro, otro sin crujidos, sin lentejuelas, sin permiso.

Caminos de agua que tallan la roca y dan forma al paisaje montañoso que abren cañones y barrancos por donde nos gusta ir en busca de la aventura en días de verano, chapoteando por badinas, marmitas y estrechos, caminando con los brazos como seres anfibios, librando cascadas y torrentes, nadando a favor de la corriente, disfrutando del líquido elemento, caminos peligrosos para los profanos, pero seguros y divertidos para los habituados.

Caminos de viento que te cortan la cara y congelan la barba, peinándola de carámbanos de hielo, viento que te cierra el paso en los collados y te quiere tirar al abismo en las crestas somitales, celoso porque te quieres quedar con la montaña.

Caminos sin retorno, los que he tenido la suerte de no andar pero que bien conozco, que muchos recorrieron, compañeros y amigos entre ellos, caminos normales y benévolos por donde unos vamos y otros no vuelven, caminos de piedra, de hielo, de agua, de tierra, caminos de sueños y de ilusiones, caminos a la montaña que nos llama, como las sirenas a los marineros para llevárselos a las profundidades del océano, caminos de suerte, ni buena ni mala, solo la que nos toca en ese momento, caminos como los del poeta que cruzan la montaña en febrero y no te dejan mirar atrás.

Pablo López Alejo
Shancac, agosto del 2024.



Introducción

–Hasta donde recuerdo, desde siempre quise ser un gánster–.

¡Descuiden, esa frase no es mía! Es de Ray Liotta en la primera escena de la gran película Goodfellas. Me permito utilizarla como llave de entrada para adaptarla a una que en algo iría conmigo.

–Hasta donde recuerdo, siempre quise ser un explorador–.

–O al menos intentarlo–.

De chico iba y venía en la tranquilidad de mi grato barrio de San Antonio. Todo quedaba cerca: colegio, parque, parroquia, cine, casa de la abuela y, por supuesto, de los amigos. Allí lo de explorador lo tenía en la imaginación alimentada por las fascinantes novelas de Julio Verne y Emilio Salgari, las magníficas enciclopedias de varios tomos que no faltaban en los hogares y que eran una ventana al mundo y una que otra aventurilla por los cercanos maizales y acequias que lindaban con mi distrito.

Cuando a los once años de edad nos mudamos la familia completa a Chaclacayo sentí que me internaba en territorio inexplorado. Pueblo soleado, casas de amplios jardines y huertos, burros jalando carretas por calles que muchas eran de tierra, procesiones todos los sábados con cohetes, anda y banda, paso de trenes que hacían vibrar el suelo mañanas, tardes y madrugadas, río en crecida durante el verano que se escuchaba hasta mi casa y una diversa fauna de amigos nuevos en juegos de cornisa.

Ya sea jugando pelota, zampándose a los clubes, trepando muros de las casas para robar pacaes –ya pasados los veinte años lo seguíamos haciendo y los dueños de las casas nos largaban a carajos, aunque por dentro sonreían con malicia: en sus tiempos habían sido más mataperros que nosotros–, lanzándose al río en cámara de llanta o subiendo cerros y bajándolos a la carrera, con eventuales pacíficas guerras a pedradas: los situados cerro arriba, aprovechando la ventaja, lanzándolas con la mano, los de abajo con *huaraca*, para compensar la desventaja.

Cuando menciono juegos de cornisa me refiero a que mis nuevos compañeros andaban en la indefinida frontera del purgatorio: eran palomillas de alto desempeño y a tiempo completo. Dicho de otro modo, tenían su punto de cabrones.

Una anécdota basta. Andaba con frecuencia con dos hermanos de entre doce y catorce años que cada dos domingos su papá se los llevaba –quíéranlo o no– de paseo en tren hasta La Oroya. Mantengo su identidad en reserva pues hay maldades que no prescriben y menos aun se perdonan. Se embarcaban temprano en Chosica y regresaban casi de noche. Ya los dos andaban aburridos de este repetitivo paseo dominical y me pidieron los acompañe, cosa que acepté entusiasta.

Nos sentamos en un vagón distinto al de sus papás y me avisaron que iban a repetir una broma de probado éxito, advirtiéndome que no hiciera nada y que jurara por mi madre mantenga después total silencio sobre el hecho. Asentí intrigado mientras abrían sus maletines para sacar unas galletas, donde entre chompas y frutas asomaban algunos periódicos. –Será para matar el aburrimiento leyendo noticias o resolviendo palabras cruzadas–. pensé.

A medio viaje, me ordenaron en voz baja que cierre los ojos con fuerza y me quede así hasta que me avisen. Obedecí sin preguntar hasta que un par de minutos después recibí un leve codazo: abrí los ojos y el tren acababa

Introducción

de ingresar a un túnel largo. Con las pupilas bien dilatadas, podía ver con claridad el interior del vagón, pero los pasajeros que venían deslumbrados por la intensa luminosidad exterior del sol, quedaban momentáneamente ciegos.

Esto los sabían los dos capullos, que como por un resorte se levantaron de sus asientos y empezaron a la carrera a recorrer el pasillo del vagón dando tremendos periodicazos en la cabeza de los pobres pasajeros que no tenía cómo ver y saber qué carajo podía estar pasando. Con cálculo matemático, poco antes de salir del túnel, retornaron a sus asientos, no sin antes dejarle los periódicos hechos flecos a un viejo que habían detectado tenía cara de cascarrabias y a una monja gorda que no había soltado el rosario desde que subió.

Apenas el tren salió del oscuro túnel se iluminó el interior del vagón. Los pasajeros totalmente aturridos, algunos sin sombrero, otros sin anteojos, se preguntaban a gritos qué había ocurrido y miraban con ira al viejo y a la monja que con los periódicos en el regazo estaban tan sorprendidos como el resto, mientras pequeñas migajas de papel todavía flotaban en el ambiente como rezagos de una explosión. Mis amigos, por cierto, se habían desordenado el pelo para aparentar haber sido víctimas y se sumaban airados al coro que exigía represalias.

Bueno, de esas y otras calaveradas de esa naturaleza se andaba por Chaclacayo en ese tiempo. La línea divisoria entre lo travieso y lo avieso era difusa, variable, flexible, cambiante y adaptable según convenía, lo que hacía que se la pasara realmente bien. Sentía que esa era la libertad bien entendida y en estado puro: se cumplían las tareas, se obedecía a los padres, se decía lo que pensaba, se hablaba como quería y se hacía lo que se podía, sin otro límite que el carácter de cada quien.

Ese territorio nuevo, rodeado de cerros, cielo azul, sol radiante y verdor me encantaba y lo disfrutaba a lo grande. Siempre había un lugar lejano y nuevo por descubrir, siempre una propuesta de los compañeros para ir

de excursión al cerro que estaba más allá, o a las chacras, o al río, o a ver pasar el tren previa colocación en el riel de piedritas, monedas y chapas de botella para ver cómo quedaban. Y también para ver qué pasaba.

Una que recuerdo fue realizar el cruce a pie desde California en Chosica hasta Chontay en Cieneguilla. Con un amigo teníamos vaga información –no verificada, obviamente– que la ruta tomaba tres horas en total, de modo que confiadamente la empezamos al mediodía, para tener margen. Un par de sándwiches, agua en botellas de Inka Kola, caramelos, gorra, casaca y dos soles para el pasaje de regreso. No bolsa de dormir, no bastones, no linterna, no fósforos, no brújula, no crucecita, nada. Tampoco revisamos un plano ni indagamos quién otro había hecho el recorrido.

Total improvisación, también en estado puro.

Caminamos sin detenernos en un ascenso largo y ya cuando el sol se ocultaba estábamos sobre un manto de nubes. Con seis horas caminando, lo de las tres horas previstas en total era indicador que estábamos en un completo error. Entre regresar y bajar el cerro sin luz por seis horas o continuar el camino asumiendo que debajo de las nubes cerca se encontraba nuestro destino, optamos por lo segundo y continuamos la marcha por la huella que aun con luz ya se mostraba imperceptible. Por allí nadie andaba.

En algo iluminados por una luna creciente caminamos a tientas siguiendo el sentido de la quebrada que nos llevaba abajo. Nuestra idea era que, si estábamos perdidos, cualquier quebrada descendente nos llevaría a otra mayor y así sucesivamente hasta llegar a un curso seco que acabaría en el río Lurín, si habíamos mantenido la ruta correcta, o al río Rímac, en señal que nos habíamos dado un vuelcón.

Como a las nueve de la noche vimos unos lejanos resplandores que asomaban sobre los perfiles de los cerros que sin duda eran de faros de autos. No los

Introducción

veíamos directamente, pero quedaba claro que por allá andaba la civilización. La salvación, mejor dicho. Discutimos si manteníamos el camino de bajada por la quebrada –al que ya le habíamos perdido la fe– y resolvimos que convenía ir directo a las luces. De modo que hicimos un ascenso largo en cuatro patas por el flanco escarpado y luego una bajada con sus correspondientes tropezones.

Calculo que todo este desvío nos tomó un buen par de horas, hasta que felizmente llegamos al río. Extenuados pero enteros. Metimos la cabeza a un recodito del río para tomar agua directo, nos acurrucamos al lado de un alfalfar y dormimos lo que pudimos.

Amanecimos y comprobamos que el recodito era de agua empozada, turbia, llena de musgos y con bosta en la orilla. Mitad muertos de cansancio, mitad de risa y mitad de orgullo por haber salido bien librados, regresamos a casa en colectivo, por supuesto sin declarar a nuestros papás la odisea de habernos perdido, haber tomado agua podrida y demás. Todo producto de la absoluta falta de planeamiento, pero a una edad que uno se siente inmortal, sentimiento que hasta hoy ilusamente me acompaña.

Los grandes exploradores cautivaban a sus amplias audiencias con vívidos relatos de sus penurias, lances y desventuras y eran aplaudidos como héroes. Pero entre exploradores profesionales –muchas veces competidores entre sí– existía un código silencioso que establecía que, si bien enfrentar con éxito todos esos percances y males podrían atribuirse a la fuerza de carácter y la entereza ante la adversidad, a la vez deberían imputarse a la falta de planeamiento y preparación logística, diseño de la ruta, entrenamiento físico y psicológico, anticipación a imponderables y mil factores que debieron ser previstos.

Tal afirmación la planteaba sin tapujos Vilhjálmur Steffanson. Un polémico norteamericano explorador del ártico, al señalar literalmente que verse envuelto en una situación de riesgo extremo no era otra cosa que clara señal

de incompetencia. Sostenía que todo aquello que contaba como heroísmo del explorador debía ser descontado de su profesionalismo. Digo polémico pues a pesar de ser reconocido y premiado en innumerables ocasiones, sus sucesivas expediciones dejaban más muertos que supervivientes.

De modo que –entre nos, se decían unos a otros– serás una gran figura para los grandes públicos, pero para nosotros eres simplemente un irresponsable y torpe improvisado.

Mantenia mis dos mundos. A pesar de vivir en Chaclacayo, continué en mi colegio en San Antonio y de un día a otro reemplacé las seis cuadras que debía andar de mi casa a las aulas por un recorrido de cuarenta kilómetros que por épocas hice con alguna movilidad contratada y en otras en colectivo o bus.

Cada mañana pasaba semidormido por Morón, Ñana, Huascata, Huaycán (en ese tiempo era puro sembrío con dos casitas al fondo), Tambo Pariachi, Santa Clara, Vitarte, Puruchuco, Santa Anita, Yerbateros y el Parque Universitario. De allí otro bus hasta Miraflores. Odiaba ir al colegio, pero una vez entraba por la puerta me sentía totalmente a gusto.

En el trayecto llegando a Lima, por la zona de cerro El Pino, siempre se apostaban en un terral un grupo de vagos que tirados sobre sucios cartones y frazadas calentaban un revoltijo comunitario de lo que encontraban en un latón rectangular de aceite (cuyo segundo uso era para transportar kerosene, con su tapita adaptada de papel enrollado). Confieso que sentía envidia de esa libertad que tenían estos menesterosos de no tener que ir al colegio y poder quedarse allí, como gallinazos sin plumas, esperando que transcurra el día. Pero apenas llegaba al colegio se me esfumaba la envidia, que me asaltaba al día siguiente cuando los veía de nuevo.

El Centro de Lima era para mí un entorno nuevo que yo miraba absorto. Curanderos con botellas de batracios y fetos de carnero en formol, carretillas

Introducción

con cocinillas tipo *primus* incorporado, torres de huevo frito apilados en equilibrio inestable y unas salchichitas rosadas que al poco tiempo les agarré gusto, emolienteros de coloridos jarabes, disforzados actores ambulantes, vendedores de ropa, baratijas o libros, profesores recurseros de oratoria, recelosos apostadores con dados o los del truco de los vasitos. Y un punto más: uno caminaba por el Parque Universitario a las siete de la mañana o de la noche y no pasaba nada.

Pero fueron esos más de diez años en Chaclacayo los que me engancharon con las montañas. Desde allí se podía tomar un bus o el tren para subir hasta Matucana e incluso San Mateo y regresar en el día. Y como no me quedaban Vernes o Salgaris para leer, empecé a interesarme por la geografía, la historia, los relatos de los grandes viajes y de los grandes exploradores: Marco Polo, Colón, Vasco da Gama, Magallanes, Balboa, Urdaneta, Barreto (Isabel Barreto, la primera mujer almirante), Cabeza de Vaca, Ross, Wedell, Amundsen, Scott, Nansen, Shackleton, Peary, Byrd, Livingstone, Cook y demás.

Muchos de ellos ingleses navegantes con trascendencia histórica, más gracias a la propaganda que desplegaron que a sus esfuerzos reales, pues buena parte de sus hallazgos ya habían sido descubiertos y documentados por los españoles siglos antes.

Abrevio un poco. Ya cuarentón me aventuré a las caminatas de montaña con entusiasmo y convicción, con rutas largas y exigente que tomaban de cuatro días a más, planeadas con guías y logística especializada y con diversos amigos o grupos con los que enganchaba. De ello trata este libro, en el que reúno relatos de algunos de las cerca de cuarenta salidas que hice a lo largo de varios años por muchos caminos cordilleranos del Perú.

Como siempre estuve equipado de cámaras fotográficas compactas, acopié un buen número de fotos. Justamente mi idea inicial fue plasmar esa amplia colección de imágenes a las que eventualmente acompañaba pequeñas

secciones de texto. Pero a medida que elegía una foto, brotaba como un géiser un chorro de vivencias que había que capturar rápido con lápiz y papel a mano, como los sueños que, si no se reconstruyen al despertar, se evaporan en la memoria de la mañana.

Cuento de todo: desde trochas riesgosas, trepadas extenuantes, bajadas mata rodillas, caídas de rayos, ensordecedoras avalanchas, arroyos traicioneros, morrenas odiosas, malanoches interminables, fríos insoportables, tormentas, lluvias, nevadas y granizadas, vientos impredecibles, golpes de calor, afecciones pulmonares severas, hasta noches en negro absoluto iluminadas por miles de luciérnagas, amaneceres grandiosos, cúpulas celestiales estrelladas, nubosidades imponentes, verdores de mil tonos y hielos eternos que atrapan la más completa paleta de azules.

Advierto que de este sencillito conjunto de relatos no debe esperarse grandes disquisiciones existenciales, ni demostraciones de alta técnica, ni despliegue de esfuerzos sobrehumanos, ni profundos análisis astrofísicos, geológicos o etnográficos. Para eso están los antiguos filósofos griegos (lo que se planteó después ya lo habían dicho estos), Carl Sagan, Neil de Grasse, Reinhold Messner, los hermanos Pou, Johan Reinhard, entre otros.

Por el contrario, son simplemente el recuento de lo que uno ve, algo de lo que uno siente y su cuota de lo que a uno le pasa. Hay mucho de introspección en las largas jornadas donde solo se escuchan las pisadas y respiración propias, pero casi todo eso queda en uno mismo porque no es fácil describirla y es fundamentalmente para uso personal. Sabiendo que hoy todos saben leer pero no ejercen, no espero tener mucho lectores.

También aviso que tiendo a perder hilo del tema central en que me aboco y con frecuencia me voy por las ramas. Quizá esas desviaciones tengan algo más de interés. He encontrado muchísima riqueza en las divagaciones en que incurría Michel de Montaigne en sus Ensayos. Es genial esa de que por cada

Introducción

órgano que se atrofia, otro se potencia y lo compensa. Si hubiera nacido tres siglos después algo habría conocido –y sin duda reflexionado– sobre la teoría de la evolución de las especies de Darwin. Montaigne la hubiera certeramente redondeado: el hombre desciende del mono... y sigue descendiendo.

El libro está organizado en capítulos ordenados en una poco estricta secuencia que de alguna manera combina la naturaleza e intensidad de las expediciones con su cronología.

El primer capítulo lo titulo APROXIMACIÓN y cubre mi iniciación con las montañas, con rutas bastante frecuentadas y de exigencia media. Fue mi etapa de aprendizaje y conexión definitiva con este entorno maravilloso. Cuando adquirí más experiencia me embarqué en expediciones más ambiciosas, las que relato en el capítulo de ASCENSO. Hay allí varias de alta intensidad, como alcanzar la cima del nevado Ishinca, aunque más exigente me resultó el duro Cedros y mucho más aun el terriblemente desafiante Choquequirao, no en la ruta más frecuentada sino en una bastante bestia a la que nos metimos sin saber.

Al tercer capítulo lo denomino CUMBRE, no porque haya coronado más picos –con el Ishinca fue suficiente para mí– sino porque en él reúno el conjunto de expediciones a la emblemática Cordillera Huayhuash, una de las más espectaculares del mundo para las caminatas de montaña. Las cinco que realicé allí fueron intercaladas con algunas de ASCENSO, pero me permito esa licencia de forzar la secuencia de tiempo para que me salgan los Huayhuash juntos.

A pedido mío, uno de mis frecuentes compañeros de ruta –Nicola Rubini– accedió a escribir su propio relato de una de nuestras salidas allí. Me confesó que le costó enfrentar la primera página en blanco que una narración escrita siempre franquea, pero la acometió con decisión y paciencia y poco a poco le empezó a tomar gusto... igual que las caminatas montañosas.

El capítulo de DESCENSO refiere a mis últimas jornadas que vine combinando entre caminatas clásicas con otros formatos, como bajar el cañón del Apurímac en balsa o hacer 1.200 kilómetros en camionetas 4x4 en el Salar de Uyuni. No se camina en estos, pero exige su dosis de aguante. Y dato, curioso, la última caminata que realicé fue en laguna Churup... justamente por donde empecé.

EL cuarto capítulo se titula PERCANCES, toda una colección de situaciones puntuales de riesgo, cuasi accidentes, dificultades y problemas que inevitablemente se me presentaron. Hay de todo y de todos me acuerdo (no es para menos), algunos poco serios y otros que sí lo fueron, y que entre cautela y suerte afortunadamente salí en una pieza. Sus causas fueron múltiples, desde imprevisión y exceso de confianza hasta mala suerte e imponderables.

El capítulo quinto se denomina COMPROMISO DE ESCALADA. En él me sirvo de un artículo que escribí hace buen tiempo buscando asociar el campo de la toma de decisiones en el mundo de los negocios y del montañismo. A pesar de ser materias radicalmente diferentes, guardan enormes coincidencias que conviene tenerlas en cuenta en la sala de un directorio o al pie de un glaciar. Alguien apuntó que las cosas se diferencian cuando se parecen. Si no hay parecido no puede haber diferencia.

Finalmente, el sexto capítulo, bajo el título de DIABLO MUDO, transcribe unas breves reflexiones existenciales personales que me inspiró estando precisamente frente al nevado de ese nombre en alguna de las excursiones por Huayhuash.

Diablo Mudo tiene algo de continuación de mi libro que publiqué en marzo del 2022: *Mar Inmerso*. En él narraba mis vivencias como cazador submarino de costas del Perú, actividad de la que dejaba claro que de aficionado no había pasado. Algunas de esas vivencias resultaron divertidas, otras curiosas, unas cuantas reflexivas, por allí un par insólitas y cuando menos

Introducción

una dramática. Todas esquivas y huidizas a la memoria, pero pacientemente rescatadas con redes y garfios de un remolino de recuerdos para dejarlas varadas en la orilla de la conciencia.

Ese libro se lo dediqué a mi Ángel de la Guarda, al que reconocía que mucho le debía, pero poco le rezaba. No se lo dedico ahora, pero él bien sabe que en silencio lo está, pues me cuidó siempre, sea en las profundidades como en las alturas. Además no quiero que se me ponga sobrado.

A quien se lo dedico expresamente es a Pablo López, mi guía de muchas excursiones. Ya se los presentaré luego. Aceptó a regañadientes escribirme el prólogo y en un par de semanas me lo alcanzó, sin siquiera haber leído el manuscrito del libro pues yo aún no lo tenía listo. De modo que es un prólogo ciego. Mejor así.

Es realmente una bella semblanza del hombre y el camino que a la primera lectura me quedé emocionado, sobrecogido a la segunda y conmovido profundamente a la tercera.

No los culparé si notan que es mucho prólogo para tan poco libro, de modo que encajaré con dignidad que luego de leerlo se den por bien servidos y pasen a otras lecturas más interesantes.

APROXIMACIÓN

Churup

Como adelanté, mi primera expedición caminera la hice ya mayor, como a mis cuarenta años de edad. Fui por trabajo a Huaraz y aproveché para concretar una poco exigente de la que tenía referencia. Contraté un guía de agencia en la desordenada avenida Luzuriaga para un plan de dos días a laguna Churup en la Cordillera Blanca. Recojo de amanecida en la Plaza de Armas, recorrido largo del taxi por camino de tierra hasta el punto de inicio, mochila usada recién comprada (una Lowe muy guerrera que años después regalé con pena) con peso medio a la espalda y listo.

Ya a pie, el angosto camino ascendía lentamente por una extensa ladera y en el último tramo empezaba a ganar altura. El *ichu* aparecía ralo, señal que aún andábamos por debajo de los cuatro mil metros de altitud. A media tarde llegamos a una amplia explanada donde armamos campamento, justo frente

a un macizo rocoso vertical y desafiante que parecía hecho para desanimar a los visitantes a la laguna que justamente se encontraba detrás.

Observando la pared mientras preparábamos la cena, buscaba con la vista el camino de ascenso que nos esperaba mañana. No se notaba ninguno. Luego fui aprendiendo que muchas veces los senderos se ven claramente por kilómetros, pero también con frecuencia estos están ocultos y van apareciendo según se avanza.

El imponente del Huayna Picchu en Macchu Picchu es de estos últimos. Cortado a plomo, el camino solo se revela a los que se animan a treparlo. Hay que registrarse previamente con la autoridad para subir. En una ocasión que estuve allá pregunté por curioso si se podía subir y me autorizaron en el momento pues era día de baja afluencia. Ni modo: a subirlo entonces. Exigente y con tramos que hay que andar con cuidado –los cables de sujeción ayudan bastante– el premio al esfuerzo es la vista del complejo arquitectónico en formato maqueta. Tan espectacular como la que ve desde Intipunko, en el cuarto día del Camino Inca.

Regresando a Churup, la dormida en carpa fue –como me ocurrió invariablemente en todos los campamentos– superficial, incómoda, incompleta y poco reparadora. Buen desayuno temprano y empezamos la aproximación al contundente paredón que teníamos por delante, lleno de irregulares protuberancias rocosas, todas pulidas con natural paciencia, nada de roca fracturada, astillada, quebrada o fragmentada. Como si fuera una sola pieza formada en plastilina.

Sin duda, un enorme glaciar –o varios sucesivamente– lo cubrió, amoldó, desbastó, pulió y le dio un elegante final mate bruñido, complementado por matas de diversas especies que como podían metían raíces en los imposibles resquicios. Por lo inclinado del ascenso buena parte era asiéndose con las manos. Técnicamente no era complicado ni ofrecía mayor riesgo, pero había



que estar atento. No estaban colocados en ese tiempo los cables de acero anclados en la roca que permiten hoy sujetarse con seguridad.

Nos pasaron dos gringos a buen paso. Iban con indumentaria completa: arnés, cuerdas, mosquetones, botas de marca, bastones y casco. Yo no llevaba bastones –empecé a usarlos más adelante– y las bototas que había alquilado en la agencia eran pesadas, duras y con sabe Dios qué variedad fúngica a bordo. O la que se llevarían cuando las devolví.

Lo simpático es que detrás de los gringos venían tres mamachas que nos pasaron raudas, con polleras de múltiples capas, coloridas chompitas, doble trenza, zapatillas *truchas* de suela caramelo y morralcito al hombro. Ese era todo su equipo de montaña. Iban a recolectar hierbas medicinales de la laguna. Pidieron permiso para pasarnos en un castellano raspado, luego empalmaron quechua y se empezaron a reír entre ellas, por lo que quedaba claro se estaban burlando de los gringos o de mí. Observé que poco usaban



Churup

las manos para trepar, puro cuádriceps y capacidad pulmonar ampliada. Al poco rato las perdí de vista.

Coronamos el repecho del macizo y laguna Churup se abrió a mis ojos. Bisofios los míos que se inauguraban apreciando la belleza de todo un formidable flanco montañoso de roca, hielo y nieve que alimentaba por múltiples puntos una hoyada de granito liso con agua turquesa, rodeado de quenuales y matorrales.

Ese momento hice conexión profunda con las caminatas altoandinas. Fue una epifanía.

El retorno al campamento fue dificultoso. Nunca fui bueno para las bajadas, quizá porque soy alto y algo pesado y tengo el centro de gravedad arriba. Michael de Montaigne decía que iba más firme y seguro en los ascensos que en los descensos. Idéntica sensación he tenido, en las caminatas y en la vida en general.

Rápidamente recogimos el campamento y en una larga pero gentil bajada llegamos al punto de recojo programado.

Varios años después, a mis sesenta y tantos años, repetí laguna Churup, esta vez de ida y vuelta de un tirón. Fue de mis últimas caminatas pues ya me estaba costando cada vez más. También en esta que menciono, al día siguiente hicimos a Laguna 69 en ida y vuelta en un solo día, que me resultó pesado pero tremendamente gratificante.

Llanganuco-Santa Cruz

Churup me había dejado debidamente enganchando y a los pocos meses organicé una excursión a la muy conocida ruta Llanganuco-Santa Cruz. Convencí a mi hermano mayor (por cinco años) y su hijo (que debía andar por los quince) que me acompañaran. Un recorrido de cuatro días que se iniciaba en Yanama, al cual se llegaba en auto pasando el espectacular Portachuelo de Llanganuco.

Nota entre pertinente y personal: en la Campaña de la Breña los chilenos acorralaron en ese paraje al general Cáceres y este pudo escapar cruzando el portachuelo con tropas, cañones e impedimenta, sin que sus perseguidores puedan atraparlo. Mi ancestro Abel Quimper –que integraba su famosa Ayudantina– participó en esa notable acción.

Tengo varios antepasados valientes y disculpen si agarro pista (o rama, para sonar primate) en mencionarlos: mi bisabuelo por el lado materno, Lucas Oyague, alistó con la suya y lideró un pequeño batallón –los Bravos de Olaya– para defender Miraflores en la Guerra con Chile. Era medio hermano de José Vicente Oyague y Soyer, el que fundó el Club Regatas Lima.

Ambos hijos de José Vicente Oyague y Coello, mi tatarabuelo, que peleó al lado de Santa Cruz en la Guerra de la Confederación Perú-Bolivia. Paradójicamente, su hermano Juan de Dios se alistó en el bando contrario bajo el joven caudillo Felipe Santiago Salaverry. Este solía agarrarse a duelos; una cosa es chocarla a la salida para liarse a golpes, otra para intercambiar aceros o plomos. Escoja usted primero. Traiga a sus padrinos. A primera sangre o a muerte, usted dirá.

Combatieron en Socabaya donde lamentablemente perdió la vida Juan de Dios. José Vicente recogió su cuerpo del campo de batalla, lo llevó a Lima e hizo lo enterraran en el Presbítero Maestro. Fui allí hace unos años a buscar su tumba pero no la encontré, más sí la de José Vicente. Este dijo adiós a las armas y se casó con una damita guapa hija de un general Soyer.

Decio Oyague Neyra –no lo ubico en el árbol genealógico, pero Oyague fue y andaban todos emparentados– fue quien llevó camuflado desde Lima y colocó el explosivo en la embarcación de recreo que a modo de cazabobo hundió a la Covadonga frente a Chancay en plena ocupación en 1880. Auténtico primer Fuerza de Operaciones Especiales (FOE) de la Marina.

El mencionado Abel Químper, miembro de la Ayudantina de Cáceres en toda la Campaña de la Breña, fue capitán en la batalla de Huamachuco. Tenía en ese tiempo 21 años. Fue luego padre de quien fuera mi abuela por el lado materno.

Agrego un Remy: mi bisabuelo Pedro Félix Remy. Primer ingeniero diplomado en minas en Perú, estudió bajo el maestro Eduardo de Habich y conoció al sabio Antonio Raymondi, que exploró nuestro país durante veinte

años. En la Guerra con Chile fue capitán del cuerpo de ingenieros y jefe de minas y torpedos. Colocó minas explosivas en San Juan de Miraflores y en el Portachuelo de Manchay, aquí en La Molina.

Estos son mis bizarros ancestros a quienes mucho debo honrar. La intensidad de las emociones por las que esas generaciones pasaron no tiene comparación con las que las muchas cómodas sociedades actuales viven, en lo que Octavio Paz llama el Gran Bostezo.

Y aclaro: no para presumir de parentescos notables o nada parecido –dejarse pujar en el parto y recibir el apellido gratis no tiene mérito alguno– sino para recordar con respeto a unas personas con un coraje de acero en tiempos duros y que sin dudar plantaron cara. Con eso les evito la segunda muerte, cosa que más adelante les explico qué es.

No puedo dejar de mencionar por su pasión exploradora al abuelo que no llegué a conocer: don Alfredo Oyague y Noel (hijo de Lucas Oyague), que pasó varios años recorriendo y documentando la cuenca del Madre de Dios en la década del 1910 por encargo del entonces Ministro de Fomento, Coronel Pedro Portillo, para el desarrollo y control fronterizo de la región.

El impresionante informe reúne el aporte de expediciones de científicos, cartógrafos, naturalistas, militares, antropólogos y diplomáticos y plantea un prolijo y documentado plan integral.

Sorprende la amplitud, complejidad, profesionalismo y el particular nivel de detalle en el tratamiento de diversos ámbitos: comunicaciones combinadas en caminos, vías férreas y fluviales, telégrafo, correos, requerimientos de recursos y ubicaciones recomendadas para instalaciones de prefectura, poder judicial, policial, gendarmería, fiscal, aduanas, guarniciones, capitanía, educación, salubridad, estaciones experimentales, así como el desarrollo de industria y comercio y control fronterizo.



Recuerdo que mi abuela tenía siempre puesta una pulsera con una pepita de oro engarzada que don Alfredo le había traído de la selva: era como un frijol, con hendiduras como las que tiene una fresa. Había en su casa una vitrina con una curiosa colección de extraños minerales, mariposas, piedras horadadas, dardos de cerbatana, libretas con apuntes y bien elaboradas ilustraciones y mapas, cuadernos con ejemplares de hojas y plantas secas llenas de anotaciones, brújulas, cartucheras, lupa de geólogo, botiquín portátil, una pistola, algunos cuchillos, cantimplora, morral, guantes y correas. Bastaba ver todo eso para que la imaginación vuela recreando las peripecias de este auténtico Indiana Jones, al que solo le faltaba el látigo. ¿Qué no daría hoy para tener ese tesoro?

En el río Las Piedras de Madre de Dios existe un remoto y pequeño caserío de nombre Oyague. Debió ser el abuelo que por alguna particularidad marcó el lugar en el mapa. Quizá tengo allá unos primos mashcopiros, asháninkas, machiguengas o shipibo-konibos ¡Sin duda sería grato conocerlos!

No acabo: otro gran antepasado explorador fue Manuel Químper Benítez, abuelo de Abel Químper. Teniente de Navío de la Real Armada Española que en el siglo XVIII recorrió, cartografió y nombró la desconocida costa oeste de Norteamérica. Las decenas de puntos geográficos que identificó y designó con nombres asociados a España, fueron reemplazados por nombre ingleses por George Vancouver en 1792. ¡Cuándo no!

Me bajo de las ramas y regreso a mi expedición en Llanganuco – Santa Cruz. De Yanama se andaba ya a pie por una larga y cordial quebrada acompañada por cantarinas aguas hasta que a mitad de jornada se entraba a otra que daba inicio al largo ascenso a Punta Unión y sus 4.750 metros de altitud. Nos tomaría esa tarde y varias horas del día siguiente llegar a este paso, que mostraba un corte de roca hecho por el hombre para ahorrarse unos cuantos metros de trepada. Punta Unión es divisoria continental de aguas, de modo que trascendente es.

Varias torrecitas de piedras superpuestas en equilibrio –las conocidas apachetas– daban fe del agradecimiento de los caminantes a los *apus* por haberles permitido llegar allí. Siempre las veía en los pasos cordilleranos, pero nunca hice una, más por cansancio que por falta de gratitud.

Debo mencionar que la expedición la hicimos en febrero, en plena temporada de lluvias. Arrancaban torrenciales desde el mediodía y paraban cuando empezaba a nevar, complicando el camino, ocultando el paisaje y dejándonos permanentemente mojados y con frío. El problema fue que desde el inicio de la expedición mi hermano traía una congestión pulmonar que se agravó en la segunda noche. Ya venía respirando mal y con pulmones a media ventilación no hay oxigenación, de modo que la sensación de extenuación es permanente. Me pasó en uno de mis Huayhuash y sé lo que es caminar con metas de diez pasos, parar, recuperar el aliento, andar otros diez pasos, parar, y así.

La agencia no era tan cristiana; contaba con burros para cargar el equipo, pero no disponía de un caballo para sacar un averiado y llevarlo a la ciudad. Bueno, tampoco nos recomendaron ni dieron bastones, imprescindibles en toda caminata, sea para empujarse al subir escalones, amortiguar el peso al bajarlos, estabilizarse en un tropezón, resbalada o en una súbita pérdida de equilibrio, asistirse para mantener el balance en una senda de inclinación lateral y demás bondades.

Necesarios también para tantear un lodo engañoso, usarlo de pértiga para cruzar un vado corto y pinchar un perro agresivo. O un chanco alzado, esos que escapados hace años del caserío se volvieron salvajes y miran feo. Bueno, al final de la expedición reventé meniscos –que ya venían reventados de tiempo atrás, es cierto–. Después de esa experiencia, bastones obligados.

Retomando lo de la congestión pulmonar de mi hermano, preparamos una *pusanga* de agua caliente, té, muña, miel, unas setas rojas amargas,



otras hierbas varias y cuatro *panadoles* disueltos. A la mala, como se dice. La receta la dio el cocinero, que más parecía chamán que otra cosa, quien advirtió que el preparado o curaba o mataba al paciente. Nos la jugamos y al amanecer mi hermano reaccionó favorablemente y pudo continuar a ritmo lento pero continuo.

Llanganuco-Santa Cruz lo he caminado tres veces y tanto en un sentido como en otro. Una en solitario con mi guía Janampa, con quien hice varias otras expediciones: Catac-Olleros, con un tramo espectacular del Gran Camino Inca, así como mi heroico ascenso al nevado Ishinca.

Buen guía este, fuerte y servicial. Durante años lo llamaba por teléfono de cuando en cuando para saludarlo. Él sin fallar me llamaba por mi santo y –se notaba que se había metido sus tragos– me cantaba como homenaje unos sentidos huaynos en *runasimi* que yo escuchaba sin interrumpir para agradecerle de corazón su gesto.

Después de mi primer Llanganuco-Santa Cruz aprendí rápido varias cosas: mantener el andar lento y constante, parar solo lo necesario (las paradas se “tragan” el día y no hay progreso en el avance, aparte que cuesta retomar el ánimo), hidratarse seguido (eso es obvio) y algo clave: no ingerir medicamentos para el soroche. El cuerpo solo y sin necesidad se adapta a la altura automáticamente y encuentra él mismo su punto de calibración. Si mientras está en ese proceso fisiológico de autoajuste se le agrega medicación, ya hay dos factores de alteración externa que no confío produzca el resultado esperado.

Otro aspecto es cómo manejarse ante el calor intenso. Como sabemos, ante cualquier esfuerzo en alta temperatura –y más aún si hay humedad– el cansancio aparece muy pronto, incluso antes de empezar a sudar. A todos los médicos que he consultado responden con la consabida respuesta: –Es consecuencia de la deshidratación–.

Dudo que sea así, pues aún no se ha sudado siquiera un poco y evidentemente el cuerpo aún mantiene sus niveles de hidratación en orden y ya el cansancio aparece. Más me suena que el perspicaz cerebro detecta el inicio de la actividad física, evalúa temperatura y humedad exterior, hace sus cálculos y vaticina que si su hospedador sigue así, inevitablemente se deshidratará. Entonces envía unas señales nerviosas al cuerpo para que se “canse temprano”, de manera tal que no llegue al peligroso umbral de deshidratación.

Otro aprendizaje, más crítico, es que en los trances de extenuación –los he tenido pocos, pero los he tenido– he constatado que el cuerpo tiene más capacidad de superar el cansancio que la mente. La mente “arruga” primero, pero el cuerpo es capaz de seguir dando. Eso que la mente impone la superación al cuerpo que se abandona es un sofisma: razón o argumento falso con apariencia de verdad.

En uno de mis tres Llanganuco-Santa Cruz convencí a mi hija Nicole a que se sume. Ella andaba por sus dieciocho años y aceptó animada. Marchó sin queja y a buen ritmo, salvo la última noche que comió *canchita*, le cayó mal y lo devolvió todo. No cenó y no desayunó. En la montaña esas son malas noticias: si no comes, no tienes fuerza. A poco de empezar la jornada del día siguiente toda debilitada se me puso a llorar, medio que le increpé para que se recomponga y haga un esfuerzo, se puso a llorar más y allí fue que le dije a nuestro guía Pablo: –¡Te la dejo!– Suena a padre inconsecuente pero hay materias que es mejor dejarlas en manos de un experto. Total, Nicole se recuperó sola y superó el trance.

Olleros-Chavín

Pronto invertí en equiparme apropiadamente: botas, medias, guantes, gorra para el frío, casaca de plumas, casaca cortaviento impermeable, gorra para el sol, mochila de día, bolsa de dormir, carpa, *mat*, cocina de bencina, lámpara, frontoluz, bastones y demás, incluyendo un kit de inyecciones intramusculares con un misil combinado contra la inflamación y el dolor extremo: como para cólico renal, zafada de disco lumbar o parto torácico de un *alien*. Para nunca olvidar nada elaboré detalladas listas de equipamiento e indumentaria que debía llevar y de medicinas para un amplio rango de dolencias en ruta.

Con Janampa hicimos Olleros-Chavín. No tengo mayor cosa que reportar (no porque no haya qué, sino por memoria floja), salvo unos espectaculares tramos del Gran Camino Inca, el Qhapaq Ñan. Elevado sobre el suelo, con

un empedrado parejo, ancho y gentil para sortear desniveles, quedaba como un mudo referente de lo que en su momento fue el portentoso imperio de los incas, de corta existencia (su duración como imperio se contabiliza a partir de Pachacútec, antes de él los incas del Cusco no pasaban) e impresionante despliegue expansionista que combinaba reciprocidad con opresión en un modo que mucho dista de la idílica y romántica historia oficial que nos han contado.

También hice recorridos por la Cordillera Negra, algunos de un día o más. Aunque sin nevados y con menos agua que la Cordillera Blanca, es el mirador de lujo de esta. Recomendable viajar en auto a Huaraz entrando por Casma y no por la usual ruta de Conococha, pues ofrece un trazo magnífico con una vista inigualable de la grandiosa cadena nevada.

La Cordillera Blanca se extiende por aproximadamente 700 kilómetros cuadrados en 180 kilómetros de longitud. Agrupa más de 700 glaciares y 300 picos nevados, superando 32 de ellos los 6.000 metros de altitud, así como 260 lagunas, cada una más vistosa que la otra. Dista 100 kilómetros de la costa y de ese punto –aproximadamente por Chimbote– 200 kilómetros al oeste se encuentra la fosa de Nazca con sus 7.000 metros de profundidad. De modo que entre el Huascarán y sus 6.768 metros de altura y la mencionada profundidad de 7.000 metros, hay casi 14.000 metros de diferencial en solo 300 kilómetros de separación. No pregunten por qué tenemos tan marcada vocación sísmica.

Dato conocido, pero poco entendido. La Cordillera Blanca es la zona más elevada del mundo en franja tropical, muy cerca de la línea ecuatorial, donde el sol pega de lleno y hace más calor. Pirineos, Alpes, Apeninos, Apalaches, Montañas Rocosas y demás se ubican en zona templada, donde el sol cae en ángulo y por tanto el calor es menor. También los Himalayas, con sus catorce ocho miles, se ubican en zona templada.



En la fresca franja templada, la línea de hielo perpetuo se forma naturalmente a partir de los 2.000 metros de altitud. Debajo de ese nivel están los pueblos y ciudades y sobre él nadie va ni vive, solo están los resorts de esquí que abren por temporadas. En la calurosa franja tropical, por el contrario, el hielo perpetuo se inicia a los 5.000 metros de altura y debajo de ese nivel vive la gente de altura: caseríos, plazas, colegios, cultivos, ganadería, caminos, bodeguitas, restaurants, canchas deportivas y coliseos. He visto modestas escuelas multigrado de un solo profesor en remotos poblados a bastante más de los 4.000 metros de altura.

Artesonraju

Otra jornada fue una de tres días a laguna Parón. Un recorrido plano a la orilla de este extenso cuerpo de agua nos llevó al lugar de campamento desde el cual teníamos al majestuoso Artesonraju a tiro de piedra, al que nos acercaríamos al día siguiente. Difícil transmitir en palabras la belleza de este imponente coloso que tiene en su haber varias fatalidades, sobre todo por su cara sur oeste donde su extensa pared de hielo anda por los sesenta grados de inclinación, de modo que exige respeto de solo verlo. El espectáculo lo completa sus cercanos hermanos: el Paria, Pirámide, Chacaraju, Pisco, Huandoy y Yanapaqcha. La vista es de asombro.

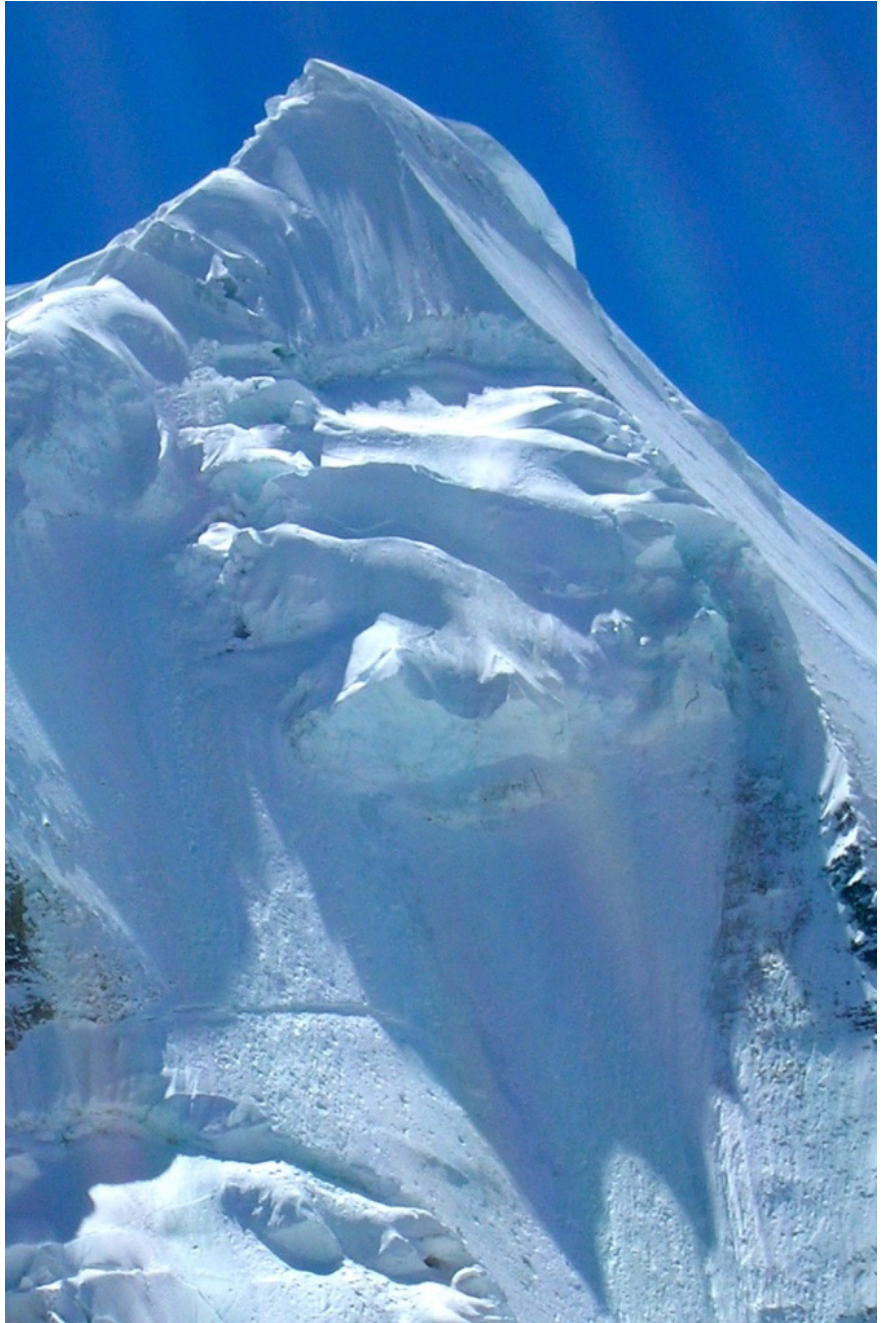
El segundo día hicimos la aproximación al Artesonraju –Artesón para los amigos– por una cuesta larga y exigente, claramente marcada de la que no recuerdo haber resoplado mucho, lo que no quiere decir que no lo

haya hecho. Lo especial es que el ascenso nos llevó a una cota por encima de la línea de hielo de modo que mirábamos hacia abajo una lengua glaciar que moría en una laguna. Subimos un poco más y llegamos a un balcón natural que cortaba limpio unos doscientos metros sobre ella. Nos entretuvimos buen tiempo desmontando rocones para hacerlos rodar por la pendiente y verlos reventando en el trayecto para provocar una explosión de agua al romper superficie.

Las rutas de retorno por el mismo camino tienen su parte no tan atractiva pues se transita por lo que ya se vió. Quizá por ello se me hacen interminables y algo aburridas: uno quiere llegar y ya. Eso hace que no se ponga en la marcha la concentración necesaria: dónde pisar, dónde apoyar el bastón, cuándo parar para tomar agua y descansar.

Para despedirme del Artesonraju, la última noche se presentó una helada y bajó la temperatura a niveles de sufrimiento. Mi Suunto marcaba menos siete grados centígrados dentro de la carpa. Para un experimentado quizá sea soportable, pero para mí –y que conste, para mi guía también, que nuevo no era en el asunto– se puso ya hasta semipeligrosa. Con cautela hicimos una fogata de ramas secas que nos calentó por el rato que duraron, pues no había mucha a la redonda. Lo que nos salvó fue harta bosta seca lo que nos permitió mantener el fuego.

Tengo al Artesonraju bien adherido a mi memoria, por un relato que referiré en el capítulo de percances.



ASCENSO

Ishinca

Con las salidas reseñadas ya venía con más millaje y experiencia. Por recomendación de Janampa armamos una jornada a quebrada Ishinca, a la que se llega por una ruta de suave declive que toma un día y medio recorriendo un hermoso callejón natural.

Este termina en un espectacular dique morreico colapsado. Me explico, en el tiempo que el glaciar cubría buena parte de la zona su extraordinaria fuerza de empuje fue arrimando lo que encontraba en el camino, sea suelo y rocas de todos tamaños, mientras hallaba su camino descendente. Cuando el proceso de la última glaciación concluyó, la enorme masa de hielo quedó detenida dejando un gigantesco muro semicircular de escombros, a modo de la pared de una represa.

Siglos después, quizá saliendo de la última de las cíclicas glaciaciones –la constante natural del planeta es el continuo cambio climático, y de extinciones masivas mejor no hablemos pues se han producido al menos siete– la temperatura ambiental se elevó y derritió el hielo, represando el agua en una laguna cercada por las paredes de este enorme dique.

Habrà pasado poco tiempo, unos cuantos siglos o milenios pueden bastar, para que el peso de la laguna supere la capacidad de contención del dique. Como este no es un muro de roca maciza sino una inestable acumulación de piedras y grava, el agua encontró el lugar para liberarse de esa prisión, abriendo una colosal brecha por la que se produjo un violento desembalse que debió haber llegado hasta el río Santa, muy probablemente. Toda la ruta que se camina hacia la quebrada Ishinca en realidad es un formidable cono de deyección, también llamado abanico aluvial.

Esto no debe tomarse como evento extraño. Basta detenerse en la Costa Verde en la zona de Barranco, Miraflores o San Isidro para observar la enorme masa de barro y canto rodado que en una sucesión de megahuaicos formó el suelo de Lima. La Bajada de Armendáriz es la huella de una enorme torrentera que llegó hasta el mar. Y si ocurrió alguna vez, pues bien podrá hacerlo de nuevo.

Hicimos campamento pasando el dique morreico para gozar de lo que se denomina un circo glaciar: una formación casi circular de imponentes nevados que abarcan todo el campo visual horizontal, como un IMax gigante, donde vigilantes se apreciaban el Ishincha, el Urus y el Tocllaraju, entre otros. Por dos días recorrimos senderos y morrenas de aproximación a estos gigantes para observarlos de cerca.

Quedé prendado con estos nevados. Estaba apasionado de las caminatas, pero esto de andar sobre hielo, superar cotas y coronar emblemáticas



cumbres ya era otra cosa. Como que escalar era la auténtica madurez del montañismo, o más bien, su genuina expresión. No solo para alcanzar un reto personal sino –esto no es buena idea– presumir de ello. Los amigos pueden entender lo que es caminar, pero no escalar.

Janampa me sugirió una próxima expedición para subir el Ishinca. Técnicamente no es difícil, la altura no pasa los 6.000 metros (está a 5.530) y en una jornada de un día se hace ida y vuelta a la cúspide desde la base del glaciar. Me indicó que los andinistas calificados que planean

subir al Huascarán o al Alpamayo, ascienden al Ishinca como parte del proceso previo de aclimatación.

A los pocos meses regresaba para enfrentar al Ishinca. Desde el punto que nos dejó la movilidad, caminamos por dos días por la senda que ya habíamos hecho antes hasta llegar a un par de horas de la base del glaciar. Acampamos como a 4.800 metros de altitud, sabiendo que no se duerme nada a esa altura –basta bajar 300 metros para que se sienta la diferencia y se descansa mejor– y partimos a oscuras a las cuatro de la mañana.

La idea era iniciar el tramo de hielo apenas amanezca. Crampones, arnés, piolet, mosquetones y cuerdas eran componentes nuevos para mí. Tuve que aprender rápido a caminar sobre el hielo con este calzado de agresivos dientes, alternar bastones con el piolet, entender lo que es ir encordado, estar atento a grietas (que no se ven salvo que se tenga experiencia), hacer un par de simulacros de autodetención en caso de caer deslizándose por la pendiente (abrir brazos y piernas e intentar clavar el piolet en el hielo o nieve para frenar y detenerse) y ensayar sacar a un caído en grieta, sea el otro o uno mismo.

Durante unas tres horas fue un ascenso tranquilo y de inclinación manejable. Se caminaba alternativamente por tramos de nieve (con un aspecto como de raspadilla de pocos centímetros de espesor) y de hielo (sólido bloque macizo de agua congelada como una piedra y extremadamente resbaloso). Luego aparecieron los repechos y había que asegurar bien el paso clavando con firmeza el pie en el hielo e hincando con frecuencia el piolet para asegurar el apoyo.

Cruzamos rápido una angosta cornisa de hielo que al lado mostraba una caverna glaciar de un azul sobrenatural que silenciosa pero persuasiva atraía poderosa. Se escuchaba unos mini crujidos como de cristales... señal de hielo quebradizo. Por eso el apuro en pasar.

Igual aproveché para presto tomar algunos *slides*. Me encantaba ese formato de fotografía enorme y brillante proyectando el grano compuesto por millones de puntos por centímetro cuadrado, a prueba de pixeleadas, con mi Leica compacta que era una maravilla. Al salir de la zona guardé mi cámara... con tan mala suerte que, debido a los guantes no tenía agarre firme, esta se me cayó.

Al agacharme para recogerla, avanzó lentamente un poquito y se detuvo, di un paso para acercarme y la cámara avanzó otro poquito y volvió a detenerse. Otro paso, otro avance de mi Leica y allí sí, tomó inercia y se fue deslizando lento pero decidida y sin intentar su autodetención hasta el filo de la cueva para ser finalmente engullida por esta boca nívea. Imposible recuperarla. ¡Adiós, mi buena Leica!

Debe estar allí hasta hoy, con su único ojo sin vida, abierto aún, admirando absorta los azules más hermosos en ese congelado espacio del que no podrá ni deseará escapar.

Todo el ascenso desde la base del glaciar hasta la cumbre fue de cuatro horas aproximadamente. Para coronar había una inclinación de unos treinta metros que requería cierta técnica que no dominaba del todo. Entre patear bien para clavar la punta de los crampones en la pared, picar el hielo para anclar el piolet, mantener tres puntos asegurados siempre antes de dar un paso... no lo hice tan mal, pero sentí que un descuido o error podía tener serias consecuencias, a pesar de que estaba bien encordado del fornido Janampa. Coroné el Ishinca con gran emoción, recorrí visualmente el esplendor de la cordillera y en no más de diez minutos ya estábamos iniciando el descenso.

Primero el repecho inclinado que mencioné líneas arriba había que bajarlo. Nerviosón y con algo de miedo, lo logré. De allí unas tres horas de descenso que se me hizo inacabable. Había realizado toda la subida

con esfuerzo, pero entero, sin agotarme ni detenerme para recuperarme y manteniendo mi consabido paso lento pero sostenido. Sin embargo, la bajada –que se supone es menos extenuante– puede cansar más.

A pesar de que no exige el esfuerzo propio del ascenso, demanda mucha concentración para mantener el paso seguro. No hay mayores resbalones, tropiezos, o pasos en falso subiendo, pero bajando hay que estar muy atento a ello pues en todo momento se está “como cayendo” y hay que ir controlando y frenando. Era precisamente esa concentración la que me fue cansando con el resultado que por tramos caminaba cuesta abajo en automático, sin la atención debida y me costó pues eso: algunos resbalones, tropiezos y pasos en falso. Unos buenos tres o cuatro con sus respectivos sentones o caderazos bien dados.

Aunque disfruté plenamente la aventura de la escalada y todo lo que ella significaba, allí no más decidí que no las repetiría. No tuve percance alguno, físicamente estuve bastante apto, aprendí rápido las técnicas básicas necesarias, me entendí bien con el guía, no le dí ni me dio problema alguno. Pero me dije que esto no era lo mío.

Para ir con buen margen de seguridad hay que saber muy bien de escalada (la hay de roca, nieve y hielo), dominar nudos (ocho, as de guía, pescador doble, gaza, *prusik*) y ser capaz de hacerlos con o sin luz e incluso saber si están bien hechos sin verlos, solo con tocarlos. Es imprescindible además el manejo del material de ascenso (crampones, piolets, arneses, mosquetones, *friends*, *abaloks*), de las diferentes clases de cuerdas (dinámicas, estáticas, gemelas, cordinos), conocer el lenguaje de escalada (ruta, cordada, rápel, reunión, anclaje, vivac, estilo solo, alpino o libre), contar con la indumentaria apropiada (pantalón, casaca de plumas, casaca cortaviento, primera capa, guantes, escaarpines) así como tener claro conocimiento de técnicas de rescate, autorrescate, autodetención de caída



personal o en grupo encordado, identificación de grietas, anticipación de avalanchas, primeros auxilios, orientación y mil cosas más.

Si con el modesto Ishinca sentía que estaba técnicamente subcalificado y no paraba allí, inevitablemente la siguiente expedición iba a ser más ambiciosa: Pisco para empezar, que ya lo tenía en la mira. Luego el Urus y luego otro y otro, hasta el Alpamayo y después el Huascarán.

De modo que dije muchas gracias, hasta aquí llegué y buenas noches los pastores.





Salcantay

Salcantay lo tenía en el radar pues cuando por paseo o trabajo viajaba en avión al Cusco me aseguraba de tomar asiento delantero izquierdo, lejos del ala. A pocos minutos antes de aterrizar se aprecia la Cordillera del Vilcanota, donde por su altura es fácil distinguir el Salcantay. Lo que me atraía era que el escarpado nevado –que muy pocos han escalado con éxito por los riesgos que presenta– estaba de la cintura para abajo alfombrado de un espeso bosque. Cumbres nevadas con falda boscosa: ¡eso había que andarlo!

Lo hice dos veces. La segunda con los pumas en una divertida expedición en la que formó parte Jaso, mi futuro yerno, que se portó en la altura (en el paso a 4.650 metros, sin cascabelear) y a la altura (no se quejó de mis quejas y fue de gran compañía) y nos permitió tomar un atajo para conocernos mejor y apreciarnos recíprocamente.

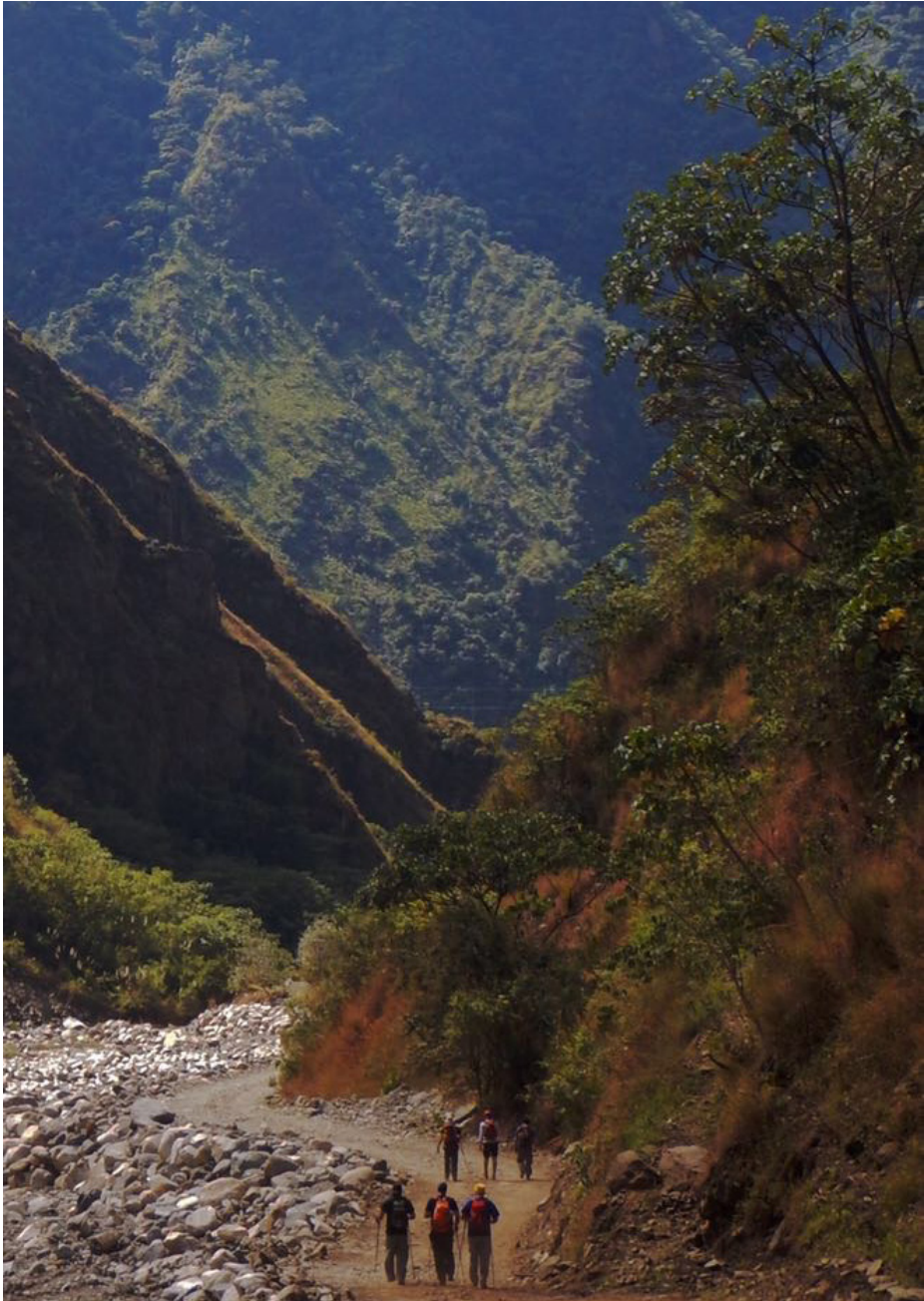
Yo venía medio peleado con el Salcantay pues años antes me había embarcado en solitario con una agencia cusqueña que contacté por la web y la experiencia de servicio fue tramposona y mala. Me hospedé en Cusco la noche anterior y a las cinco de la mañana ya estaba tomando la combi de la agencia con otros clientes, la mayoría extranjeros. Asumí, como es natural, que ese sería el grupo con el que juntos haríamos la expedición.

Dos horas de recorrido hasta Mollepata y allí empezó el burdel. Enorme cantidad de clientes en una pampa que eran desordenadamente asignados al azar a diferentes equipos que nos darían el servicio. Como si fuera un terminal terrestre informal dos días antes de navidad.

Para que se entienda: las agencias informales acopian cientos de clientes con diferentes tarifas –algunas altas, otras medias, otras bajas– y con diferentes promesas de calidad de servicio, pero al final embarcan a todos por igual a operadores (los que proveen guía, cocina, carpas, etc.) en un servicio mediocre y estandarizado. Se supone que el grupo que formas parte ha pagado una tarifa determinada para un servicio de nivel acorde al costo, pero a la hora de iniciar la caminata, todo es lo mismo para todos. Algunos pasajeros habían pagado 500 dólares por la expedición, yo creo como 400, otros como 250 nomás. Pero para todos los clientes, el servicio era el mismo. A los turistas que veníamos en la movilidad desde el Cusco ví que los asignaban aleatoriamente a cualquier grupo.

Le transmití al guía mi disconformidad y levantando los hombros me indicó que era problema de la agencia, no suyo. Eso me dejó bastante empinchado. Pero eso no fue todo. Yo llevaba una mochila para el día y aparte un maletín de ocho kilos de peso que sería transportado por los burros. El mismo guía, con mal tono, me dijo que máximo de equipaje eran cuatro kilos. Le explique que la agencia me especificó diez y me respondió

Salcantay



que eran cuatro o nada. Al ver que yo no podría meterlos en mi mochila pues no entraban, presto me recomendó alquile un burro adicional por treinta dólares diarios para que –para mí solo– este lleve mi maletín.

Ya estaba el grupo por partir y no me quedó otra que aceptarle a regañadientes. Colocamos mi maletín sobre un burro... y a los cinco minutos ya tenía el pobre animal siete maletines encima de otros clientes, al que sin duda les había metido el mismo cuento. El muy hideputa estaba usando mi burro para carga de otros.

Allí se me reventaron los huevos, lo jalé del pescuezo a un costado y lo peché firme indicando que o dejaba al burro solo con mi maletín o no le pagaba un carajo y le metía una denuncia a la Dircetur apenas llegara a Cusco. El cabrón entendió rápido y transó en que no le pague. Igual cuando retorné al Cusco fui directo a la agencia para reclamarles lo de la tarifa diferenciada y sin chistar me devolvieron cien dólares. Esas malas prácticas son letales para el turismo. Lo dejan a uno con un desagradable sinsabor.

Para Salcantay hay un primer día de aproximación hasta el campamento en Soray. El día siguiente es un largo ascenso hasta el abra Salcantay a 4.650 metros de altitud para iniciar una interminable bajada que se cruzan al menos tres pisos ecológicos bien marcados. Eso es realmente impresionante. Luego son dos días más, uno para llegar a Colcampata y otro a Hidroeléctrica, si bien recuerdo.

Cuando hice Salcantay por segunda vez, me resultó más divertido por el grupo que conformábamos y quizá por eso menos cansador también. No tuvimos ningún contratiempo y mis pumas –ya les contaré más adelante de ellos, más jóvenes y enteros que yo– hacían las bajadas a la carrera, teniendo que esperarme luego a que les dé alcance. Pero en las subidas resoplaban sin vergüenza unos y con discreción otros.



Como mencioné, en esa expedición se incorporó Jaso, quien en unos meses sería mi yerno, a quien veía ocasionalmente pues vivía fuera del Perú. Cinco días compartiendo ruta y carpa, nos permitió conocernos y conectar de un modo espontáneo que de otro modo podría haber tomado buen tiempo.



Salcantay



Huantsán

El Huantsán, ubicado en la Cordillera Blanca, me tenía intrigado desde hacía tiempo. Los guías me hablaban a menudo de su magnificencia y en varias expediciones me indicaban que al otro lado de la quebrada en que nos encontrábamos estaba la mítica montaña. Daba la impresión de que con frecuencia llegaba a pasar cerca pero nunca llegaba a ver, ni siquiera a la distancia, a este esquivo coloso.

Recelosa para dejarse escalar, muy pocos la han coronado. En 1974 una expedición española logró abrir ruta que requirió una logística y un esfuerzo masivos: 30 escaladores y 2.000 metros de cuerdas fijas. Recién en el 2017 se aventuraron una cordada de dos catalanes en estilo alpino, ascendiendo con éxito por las peligrosas caras este y norte. La comparación de un *trekkero* con un escalador es la misma que entre un niño gateando y un corredor de cien metros planos. Son otra cosa.

Uno de ellos, Oriol Baró, reseñó tal logro con las siguientes palabras: –Las dificultades son en todos los terrenos; hielo vertical, roca desplomada (esa que forma un techo) y mucha nieve mala vertical o casi. Hemos tenido que superar muchas secciones AO con estacas de nieve, algo que da mucho miedo. Y tramos muy largos sin protección. Solo teníamos cuatro estacas que abandonamos en los rápeles, además unos 18 *abaloks* y algunos rápeles de roca–. Personalmente no entiendo muchos los términos que Oriol menciona, pero aun así se percibe el riesgo que enfrentaron.

Con Pablo y los pumas organizamos la salida y fue realmente grata. El plan era partir de Quilcayhuanca y marchar cuatro días, pasando dos abras importantes, la segunda por encima de los 5.000 metros. Cuando superamos esta última al tercer día, el Huantsán se mostró con todo su esplendor y carácter, pues entre otros atributos es un *apu*. Es decir, una montaña sagrada.

Por un problema de tiempo, uno de los pumas se nos unió un día después que nosotros ya hubiésemos iniciado la caminata. Con excelente estado físico, partió de Huaraz muy temprano y por la tarde nos dio el alcance cuando armábamos nuestro segundo campamento, que estaba sobre los 4.400 metros de altura, de modo que en una sola jornada completó lo que los demás hicimos en dos.

A esa altura, más el frío reinante, para todos dormir fue vana una ilusión. Igual temprano nos pusimos en marcha para superar los 700 metros de desnivel para iniciar un interminable descenso por un sendero poco frecuentado y por tanto poco gentil: escalones desproporcionadamente altos, piedra suelta a montones (sobre todo las redondeadas que al pisarlas giran y el pie rueda sobre ellas amenazando con un violento sentón... también sobre piedras), barro, en fin, lo usual.

La bajada nos tomó horas dejando piernas adoloridas y también brazos por el uso intensivo de bastones para aguantar el peso. El nevado del frente tronaba por frecuentes avalanchas a pesar de que estaban lejos. Almorzamos como a las tres de la tarde cerca de la laguna Palcacocha (que tiene su punto de amenaza de desborde sobre Huaraz ciudad) y tocaba armar campamento. De solo pensar en la noche que tendríamos por delante, igual de incómoda a pesar de estar a menor altitud, nos puso quejosos.

Alguien preguntó cuánto caminaríamos el día siguiente y Pablo respondió que unos veinte kilómetros por una carretera de tierra afirmada hasta el punto convenido en que nos recogería la movilidad. En silencio, cada uno rápidamente sacó la cuenta y calculó que con unas cuatro o cinco horas a buen paso se cubriría dicho tramo, considerando que era camino carrozable y por tanto ancho, sin mayor desnivel, sin escalones...

Al unísono propusimos andar esa misma tarde ese tramo final y ahorrarnos la malanoche en carpa. El más entusiasta con la propuesta era el puma que se nos había unido tarde. Si nosotros haríamos la expedición en tres días (en lugar de los cuatro planeados), él la haría en dos.

El almuerzo y la felicidad de dormir esa noche en cama y bajo techo nos energizó y emprendimos la marcha. La verdad que hacerlo en plano a buen paso es hasta relajante, no importa lo larga que sea. Recuerdo haber andado por el tramo carrozable desde más arriba de la segunda laguna de Llanganuco, cruzando el inigualable sendero María Josefa bajo una suave lluvia, hasta cerca de Yungay, por horas de horas, sin sentir mayor calamidad.

El problema que teníamos es que no estábamos seguros si habría modo de dar aviso a la movilidad para que nos recoja un día antes. Si no, pues habría que hacer campamento y esperar aparezca al día siguiente, como estaba previsto.



Al parecer había un punto a medio camino por donde misteriosamente entraba la señal del celular. Por suerte Pablo logró hacer la llamada y tener la confirmación del recojo. Llegamos al destino ya bien entrada la noche. El primero en llegar con buena ventaja sobre el resto fue el puma que caminó todo en dos días. Los demás vinimos llegando bien separados, yo al último obviamente por ser el mayor y ejerciendo –claro está– mi responsabilidad de ir cerrando filas para asegurar que mis mininos lleguen todos bien. Metimos todo el equipo a bordo de la combi y fuimos directo a un chifa en Huaraz, luego al hotel y acostarse, no recuerdo si con ducha previa.

Huantsán



Ausangate

Ausangate fue una gran expedición. En pleno Nudo de Vilcanota, donde se juntan varios ramales cordilleranos, es grandioso y exigente. Lo organicé con los pumas contratando todo con Andean Lodge, la excelente agencia con un servicio e infraestructura de primera.

Nos tocó una temporada de nevada de modo que buena parte de los seis días lo hicimos sobre un manto blanco majestuoso que le daba espectacularidad al paisaje, aunque también algo de dificultad pues el camino desaparecía de la vista y era fácil salirse de él. Sobre todo, en senderos de inclinación lateral, donde un tropezón podía terminar en resbalada sobre la nieve sin frenos ni red protectora.

La ruta rodeaba parte del nevado y cada día exigía al menos dos ascensos y dos bajadas importantes. Las abras andaban cerca a los 5.000 de altura.

Pero las grandes satisfacciones eran dos. La primera es que dormíamos cada noche en un albergue diferente, muy bien concebidos y contruidos, con cómodas camas y unos frazadones que por el peso hacían difícil respirar pero abrigaban como un oso hibernando. Cenas abundantes y sabrosas sentados en espaciosos comedores.

La segunda era que el equipo de servicios de guía, arrieros, cocina y demás eran de la zona de Quispichanichis. Fuertes, confiables y animosos, cada noche se vestían a lo típico y nos declamaban poesía en quechua y sentidos *huaynos*. La pasábamos buenísimo.

Los parajes alejados del nevado eran tan o más espectaculares. Una peculiar formación rocosa asemejaba perfiles de guerreros, quizá los *pururaucas* que ayudaron a Pachacútec en Cusco a romper el sitio que les hicieron los agresivos huancas. Y por cierto la Montaña de los Siete Colores, cuando no había un alma salvo nosotros y que traía un viento decidido a rechazar intrusos.

Una anécdota divertida ocurrió la primera noche. Nuestro vuelo de ida a Cusco se atrasó por mal tiempo en esa ciudad y llegamos recién a mediodía, cuando debió ser temprano. La agencia ya había llevado al Ausangate al otro grupo –que no conocíamos– el cual había viajado el día anterior. Con ellos compartiríamos la expedición. Llegamos por la tarde al Cusco y la agencia gentilmente nos recogió apenas llegamos. Viajamos varias horas y ya de noche llegamos a Chilla, hasta el punto donde terminaba la carretera y había que caminar algo más de media hora para llegar al albergue, a oscuras y en plena nevada, cruzando inestables puentecitos de troncos de eucaliptos y otras trampas.

Al llegar al albergue abrí la puerta de un empujón con el hombro pues estaba algo trabada y la aguanieve arreciaba. Yo venía bien encasado

Ausangate





para el frío, aunque vestía como siempre con pantalón corto, pues ando acalorado de piernas y bisectriz. El punto es que los pobres clientes del grupo que ya había llegado y se encontraban departiendo y cenando tranquilamente, pegaron un salto cuando la puerta se abrió de un golpe y otro salto cuando entré jadeando, cubierto de nieve, con mi metro ochenta y mi pantalón corto. ¡Los pobres habrán pensado que un Yeti andino-tropical venía a devorarlos!

Caminamos juntos desde el primer día y recién al final del segundo empezaron a hablarnos. Les había costado recuperarse del susto. Eran peruanos como nosotros y compartimos gratamente todo el resto de la jornada.

Más que ocioso, sería inútil pretender describir en palabras el hermoso paisaje que acompaña al caminante durante todo el recorrido. La injusticia de escribir poco de este destino en algo lo compenso con una generosa asignación de fotos. De las decenas que obtuve, me ha resultado trabajoso elegir unas y descartar otras que bien pueden merecer portada en cualquier revista de excursionismo.





Camino Inca

Camino Inca es realmente es una expedición de clase mundial, no solo porque incluye Macchu Picchu, sino por la impresionante geografía, el variado paisaje natural, la sucesión de magníficos sitios arqueológicos, el camino en sí y su excelente estado de conservación a pesar de sus quinientos o más años, la señalización bien instalada, la infraestructura de baños (no se ven pero están y todos impecablemente limpios), los espacios y aforo dispuestos para acampar, el orden de las agencias –todas formales y supervisadas al milímetro– la cordialidad de guías, cocineros y porteadores, estos últimos auténticos atletas que cargan veinte kilos (antes era más pero pusieron un saludable límite), y en fin, una experiencia completa. Todo es un buen ejemplo que los peruanos nos podemos manejar con criterio profesional y orden cuando nos lo proponemos.





Cuatro días que empiezan en el kilómetro 88 de la vía férrea y acaban en Macchu Picchu, previa vista panorámica desde Intipunko. La hice dos veces, la primera con uno de los pumas y la segunda con mi hija Nicole. En ambas, mi guía fue Narciso Ccahuana, que luego hablaré de él, de la muy profesional agencia Explorandes.

Al igual que Ausangate, tampoco vale la pena pretender relatar lo que se ve. Quizá sí recomendar ir bien premunido de lecturas previas del imperio de los incas, de la conquista española, de la larga resistencia de la saga de incas, del mestizaje y de tantos hechos extraordinarios que resultan más apasionantes e interesantes que cualquier ficción del cine o novela.

Permítanme sí referirme a un tan insólito como afortunado encuentro directo y cercano con un oso de anteojos, ese hermoso, esquivo y único úrsido de parte de nuestra geografía. Como al tercer día, Nicole andaba unos veinte pasos delante de mí cuando de pronto se detuvo. Un magnífico ejemplar adulto de oso de anteojos nos observaba detenido en sus cuatro patas desde el centro del camino, con la misma expresión de sorpresa y curiosidad que nosotros teníamos. Dí un aviso con la mano a los que venían tras mío y nos quedamos inmóviles. El oso se quedó al menos un minuto en su posición. Un encuentro así es absolutamente infrecuente. Narciso me dijo que en veinte años había visto solo uno a cien metros de distancia.

En un instante mi mente pasó de emoción a cautela. Un oso no se deja ver así nomás, lo usual es que evite a la gente. A menos que sea una osa con cachorros cerca y esté tras ellos. Y tratándose de crías, las mamá osas pueden ser muy agresivas. El revolcón que el *grizzli* le metió al pobre Di Caprio en El Renacido, da una idea. El oso de anteojos no tiene ese volumen, de pie debe estar en el metro veinte y sus 120 kilos (contra los dos metros cuarenta y 550 kilos de su primo *grizzli*), pero igual no le

aguantas veinte segundos de forcejeo porque entre dientes y garras tiene para dejarlo a uno bastante averiado y hasta quizá con pasaje de ida al más allá. Los animales salvajes tienen fuerza descomunal, muy superior a otros de su mismo tamaño ya domesticados. De modo que estaba el oso o la osa, Nicole a diez metros y yo de ella a otros diez.

Afortunadamente, luego de ese minuto o más que se quedó al frente, terminó de cruzar el camino y lentamente trepó la ladera, quedando entre la maleza buen rato, como esperando que pasáramos. La cosa se veía entonces algo más tranquila y pudimos darnos el tiempo para apreciarlo y disfrutar tan particular encuentro.

Nicole soportó valiente todo el esfuerzo del recorrido, pero camino al abra Warmiwañusca, a 4.215 metros de altitud, trepando y trepando los centenarios escalones tallados en piedra, le superó el umbral de la paciencia y el cansancio y se plantó llorosa. Pues a esperar que se le pase, se oxigene bien, tome agua y algo de azúcar... y se resigna pues de allí se sale por sus propios medios o no se sale. Aunque he visto porteadores cargando a caballito a gringas deshidratadas.

Camino Inca es absolutamente recomendable para ir con los hijos. Solo eso les puedo decir.





Cedros

La tenía planeada con Pablo López y un par de pumas y una semana antes de la fecha prevista me saqué la madre en bicicleta a tres cuadas de mi casa. Me fisuré un pulgar y un omóplato y salvé la clavícula que es lo primero en romperse. Aunque afortunadamente no llegó a fracturarse, quedó muy averiado mi manguito rotador –mejor suena en inglés: *rotator cuff*– que se ubica en el hombro y hace mover el brazo en todas direcciones conectando músculos con cuatro tendones que hacen intersección allí. Durante seis semanas no pude levantar el brazo izquierdo más allá del ombligo y me recuperé lentamente nadando interdiario en estilo perrito.

Cuando reprogramé fecha, ningún puma pudo anotarse de modo que la hice como único cliente de Pablo y César, el arriero. Partimos del poblado de Santa Cruz en Cashapampa en el Callejón de Huaylas hasta la ciudad de Pomabamba en Los Conchucos.

Hasta antes del Choquequirao, al que me referiré más adelante, esta fue por largo la expedición más dura y exigente que enfrenté, y para no olvidarla anoté una serie de datos numéricos que dan una buena idea de lo que fue la jornada.

- Días de la expedición: 6
- Noches en carpa: 5
- Altura en metros del campamento más alto: 4.500
- Altura en metros del campamento más bajo: 3.050
- Ascensos acumulados total en metros al quinto día: 4.409
- Diferencia de metros de ascensos acumulados totales entre la ruta de Cedros al quinto día y el exigente Huayhuash de nueve días: menos 41
- Diferencia de metros de ascensos acumulados totales entre la ruta de Cedros al quinto día y el exigente Ausangate de cinco días: más 2.010
- Metros de ascenso en el día más exigente de toda la ruta: 1.400
- Día de la expedición en que este ascenso se realizó: 1
- Días previos de aclimatación: 0
- Metros de descenso máximo en un día: 1.000
- Metros de ascensos promedios por día: 800
- Mayor número de horas caminadas en una sola jornada: 8
- Menor número de horas caminadas en una sola jornada: 6
- Veces que la ruta cruza divisorias de aguas continentales: 1
- Altura máxima de la ruta sobre el nivel del mar en metros: 4.800 (paso Gara Gara en el tercer día)
- Altura mínima de la ruta sobre el nivel del mar en metros: 2.900 (inicio en Santa Cruz)
- Kilómetros recorridos en total: 70
- Kilómetros de distancia entre Santa Cruz y Pomabamba en línea recta: 40
- Porcentaje aproximado de caminata sea en ascenso o en descenso: 95
- Velocidad de ascenso usual en metros por minuto: 4 a 6
- Velocidad de descenso usual en metros por minuto: 9
- Ascenso calificado como el más duro: Gara Gara (significa: no hay nada de

nada) en el tercer día. Muy alta pendiente, viento racheado, mucho frío, suelo de barro y grava muy inestable y resbaladiza

- Descenso más exigente y peligroso. Tupa Tupa, cuarto día (fuerte inclinación, suelo muy inestable y un buen precipicio)
- Veces que ante un tramo peligroso me dije: –¡Aquí me la saco!–: 2
- Veces que Pablo me dijo secamente: –¡Váis a hacer lo que te digo!–: 2
- Edad en años de mi guía Pablo: 48
- Edad de nuestro arriero (César, cashapampino): 24
- Edad del suscrito en esa jornada: 51
- Proporción de tiempo que le tomaba a César los recorridos respecto del mío: 1/2
- Veces que César se mostró remolón, poco servicial o dejó de sonreír en toda la ruta, luego de cada día desarmar el campamento él solo, cargar todo en los burros, recorrer las distancias del día en la mitad del tiempo que yo lo hacía y armar el nuevo campamento de modo que cuando yo llegaba ya todo estaba listo: 0
- Promedio de peso en kilos de mi mochila: 6
- Promedio de peso que llevaban cada uno de los cuatro burros: 40
- Acompañantes amigos que usualmente llevo en mis expediciones: 2 a 4
- Acompañantes que me acompañaron en esta expedición: 0
- Veces que nos cruzamos con otros caminantes de aventura en los seis días: 1
- Días que es necesario caminar para recién ver el Alpamayo: 3
- Minutos que le tomaba a Pablo sacarme doscientos metros de ventaja en las bajadas: 7
- Peso corporal mío pre expedición en kilos: 93.5
- Peso corporal mío post expedición en kilos: 89
- Ampollas en pie izquierdo: 0
- Ampollas en pie derecho: 1, en el talón
- Veces que me doblé el tobillo izquierdo: 0
- Veces que me doblé el tobillo derecho: 4
- Galones promedio de consumo de agua en cada jornada de caminata: 1
- Calorías promedio en cada jornada: 5.600, según el Polar

- Hora usual de despertada cada mañana: 5:45 am
- Hora usual de acostada cada noche: 8:45 pm
- Horas totales en carpa individual cada noche: 9
- Horas de sueño efectivas (como para decir que pude dormir bien): 3:30
- Temperatura en grados centígrados en la noche: de más 3 a menos 4
- Veces que me era necesario salir de la carpa cada noche para hacer pis: 2 a 3
- Veces que ví a Pablo o a César hacerse un semiaso personal (un poquito de jabón aquí abajo y arriba, algo de champú... se entiende) durante toda la expedición: 0
- Veces que yo lo hice: 0
- Episodios de dolor severo durante toda la expedición (espalda, cabeza, estómago, pecho, rodillas, dientes, etc.): 0
- Veces de avistamientos de cóndores: 4
- Metros de distancia del cóndor que me pasó más cerca: 20
- Veces que ví aletear a tres cóndores juntos en treinta minutos de vuelo: 0
- Veces que me persigné: 1 (frente a la sepultura de un recién nacido colocada en la entrada de una solitaria y modesta choza)
- Veces que vimos grupos de fósiles marinos: 2
- Momento más reparador de cada jornada: la cena
- Paisaje más impresionante: el nevado Alpamayo en brillante tono plata iluminado por una luna totalmente llena
- Noches calificadas como mágicas: 1, la quinta, el oscuro horizonte al oriente relampagueando por una tormenta lejana y a la vez miles de luciérnagas encendiéndose sobre el campo
- Principal fuerza de la naturaleza exhibida a lo largo de toda la jornada: 1, el hielo tallando los valles glaciares en forma de “U” a lo largo de miles de años
- Señales inequívocas que Pablo confiaba ciegamente que yo culminaría por mis propios medios en toda la expedición: 1 (no llevó caballo de emergencia)
- Número de expediciones que he realizado antes que este: 17
- Nivel de esfuerzo de esta expedición comparado con las dieciséis que he realizado anteriormente (1: bajo; 5: superior a todos los anteriores): 5



Torres del Paine

Ubicado bien al sur de Chile, pues hay que entrar por Punta Arenas a orillas del Estrecho de Magallanes, el Parque Nacional Torres del Paine es un imponente conjunto de radicales elevaciones que se yerguen sobre una extensa meseta. La Cordillera de los Andes se ubica bastante lejos, de modo que de esta altiplanicie emergen estas insólitas y monumentales formas de compleja orogénesis.

Al ser un destino de caminata de clase mundial, está muy bien organizado, con albergues tipo módulos en forma de iglú, con impecable logística y alimentación de primera, incluido vino en las cenas. Guías, choferes, personal de servicio y cocina muy profesionales con la grata actitud de bienvenida permanente.

En dupla con Jaso nos anotamos en la llamada ruta W, partiendo de Puerto Natales, una pequeña ciudad austral con un lago bellissimo.

Cinco días de caminata, pasando las noches en diversos albergues y haciendo enlaces en bus o en catamarán, permiten cubrir una serie de puntos emblemáticos como el Valle Francés, Los Cuernos, Las Torres, el Glaciar Grey, entre otros, en parajes boscosos de todos los tonos posibles de naranjas y rojos en las hojas de los árboles que recibían el otoño.

Los picos andan por debajo de los 3.000 metros de altura de modo que se camina entre los 1.500 y 2.100 metros, no siendo la altitud un problema y menos una razón para pelearse con el soroche. Igual es terreno de largas ondulaciones y se acumulan desniveles que lo dejan a uno debidamente cansado cada día. Lo particular era el frío, que tenía su punto de castigo muy intenso sobre todo en mañanas y noches, pero no nos era una condición desconocida.

Lo que sí nos resultó inusual fue la ocasional intensidad del viento. Acercándonos a Las Torres por un ascenso que entraba a una garganta, sentimos que el viento que venía del otro lado arreciaba con inusitada fuerza. Podía observarse que pasado ese punto el valle se anchaba y la gigantesca masa de aire que de allí venía buscaba su camino por la estrecha formación, elevando su velocidad drásticamente en una especie de túnel de viento aerodinámico.

El grupo que conformábamos de unos seis caminantes seguía de cerca al guía que nos detuvo en la entrada del angostamiento al parecer para esperar en que el viento amaine y nos permita pasar. El sendero tendría una longitud de treinta metros, angosto y de una gravilla seca pero traicionera que cortaba un largo talud de inclinación no tanto para matarse, pero sí para quedar bien arañado y golpeado.



La intensidad del viento era no solo enorme sino muy variable. Más que un fluido continuo eran ráfagas que quitaban el equilibrio, empujándonos desde adelante lo que nos obligaba a inclinarnos para contrarrestar, y de pronto el viento paraba y venía de atrás, amenazando con hacernos caer. Sin hesitar, el guía ordenó rodilla al suelo para reducir el área expuesta al viento y de inmediato cada uno quedó mejor estabilizado.

Como cuando los aviones se sacuden en vuelo y uno se fija en qué cara pone la tripulante de cabina para, dependiendo de su expresión, quedarse



tranquilo o pasar a nervioso, todos mirábamos al guía que nos mantenía detenidos. Alzando la voz, ordenó que pasáramos de uno en uno, a la carrera, lo más agachados posible y no paremos hasta bien pasado el borde de la garganta. La ansiedad de la espera en la cola se incrementaba a medida que los demás iban pasando hasta que me tocó el turno.

No tengo memoria registrada sobre cómo pasé, pero debo haber picado espuelas concentrado en no cometer error alguno, marcando bien las zancadas, visualizando previamente la línea que debía seguir e

identificando el punto en el que debería detenerme. Además, en caso de rodada, tener más o menos previsto por donde debería aterrizar.

Pasado este trance, retomamos el camino hacia Las Torres. Pasado un largo trecho se les veía emerger verticales y solemnes, aunque solo de la cintura para abajo pues una densa nubosidad ocultaba sus cumbres. Ya teníamos cerca de cinco horas de camino principalmente de ascenso y debía guardar combustible para el retorno, que más llano y en bajada me tomaría unas cuatro horas.

Llegamos hasta una áspera morrena que dificultaba el paso y que tomaría media hora superarla para llegar a la base de Las Torres. Allí lo pensé bien y le avisé a Jaso que me daba media vuelta pues esa hora adicional me iba a pasar factura, de modo que nos separamos y emprendí el retorno en solitario. No era riesgoso hacerlo pues el encuentro con otros grupos era relativamente frecuente. Caminé mis cuatro horas, disfrutando de mi cadencia, de mis pensamientos y de apreciar el paisaje que empezaba a tomar colores distintos según el sol se acercaba al horizonte. Una lluvia soportable me ayudaba a ir bien regulado de temperatura con una casaca liviana pero que brindaba excelente protección al agua y viento.

Cuando crucé la garganta del viento, este había amainado completamente y pasé sin problema alguno. Prácticamente no me detuve salvo para tomar agua y comer granolas, llegando al albergue casi de noche. Como buen semisueño, hice vigilia en la entrada para esperar a Jaso pero a la media hora el frío me obligó meterme a mi módulo. Él llegó con el grupo como las dos horas, demorados por la subida de la morrena, la espera para que Las Torres se mostraran sin nubes y la lentitud que obliga a marchar sin luz natural. Por supuesto que sin problemas de edad, como podía ser mi caso.

En otro día, la caminata terminaba en lago Grey, donde nos recogería un catamarán. Acercarnos al borde del glaciar del mismo nombre, con la vista

de una enorme muralla de hielos de azules de todos los tonos y de todas las formas, como esculpidas en el taller de un gigante que lograba que ninguna se pareciera a otra, provocó en los diversos grupos que nos habíamos embarcado una sensación de estar presenciando algo único. Todas las conversaciones se detuvieron y la nave, con cerca de cien pasajeros a bordo, ruidosos y alegres porque les tocaba descanso esa noche, quedaron hipnotizados y en silencio por varios minutos, apreciando el espectáculo que tenían al frente.

Ya eran como las cinco de la tarde y el cielo estaba encapotado y gris. De un momento a otro, se abrió un espacio entre las nubes y asomó un sol radiante y vivificante, que inundó el glaciar de reflejos en una fiesta de zafiros. El silencio fue interrumpido por una suave voz que desde la popa empezó a tararear: *Here comes the sun, here comes the sun, it's all right...* y en segundos todos los pasajeros se sumaron en un poco entonado, pero realmente hermoso coro. El que no sintió un nudo en la garganta en ese instante es porque no tiene corazón.

Una nota lamentable y otra grata para despedirme del Paine. Parte importante del bosque natural lastimosamente está calcinado. Un incendio en el 2005 destruyó 15.000 hectáreas y otro en el 2011; 17.000, ambos provocados por campistas descuidados. El terrible daño a la flora ha tenido una muy lenta recuperación pues por sus características propias, no está hecha para soportar fuegos.

Los bosques en zonas templadas tienen estaciones secas en que se producen fuegos espontáneos y la vegetación tiene su propia capacidad de regeneración. No es el caso del Paine, que tiene un clima templado frío lluvioso sin temporada seca.

Esto de los fuegos espontáneos –que, repito, no es el caso del Paine– es muy interesante. Muchos bosques en franja templada tienen una dinámica

Torres del Paine



propia en que los incendios se generan por sí solos. Esta se asocia a la llamada regla del 30 - 30 - 30: la combinación simultánea de más de 30 grados centígrados de temperatura ambiental, menos de 30% de humedad relativa en el aire y vientos superiores a 30 kilómetros por hora.

Ahora bien, los bosques se queman a una intensidad de calor en función del volumen de ramaje seco acumulado cada cierta temporada. A mayor volumen de este, mayor temperatura, mayor duración del fuego y mayor afectación a la flora y fauna. Cada incendio producido dentro de su ciclo natural de ocurrencia “controla” ese volumen de ramaje seco y el daño que produce se encuentra dentro del rango en que el ecosistema puede soportar y regenerarse naturalmente. En otras palabras, el bosque está hecho para sufrir incendios con cierta periodicidad.

Los incendios provocados intencional o casualmente por el ser humano sin duda afectan ese equilibrio. Sin embargo, aunque parezca paradójico, también lo afectan la acción de bomberos para apagar las llamas de incendios espontáneos. La razón es que interrumpir un ciclo natural de incendio, eleva notablemente la acumulación de ramaje seco lo que hace que cuando se produzca un fuego provocará tal nivel de calor excesivo que dañará flora y fauna más de lo que esta pueda soportar.

Como mencioné, los hermosos bosques del Paine no están adaptados para sufrir el castigo del fuego, y cuando pasan por estos literalmente no saben cómo regenerarse. Así, a pesar de los años se observan enormes extensiones de negros troncos carbonizados, aún de pie en intimidantes formas retorcidas de dolor.

Desde hace años el parque está empeñado en un ambicioso plan de recuperación que ya exhibe importantes resultados. Basta pensar en la espectacularidad del Paine solo por sus formaciones montañosas. Si a

ello se suma una alfombra de bosques de variadas especies, el conjunto debería ser un paraíso.

La referencia a lo grato es que el programa con Jaso para hacer Torres del Paine lo habíamos sincronizado para al concluirlo recibir en Puerto Natales a mi esposa y mi hija, lo que nos permitió recorrer en auto todo el parque por dos días en una ruta distinta a la que caminamos, en un viaje de gratísima compañía disfrutando de las vistas desde otros ángulos de Los Cuernos, Las Torres, los lagos y los miles de guanacos que recorren la zona y la suerte de ver ocasionalmente pumas.

Pero lo más gratificante fue conocer la extensa sección del parque que no fue afectada por el fuego, con su exuberante vegetación intocada. Paine en modo natural. De modo que nos consta que el mencionado paraíso existe.



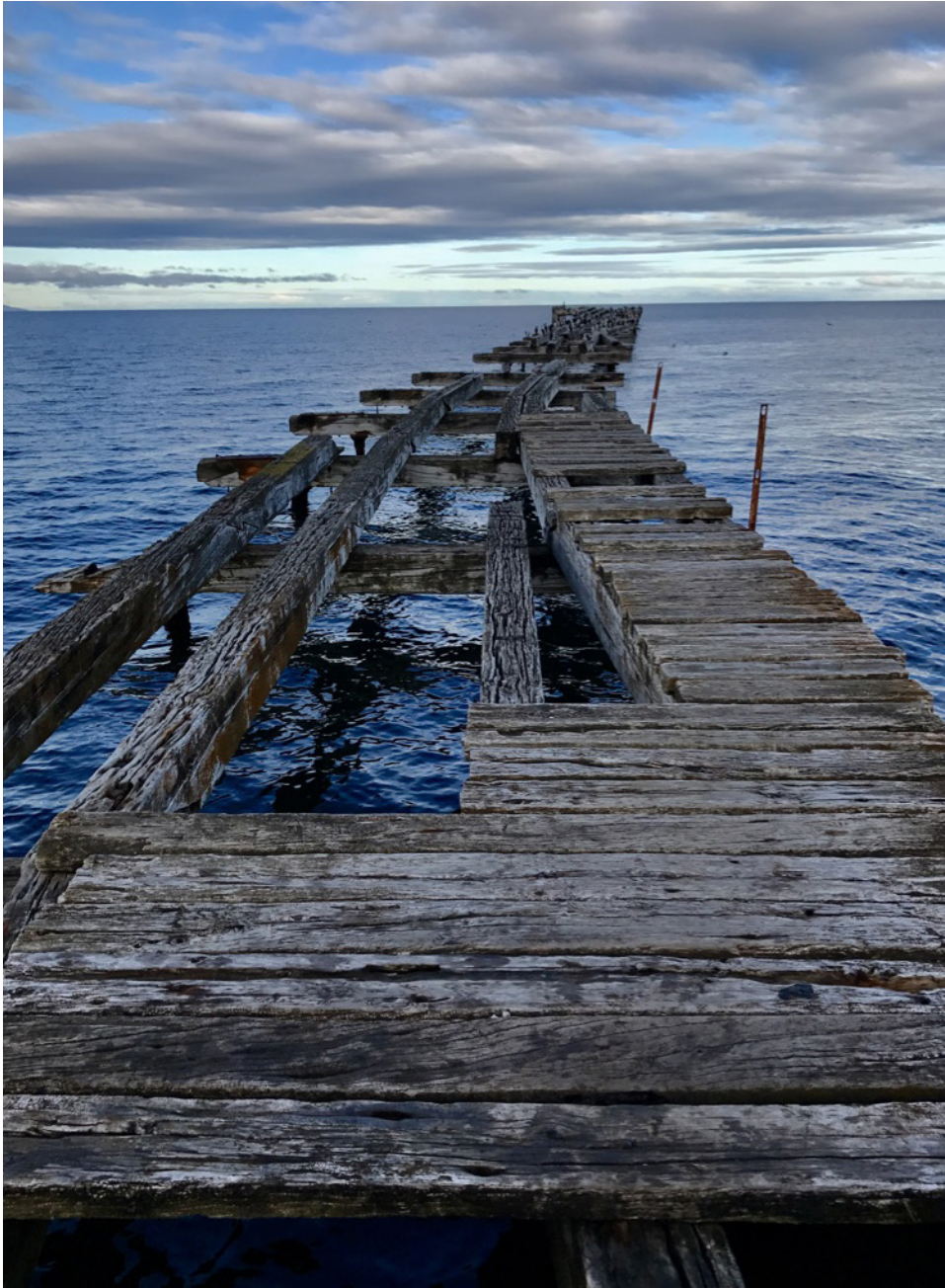
Torres del Paine



Diablo Mudo



Torres del Paine



Choquequirao

Esta excursión fue dura en extremo. La sufrí de inicio a fin y años después de realizarla verifiqué distancias y altitudes y comprobé que fue planeado sin criterio alguno por parte nuestra y de la agencia encargada. Cuatro días y tres campamentos para acumular aproximadamente 5.000 metros en ascensos y como 4.000 en descensos en tan poco tiempo es absolutamente irreal, al menos para este cristiano.

Debo precisar que las caminatas de montaña nunca se miden en kilómetros: se miden en diferenciales de nivel: cuánto se sube y cuánto se baja. Con unos duros pero razonables mil metros de subida un día y otros mil de bajada otro día, esta debió planearse para siete a ocho días, no cuatro. Por primera y única vez en mis muchas expediciones tuve que treparme a un caballo, pues de otro modo no salía.

A diferencia de las demás jornadas en que personalmente y por semanas planeaba, verificaba y contrastaba datos, rutas, logística, servicios y demás con la agencia que nos llevaría –en realidad disfrutaba hacerlo pues era parte de la aventura y no quería que el espíritu de Steffanson me lo increpara– esta fue organizada por uno de los pumas con una agencia de una persona amiga suya, que quedó a cargo del planeamiento.

Hacia algo más de veinte años había visitado ese magnífico sitio arqueológico por razones de trabajo, en un vuelo de helicóptero Mi-8 que nos llevó allí desde el Cusco en media hora.

En aquella ocasión aterrizamos en una pampa en pleno espolón montañoso. No fue complicado para el piloto y la gigantesca nave se posó sin contratiempos. El retorno sí lo fue. A bordo todos puntuales a las dos de la tarde para evitar los vientos adversos, las poderosas turbinas empezaron a elevar potencia hasta un nivel que parecían no dar más. Todos los pasajeros sentados en bancas a lo largo del fuselaje, dando la espalda a la ventana, bien sujetos con cinturón y con protectores de oídos colocados, empezamos a ponernos nerviosos porque se notaba al tiro que la nave no podía generar potencia adicional y seguía pegada al piso, sin elevarse mínimamente.

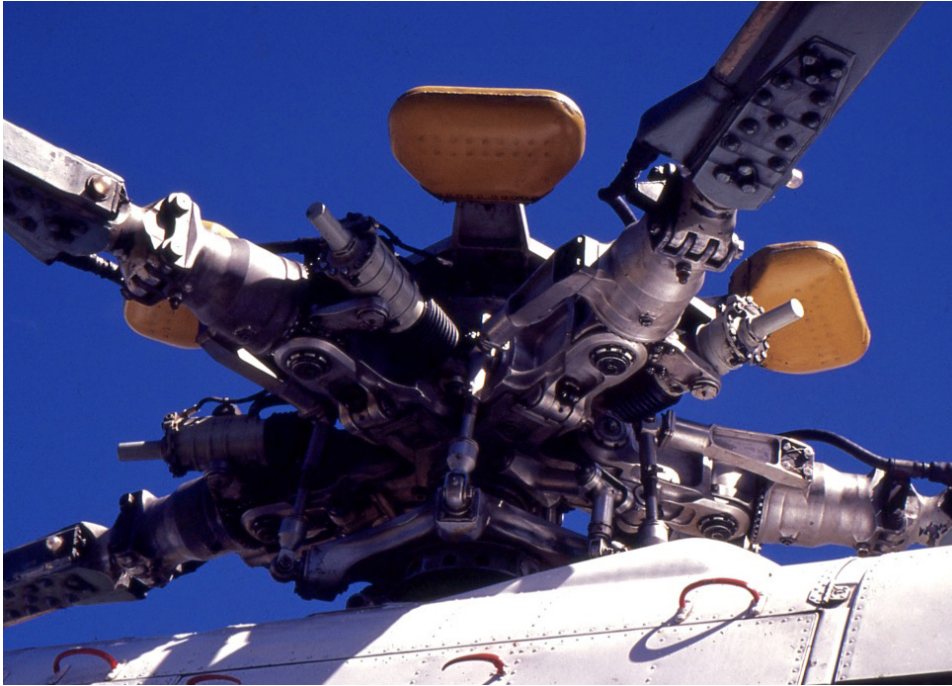
Los helicópteros buscan tomar vuelo *taxeando* (es decir, corriendo por la pista y tomando velocidad horizontal), lo que por aerodinámica genera la sustentación necesaria. Elevarse con cero *taxeo*, en puro ascenso vertical, exige el máximo esfuerzo de la máquina, sobre todo si va con peso y a 3.000 metros de altitud, donde la densidad del aire es menor.

A través del pasillo pude observar que el tablero de mando de la cabina empezaba a lanzar frenéticas advertencias amarillas y rojas, en señal que se estaba sobregirando la capacidad, a la vez que sonaban varios pitidos y timbres también de alerta. En ese trance, se sintió al motor tomar



un segundo y decidido aire, elevó más aun su estridencia y se separó lentamente del suelo. Cuando estábamos a dos metros de él, el piloto lo llevó lentamente al filo del precipicio, donde más de mil metros abajo serpenteaba el río Apurímac.

Apenas pasado el borde, el piloto literalmente soltó la nave. Esto es, dejó que “caiga” unos metros para que la velocidad genere viento en el rotor y con ello sustentación. Una especie de *taxeada* no en pista sino en caída libre. Habremos sentido el vacío momentáneo por los veinte o treinta



metros que abruptamente descendimos –brazos y piernas arriba y mucho grito destemplado– pero en segundos el pesado artefacto entraba en vuelo plano y nivelado. ¡Gran técnica!

Esta segunda ocasión que iría a Choquequirao sería en modo expedición caminera. La ruta usual es ir en movilidad desde Cusco hasta Calipuyoc y de allí marchar dos días de ida hasta Choquequirao y retornar por el mismo camino de dos días a Capuliyoc.

Poco dados a rutas en que se va y regresa por el mismo tramo, descubrimos a través de mapas que desde Choquequirao era posible continuar dos días más hasta el poblado de Yanama. Existen muchas localidades en el Perú con ese nombre y entiendo que viene del vocablo quechua *yana* que significa negro, aunque también quiere decir esclavo.

Choquequirao



Era una ruta muy poco frecuentada que no es parte del circuito de los grupos de caminantes, pero insistimos y la agencia nos dio el visto bueno. Desde el mapa se veía sencillo, otra cosa sería en el terreno. No llevamos a cabo la debida diligencia en el proceso de planeamiento y de verificación. Literalmente fuimos al tuntún; expresivo vocablo que la Real Academia Española define redondamente: *sin cálculo ni reflexión o sin conocimiento del asunto*. Tal cual.

Tuvimos que adaptarnos ya en plena jornada, cuando nuestro guía nos sorprendió confesando que nunca había hecho esa ruta y que le resultaba totalmente desconocida. Quien la conocía era Hilario, el buen arriero que andaba por sus sesenta años, cojeaba al andar por una artrosis rotular severa y hablaba con dificultad por una evidente y lastimosa afasia. Las sorpresas son el portal de los problemas.

El primer día descendimos 1.300 metros en un sendero que nos recibía con una amigable pendiente que al poco rato se convertía en incómodos escalones de suelo muy erosionado e inestable; los auténticos mata rodillas. Tomó las horas de horas lograrlo y llegué al puente Rosalina que cruza el Apurímac con las piernas temblando. Desde allí, tuvimos que trepar 1.000 metros al primer campamento en Santa Rosa, en una zona de terrazas bien acondicionadas que permitía colocar carpas y mesas en buen orden.

Por alguna razón, esa primera noche me entró un dolor de muslos que nunca había experimentado. Había tenido descensos de desniveles aun mayores, pero tal vez porque venía de un ascenso importante, como que entre subidas y bajabas se me ecualizaban los cuádriceps. Esto fue un bajadón de bienvenida que me descuadró las cuadernas inferiores. Estaba totalmente paralizado del inédito dolor, sin poder caminar y ni siquiera poder ponerme las medias. Por vergüenza torera no me hice ayudar para ir a la mesa a cenar, sin declarar a nadie mis males. Un desinflamante, auto frotación de Dencorub y un pedido de asistencia a mi Ángel de la Guarda

Choquequirao





(que acremente me respondió con un: –Ahora si me llamas, ¿no?–) y a esperar lo mejor para el día siguiente.

Amanecí virtualmente con el mismo dolor y, haciendo de tripas corazón, tomé un buen desayuno y me equipé para retomar el camino. A los quince minutos de iniciado, el dolor prácticamente desapareció. ¡Me salvé! Asocié el dolor al sobreesfuerzo y la posterior enfriada de los músculos, de modo que mientras continúe caminando todo iría bien. Ya cada noche renguearé como perro atropellado, pero de esta salgo.

El recorrido del segundo día fue largo, aunque no muy matador, pues íbamos bordeando la ladera de la montaña. En altura neta ganamos más de 300 metros, pero bien pudieron ser 200 más por lo ondulante de la senda. Y otros equivalentes 200 metros –que no se cuentan, pero se sufren– por el sol que golpeaba sin misericordia.



Hicimos una grata parada en Marampata, una zona de buenos servicios, y algo más allá acampamos. Esa noche repetí el proceso de dolor de piernas y mi improvisada terapia, aunque sabiendo que no importaba lo mal que me sienta, una vez retome mis pasos al día siguiente el dolor desaparecería.

Tal cual había previsto, noche de dolor, amanecida sin recuperación alguna y apenas iniciada la jornada el cuerpo se ponía en modo activo y quedaba operativo. Salimos temprano y en un par de horas ascendimos alrededor de 300 metros al sitio arqueológico.

Recintos, muros, plataformas y espacios bien contruidos en una cresta con brutales desniveles a ambos lados. Entiendo que solo se ha excavado y recuperado el veinte por ciento del total del complejo, con lo cual puede ser enorme. No sé si en algún momento podrá rivalizar con Macchu Picchu, esa maravilla de arquitectura e ingeniería inca ubicado en un

dramático giro en U del río Urubamba. No vi en Choquequirao muros de piedra estilo imperial (esa rocas desbastadas y pulidas con precisión), propio de la jerarquía más alta de los gobernantes. Nos dimos un buen par de horas de recorrido por el sitio y poco antes del mediodía iniciábamos nuestra ruta a Yanama. Todos los caminantes retornaban a Calipuyoc por el camino por el cual vinieron, nosotros los valientes –o, más bien, los pelotas– seguiríamos adelante.

Lo que siguió fue una tortura. Desde el sitio arqueológico ascendimos unos 400 metros por una exigente cuesta hasta coronar la cima del espolón y lo que vimos a continuación fue descorazonador. Debíamos acampar exactamente en la montaña que estaba al frente de nosotros y a la misma altura. Quizá de cumbre a cumbre habría un kilómetro en línea recta, pero era necesario bajar 1.400 metros hasta el llamado río Blanco para inmediatamente subir 1.300 metros hasta nuestro siguiente campamento en Maizal.

Casi 2.000 metros de subida y 1.300 de bajada netos en un solo día son desniveles absolutamente insanos, que en realidad son muchos más si se agregan los acumulados pues el terreno es ondulante. Tomaba una eternidad progresar en este camino poco caminado –valga la redundancia–, irregular y accidentado, donde el sol nos daba de lleno en el descenso y la lluvia nos cogió en el ascenso.

Allí sentí, por primera vez en mis muchas expediciones, que quizá no la terminaba, que no tendría energía suficiente y que lo entretenido había desaparecido para dar paso a una acuciante preocupación que me obligaba a concentrarme en salir de allí entero.

De modo que adiós dignidad y por favor denme el caballo. Nunca –repito, nunca– en ninguna otra ocasión antes o después salvo esta, me he subido a un caballo, por más extenuado que me haya sentido.



El buen caballo, criollón, de poca alzada, noble y resignado a mis noventa y más kilos, se llamaba Corredor. Lo montaba por ratos en las bajadas de poca inclinación pues en los escalones quedaba en cuarenta y cinco grados y me tenía que tirar de espaldas para no perder el equilibrio. Los estribos los tenía demasiado altos de modo que yo iba más en modo *jockey* que jinete paisano. Ir sobre él requería esfuerzo, pero menor a lo pesado del camino.

El avance era penoso y en la enormidad de la ladera el progreso era imperceptible: todo se veía igual de lejos y las horas caminando parecían hacerse sobre un suelo que no reconocía el avance. Llegamos al río Blanco, un ancho cauce seco lleno de mosquitos por el que apenas discurría un pequeño curso de agua. No había camino, había que andar sobre arena esquivando cantos rodados enormes que formaban laberintos que obligaban a retroceder y reintentar por otro lado.

Hicimos pascana cuando llegamos al inicio del camino de la montaña que nos tocaba atacar. Aquí aproveché mejor el caballo pues más nos entendíamos en las subidas, aunque todo el flanco de la montaña estaba lluvioso y con barro resbaladizo. El buen Corredor se dio algunos tropezones que por poco no fuimos los dos al suelo, o al barranco que por tramos asomaba amenazador. Combinando momentos a pie unos y otros cabalgando, llegamos a Maizal, nuestro tercer campamento a 3.000 metros de altitud. Una pampita cómoda con un campesino gentil y servicial y unos perritos cariñosos que nos recuperó del cansancio a punta de cervezas que estaban justificadamente caras pues a ese paraje no se llega así nomás.

Habituado a mi dolor de piernas apenas se enfriaban y sabiendo que me recuperaría al día siguiente, pasé la noche sin mayor ansiedad pues entendimos gracias a Hilario, que con las justas se hacía entender y que sí conocía la ruta, que el cuarto día sería duro y largo, pero no asesino como el que acabábamos de superar. Se sinceró con la cerveza –y de paso mejoró la

fluidez de su pronunciación– y explicó que no entendía la razón por la cual hicimos Calipuy-Choquequirao-Yanama en cuatro días cuando lo usual es hacerlo en siete u ocho. O mínimo seis, si se tiene vocación masoquista.

El cuarto día fue por subidas y bajadas exigentes, largas e interminables, con el sol pegando fuerte, pero sabiendo que estábamos cerca a terminar la pesadilla. Igual alterné caballo y pie, pero el último ascenso al abra lo hice todo caminando: la fuerte pendiente, el barro traicionero y los tramos de precipicio de interés para un suicida nos convencieron a Corredor y a mí que esa era la mejor opción. Mientras andaba mi mente se perdía imaginando la frenética persecución en similares parajes durante días por parte del implacable capitán español Martín García de Loyola al inca rebelde Túpac Amaru I (no el Túpac Amaru II), que finalmente fue capturado y ajusticiado por orden del virrey Toledo. García de Loyola es el personaje del famoso cuadro que está en la Iglesia de la Compañía en Cusco, donde aparece contrayendo matrimonio con Beatriz Clara Coya, noble princesa inca, en señal que hubo mestizaje entre españoles e incas, no exterminio de los locales como en las conquistas inglesas.

Cerca al abra, nos encontramos con un grupo de gringos que venía de Choquequirao y seguirían precisamente a Vilcabamba, el último territorio de la resistencia inca. Al menos un par de ellos eran mayores que yo y llevaban equipos de topografía profesional, como para hacer levantamientos y estudios. Estaban por lanzar un dron enorme que parecía un ovni. Me provocaba dejar a los pumas e irme con estos apasionados de la historia y la investigación.

Regresando al abra, una vez superada esta se nos presentó un paisaje de los más espectaculares que recuerde. El verde intenso de los tupidos bosques de ceja de selva vigilados desde arriba por los imponentes nevados de la Cordillera de Vilcabamba. Un absoluto sueño.

Diablo Mudo



El tramo de bajada a Yanama –que está a 3.500 metros de altura– fue realmente hermoso. Serpenteando al filo del flanco de la montaña, a veces se mostraba horadado en la roca para formar una C. Como para un documental de National Geographic. El paisaje era glorioso y distraía la vista del suelo, lo que provocaba más de un tropezón.

Llegué a Yanama algo después que los pumas que traían mejor paso, con la sensación de haber salido con fortuna. El retorno en combi a Santa Teresa fue largo –con huaico incluido que nos cerró el paso lo que obligó a chofer, ayudante, guía y pumas a retirar piedras y troncos del camino– pero ya estábamos salvados y el silencio que nos había caracterizado durante la caminata fue reemplazado por bromas y las risas que aderezan el desprecio al riesgo una vez que se ha salido bien librado de él.

En conclusión, lo visité por primera vez en helicóptero al que le tomó poco más de una hora entre ida y vuelta. Años después lo hice a pie entrando por Calipuy y saliendo por Yanama y me tomó cuatro días. En mi próxima vida me ordeno mejor: a pie en mis cuarenta años y en vuelo a mis sesenta.

Los dolientes desniveles que hube de superar resultaron justo peaje para la recompensa de apreciar la imponente geografía provocada por el paso del soberbio Apurímac, el misterioso enclave inca de Choquequirao adherido a una formidable cresta montañosa, la vida de hoy de poblados literalmente colgados de repisas serranas y con ello dar un paso más para apreciar y enorgullecerse de nuestro grandioso país, al cual hay que andarlo para amarlo.

Ya después se verá si se le entiende.

CUMBRE

Huayhuash

Al poco tiempo de iniciarme en las caminatas altoandinas, empecé a tener referencias de esta compacta cordillera, aunque me tomó tiempo entrarle. Con su peculiar fonética (los gringos preguntan si es *why wash*), no me sonaba muy quechua pero entiendo que en esa lengua refiere a un tipo de comadreja andina. Tiene credenciales propias de altitudes, paisajes, senderos, ascensos, accidentes y tragedias. Y por cierto, su particular elenco: Yerupajá, la segunda montaña más alta del Perú, Jirishanca, donde hace años se estrelló un avión militar cuyos restos siguen apareciendo por el glaciar, Siulá, allí el inglés Joe Simpson protagonizó uno de los más extraordinarios auto rescates en alta montaña y otros con nombres misteriosos de los que hay que andarse con cuidado: Carnicero, Trapecio, Rondoy, Sarapo, Rasac, Cuyoc, Ninashanca, Juraauraju, Cuyoc, Pariaucro.

La Cordillera de Huayhuash es corta de extensión. No más de treinta kilómetros de largo, pero alberga seis de los picos más elevados del país. Sus vertientes caen por varios lados y en base a ellos se ha configurado la distribución político territorial, lo que hace que según la ubicación se pueda estar en el departamento de Lima, de Ancash o de Huánuco.

Había que apuntarle y mi primer intento fue fallido: viajé con un amigo a hacer un circuito de cinco días entrando por Llamac. Llegando a Chiquián –el famoso Espejito del Cielo y zona de operación del mítico bandido Luis Pardo, que ostenta vals y monumento pues el valiente robaba a los ricos para compartirlo con los pobres, dicen– me enteré apenas arribé que tenía una cuestión familiar que me obligó a regresar a Lima al día siguiente.

Pasaron algunos años y enganché a trabajar en minera Barrick y su ejemplar operación en Pierina, cerca de Huaraz, la que exhibía excelentes estándares de productividad, eficiencia, seguridad y gestión ambiental y social. Fue una gratísima experiencia profesional y personal.

Aunque mi base estaba en Lima, subía a mina cada cuatro o seis semanas, a veces en camioneta y a veces en un Twin Otter turbo hélice que tenía sus años pero que volaba con convicción. Con cabina no presurizada, se viajaba con mascarilla de oxígeno cerca a los 5.000 metros sobre el nivel de mar como nada.

En una oportunidad llevamos a unos periodistas a un sobrevuelo al Huascarán. El piloto mandó retirar la puerta para que el camarógrafo tenga mejor visión y también algunos asientos para aligerar la nave. Dimos tres vueltas al coloso cerca a los 6.000 metros de altitud –el Huascarán tiene 6.858– y se comprenderá que la vista fue histórica. Me embarqué a la volada pues no estaba en el rol de pasajeros. No tenía a mano cámara fotográfica y el celular de esa época de hacer llamadas no



pasaba y ni remotamente incluía cámara. No importa: tengo los negativos adheridos en el hipotálamo.

Varios colegas de Pierina vivían con sus familias en Huaraz y habían armado un incipiente grupito de caminatas de un día por los alrededores. Cuando los conocí y vimos que andábamos todos deseosos de ir por más, aparecieron dos nombres: Huayhuash y Pablo López.





Pablo López

En pocas semanas ya estaba organizada nuestra primera salida. Por suerte, nunca he tenido problema con el mal de altura y podía tomar el vuelo del Twin Otter de las seis de la mañana en Lima para llegar a Huaraz a las ocho, partir raudos a Chiquián para empalmar a Llamac e iniciar la caminata a mediodía para ascender los mil metros de desnivel de bienvenida y acampar en Jahuacocha. Sin cuestión previa, consentimiento informado ni proceso de aclimatación.

Esa fue mi primera entrada a Huayhuash de las cinco que hice. En Llamac nos esperaba un equipamiento completo. Éramos cinco caminantes y la logística exigía al menos un cocinero, un ayudante de cocina, dos arrieros (que hacían de cocineros, armadores de carpas y asistentes en todo lo que apremie), y un par de guías como mínimo. Dos caballos para asistir a los

que no daban más o había que sacarlos rápido por emergencia y al menos una decena de burros.

Pues allí conocí a Pablo López. Español, vasco-castellano para mejor referencia, algo menor que yo, casado acá con peruana y radicado en Huaraz, dedicado toda su vida a Pirineos, Alpes y Andes. Menudo y de buen talante, con ese acento que nunca pierden los españoles, servicial, de excelente carácter, pronto conocedor de la personalidad de cada quien y calificado profesional de montaña.

Le tengo gran admiración y un aprecio personal enorme, como al que a pocos le tengo. Este libro tiene mucho de homenaje a él, aparte de la merecida dedicación.

Pablo tenía varios equipos según la zona de excursión, prolijamente formados, entrenados y motivados para que todo marche bien. Para Huayhuash contaba con una simpática pareja de jóvenes esposos; laboriosos, entusiastas y profesionales en lo suyo: Makaria y Percy, que eran de gratísima compañía. Un día de fines de diciembre se aparecieron sin avisar en mi casa de Lima para visitarme y traerme de regalo una hermosa frazada multicolor, que usé por años. Por coincidencia ese día era mi cumpleaños y ellos ni idea. Nos tomamos un buen lonche mientras nos contábamos historias de montañas.

Con Pablo hice las cinco entradas a Huayhuash y algunas más en Cordillera Blanca. En decenas de conversaciones bajo el oscuro manto estrellado de las noches pasábamos de discusiones de historia (sobre todo de España, de la época gloriosa de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II) y de la Leyenda Negra que tan lindamente se la inventaron y propagaron los ingleses, así como de física, astronomía y ética a reflexiones existenciales personales con interés exclusivo de quien las relatara, pasando por técnicas de escalada, maniobras, rescates y demás.

En el camino también intercambiábamos recíprocas increpaciones, acusaciones, puteadas, quejas, lamentos como también agradecimientos, abrazos y asistencias. Bien podía prepararse unos deliciosos tallarines a la carbonara en la cena del campamento como escalar la pared de hielo de setenta grados y 1.100 metros de desnivel del Yerupajá como debe ser: al estilo alpino. Esto es muy ligeros, con mínimo equipo y peso, en cordada de dos y lo más rápido posible, lo que supone hacerlo en treinta y seis horas sin parar entre base, cumbre y retorno a base. Fumaba en cuanta parada de descanso hacíamos y nunca lo vi tomar agua. Al final me convenía pues su botella –siempre llena– me salvó varias veces pues yo andaba sediento como un radiador de camión viejo.

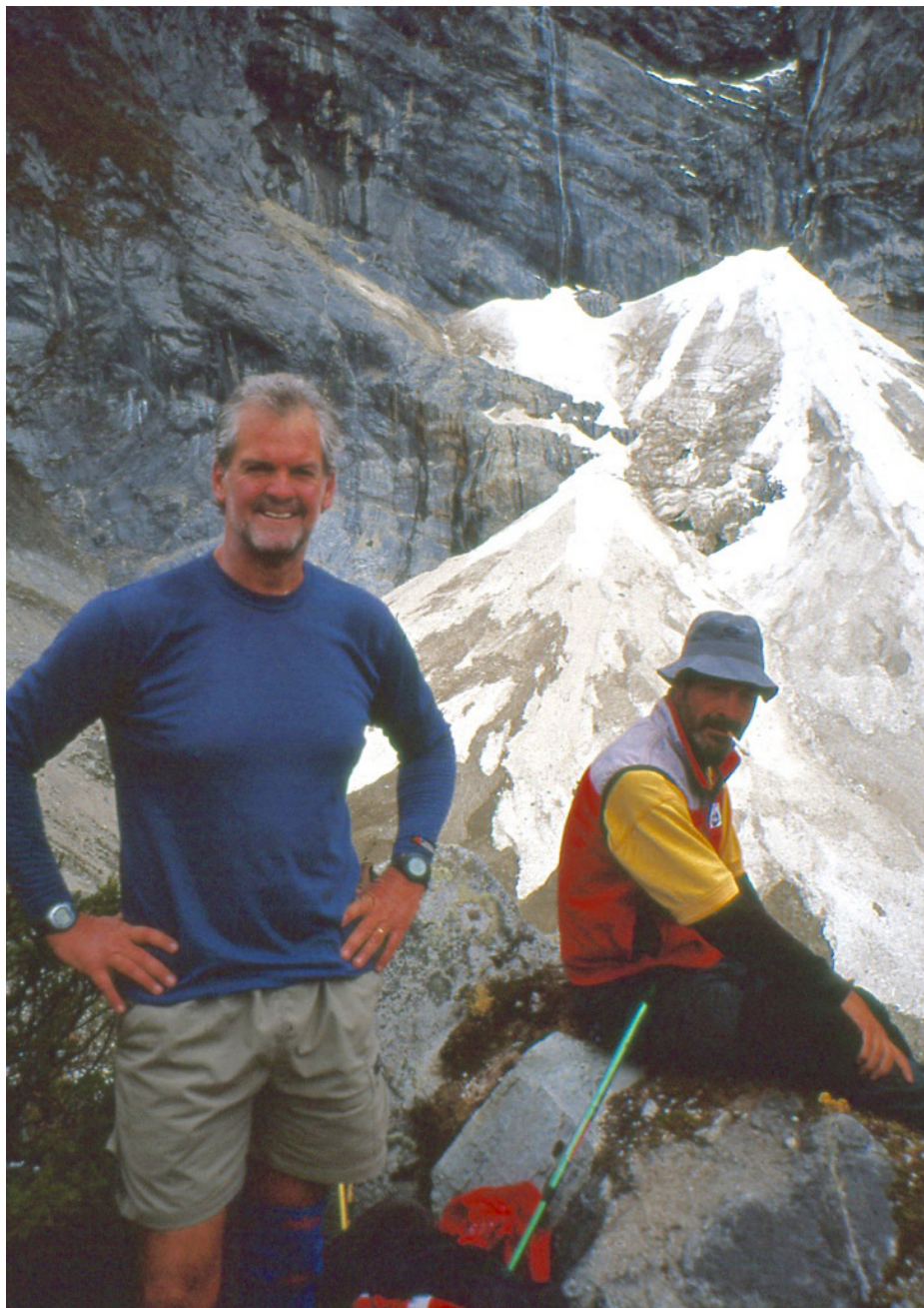
Llamac era nuestro punto de partida y en ese lugar debíamos encontrarnos con Pablo, que venía de una jornada de varios días con un cura entre polaco y español. Los ví llegar a ambos riéndose y lanzando a voz en cuello improperios de alto calibre y de tono muy hispano (del tipo me cago en la virgen, que menciono por ser de los menos ofensivos). Que el viento venía malo, que el Rasac se puso jodido, que se han tenido que dar la vuelta, que eso no lo cruza ni la puta que lo parió. En fin, se habían visto obligados a bordear un paso cerca al Siulá para intentar seguir por el abra del Rasac y optar allí mismo por una peligrosa variante que les permitió llegar a Llamac.

Me tomó buen rato saber cuál era Pablo y cuál el cura. Ninguno llevaba sotana ni alzacuello (se entiende pues es indumentaria poco apropiada en la montaña), pero tampoco una pequeña cruz, un discreto escapulario, un rosario al cuello o un misal de primeros auxilios espirituales asomando por un bolsillo. Y a juzgar por el castellano y lo irreverente y procaz del lenguaje, ninguno podía dar ni recibir comunión, o nunca haberlo hecho. Cuando se embarcó uno de ellos en la movilidad que lo llevaría a Huaraz, el que se quedó me saludó con un: –Tú eres Paul, ¿verdad? ¡Pues vamos!– Y sin esperar respuesta se dio media vuelta y empezó a andar. Ese era Pablo.



La subida de Llamac es dura tanto de ida como de vuelta. La conozco bien y la última vez que la bajé fue a medio pulmón, con una neumonía que venía madurando desde el primer día, bajo una fea tormenta con lluvia y rayos, dando tumbos en los resbalosos e interminables escalones de medio metro de altura cada uno y con la mente en modalidad de metas cortas: caminaré hasta ese arbolito, una vez allí caminaré hasta esa piedra, una vez allí hasta ese... bueno, en mi capítulo de percances les contaré más.

Nuestro campamento estaría en Jahuacocha que es un paraje grandioso. Una gentil pampa que circunda la preciosa laguna alimentada por los glaciares del Rondoy, el bicéfalo Jirishanca y el Yerupajá Grande y Chico. Varias veces recalamos allí, unas veces empezando y otras concluyendo jornadas, y siempre mostraba su imponente belleza, sea cuando despreocupados los nevados se mostraban limpios y diáfanos, o como cuando no estaban de humor y se arropaban recelosos en densos nubarrones que no permitía verlos más arriba de la línea de hielo.



Rasac

En esa primera ocasión en que entraba a Huayhuash, hicimos dos recorridos de ida y vuelta desde nuestro campamento en laguna Jahuacocha. El primero fue hacia Cuartelhuaín, tomando la izquierda de Jahuacocha y llegando a laguna Solterococha. De una belleza indescriptible, permite ver completamente el agresivo flanco del Yerupajá Grande, que se yergue limpia e ininterrumpidamente 1.100 metros a setenta grados de inclinación sobre el *plateau* de hielo de la cual provienen los glaciares que bajan por las enormes quebradas. La orgullosa cima se halla a los 6.634 metros de altitud.

El segundo recorrido fue emocionante y mucho más exigente. La idea era llegar al paso del Rasac –el mismo que había despachado por malcriados a Pablo y al cura– para lo cual tomábamos la ruta a la derecha de laguna Jahuacocha.

Luego de un ascenso de unas tres horas, llegamos a una morrena. Algo había escuchado de ellas, pero no tenía el gusto de conocerlas. Pues bien, no fue para nada grato. Una morrena es una acumulación gigante de rocas de todo tamaño que el glaciar empujó en su avance con las megafuerzas que posee, dejándolas hasta donde llegó, todas fracturadas, expuestas a meteorismo e inestables. Al elevarse la temperatura por los ciclos naturales del clima, el glaciar se volvió laguna y luego se desecó, dejando su impronta en formas caprichosas, algunas como diques inclusive. De esto ya me referí en mi relato sobre la quebrada Ishinca.

Llegar al paso Rasac suponía caminar sobre estos rocones absolutamente irregulares, por cornisas, callejoncitos, recovecos, escalones y demás trampas pues con frecuencia se pisaba sobre una piedra que no estaba del todo asentada o se hundía el bastón y se perdía el equilibrio con facilidad. Ya andábamos cerca a los 5.000 metros de altitud y el glaciar se veía realmente cerca, aunque llegar a él tomaría al menos una hora.

El problema adicional era el viento. Pegaba helado y continuo desde la izquierda, por momentos duplicaba su fuerza y había que agacharse por buen rato para reducir el área expuesta y no ser derribado. Así como venía de la izquierda, podía cambiar completamente de sentido y cargar desde la derecha, con ráfagas que parecían soplidos de un céfiro con esteroides.

Se formaron dos grupos. Uno de ellos decidido a continuar para llegar al hielo (eso siempre tiene de logro emblemático) y otro que dimos media vuelta, al cual me incorporé presto. Lo bueno de la reculada fue –aparte de proteger el pellejo– que nos permitió hacer una buena parada de descanso y picnic en laguna Barrosacocha, una preciosa y escondida laguna color turquesa. Los valientes que llegaron al paso Rasac nos dieron allí el alcance y no pudieron quedarse mucho rato pues ya andábamos cortos de tiempo.



Por Cajatambo

Planeamos con mis colegas de Pierina otra excursión a Huayhuash en la que entraríamos no por Llamac sino por Cajatambo. Sería mi segunda entrada a Huayhuash. Más que la caminata por tramos que en buena parte repetí más adelante, me acuerdo lo particular de los viajes para llegar de Lima a Cajatambo y viceversa.

Mis amigos bajarían de Huaraz al cruce de la Panamericana Norte con la carretera que sube a Cajatambo. En ese punto yo les daría el alcance viniendo de Lima, a eso de las seis de la tarde. Funcionó bien la sincronización y recuerdo que viajamos casi toda la noche en una combi por un camino afirmado muy deteriorado. Llegamos casi al amanecer a la ciudad y me llamó la atención una notable y bien conservada iglesia colonial. Cajatambo era punto de partida de sacerdotes españoles hacia la ceja de selva para cristianizar indios y extirpar idolatrías.

No recuerdo en qué orden pasamos por laguna Viconga, avistamos la Cordillera Raura, repostamos en unas pozas termales y después de cuatro días estábamos en Cajatambo temprano para regresar a casa.

Viajamos de Cajatambo a la carretera Panamericana por la misma ruta por la que habíamos venido. El punto es que la ida fue la hicimos de noche y no pudimos apreciar ni el camino ni el paisaje. De día sí fue posible y fue de terror: un camino apenas afirmado, angosto y con unos precipicios de espanto, con unos rocones rajados, inclinados, mal asentados, con señales de escarpas y como a punto de venirse abajo, parecidos a los que se ven en los remedos del Lejano Oeste de Disneylandia, con la diferencia que esos son de *tecnopor* y estos eran de granito, caliza, andesita, o lo que pétreamente fuere.

Felizmente llegamos a la carretera Panamericana ya de noche y tuve que buscar un bus que me lleve a Lima. Conseguí uno que venía repleto, pero por suerte conseguí asiento pronto. Cuando cruzábamos el Serpentin de Pasamayo (el de abajo, no la Variante que pasa por arriba) ... nos quedamos sin combustible. Todos los pasajeros al borde de la pista, esperando que alguien se apiade y detenga para salvarnos. Nadie lo hizo hasta que dos horas después se detuvo otro bus que no nos recogió, sino que se limitó a sacar con manguera cinco galones de petróleo de su propio tanque y entregarlo en un balde de plástico.

El chofer despertó al copiloto que seguía durmiendo junto al equipaje en la panza del vehículo, vertieron algo de combustible al tanque, pero el motor no arrancó. Al parecer, la bomba de combustible había aspirado aire y sin cebarse no funcionaba. Levantaron el piso del pasillo donde se accedía al motor y con la manguera hicieron una conexión directa del balde al depósito de los inyectores. Con un rugido el motor arrancó y retomamos viaje, con el balde meciendo el petróleo en medio del pasillo



y una humareda que los pasajeros soportaron pues la preferían al frío si abrían las ventanas.

¿Cómo explicar que un bus de línea se quede sin combustible a medio camino? Simple: el chofer le echa menos combustible del requerido, calculando lo mínimo para llegar a destino, con una propina al grifero este le emite una factura por el falso monto mayor, y la diferencia se la mete al bolsillo. Deporte nacional, pendejada tropical. Menos mal que eso no hacen los pilotos de avión.

Piloto audaz

Mi tercera expedición a Huayhuash fue con dos de los pumas. Les voy contando –un poco tarde, según compruebo– de quiénes se trataban estos felinos. Conocí a uno de ellos y hablando de montañas nos aventuramos a hacer el Huayhuash completo: el de nueve días. A esa jornada se incorporó un primo suyo y más adelante lo hicieron unos amigos de ellos, con lo que llegamos a ser como seis en total.

Eran como diez años menores que yo, de buen y festivo talante, adecuado estado físico y carácter óptimo para las montañas. Presumidamente, se autodenominaron Los Pumas de Huayhuash. Como yo era el mayor, gentilmente me pusieron de apodo Pumacocho. La venganza me tomó años de profundas meditaciones y pude clavarle a cada uno sus merecidos, pertinentes e hirientes alias, los cuales reseño el final de mi capítulo de Descenso.

Con estos dos primos y guiados por Pablo planeamos la mencionada jornada definitiva: la vuelta completa a Huayhuash de nueve días. Más adelante uno de ellos lo relatará con detalle en este libro, a modo de autor invitado.

Partimos de Llamac hacia Cuartelhuaín, en donde empezaría nuestra aventura, en una combi –que por edad y uso mostraba cicatrices y se le traslucían las costillas– a través de una vía mínimamente carrozable, hartamente maltratada y poco transitada. A mitad de recorrido, un derrumbe gigante de ripio bloqueaba el camino. Había formado un cono de deyección (como si fuese un huaico) de unos cien metros de ancho. Aunque había quedado inclinado, con algo de trabajo podíamos emparejarlo para que pase el vehículo.

El problema era que, como era reciente la caída, las piedras no se habían asentado y constantemente rodaban algunas, dando brinco, sacando chispas y tomando amenazadora velocidad. No eran de gran tamaño, pero venían con alta cinética (eso les encanta a las piedras) y tomaban rumbos impredecibles, saltando a un lado, luego al otro, de acuerdo al arbitrario ángulo en que chocaban. Había que estar trabajando por turnos con un par de lampas mientras los otros hacían de vigías detectando si caían piedras para dar aviso de salir rápido de la zona de peligro.

En una hora habíamos ya hecho transitable la primera mitad del camino y el segundo tramo se veía algo menos trabajoso. Me tocaba el turno de vigía y al poco vi una piedra pequeña pero desafiante que traía una endiablada aceleración con una enloquecida dirección, en unos zigzags pasmosos y unos saltos que no correspondían a las leyes de la gravedad. No era posible anticipar por dónde caería la maldita, de modo que pegué el grito de alerta, mientras seguía con la vista a este aerolito con voluntad propia... que resultó ser un pajarito negro que ágil revoloteaba por el empedrado. De allí el unánime: - ¡Pajarito del diablo!

No obstante, mi alerta fue oportuna. La sección final del derrumbe empezó a ponerse dinámica y lentamente fue desmoronándose (chorreándose quedaría mejor expresado). Para esto hacía rato que el chofer estaba insistiendo en abortar el servicio: no iba a arriesgar su patrimonio vehicular por un pedrón que le perfora el techo y el piso y lo desbarranque por el talud. No le faltaba razón, ya había levantado la voz un par de veces y no respondía al usualmente persuasivo tratamiento de elevarle la tarifa por el transporte.

Mientras discutíamos escuchamos que el motor de la combi empezaba a hacer aceleraciones y con decisión y velocidad arremetió al camino para cruzar de una vez el derrubio.

Pasó a mi lado dando tumbos y saltos y claramente noté que nadie estaba al volante. ¡La combi avanzaba sola! Cuando superó el trance, de un brinco se bajó el conductor invisible... que era el hijo del chofer. Bien mirado no le echaba más de diez años de edad. El mocoso estaba buscando su momento de sabe Dios qué, el punto es que entendió que era él y su circunstancia y asumiendo protagonismo se subió al asiento, cogió el timón, se estiró lo que pudo para pisar el acelerador y, más adivinando que mirando el camino pues sus ojos solo veían el tablero y el cielo azul, llegó a zona segura donde se detuvo.

Aplaudimos sorprendidos y felicitamos al audaz piloto que muy serio y con cierto desdén tomaba nuestras palabras con gesto indiferente. Como si lo hiciera a cada rato. ¡Lindo carácter del chico este! El confundido padre lo tomó como un acto de valentía y con orgullo se sumó a los aplausos.

Pudimos llegar al punto de inicio de la caminata, coronamos el largo ascenso al Cacanapunta para descender a la bella laguna Mitucocha, vigilada por las torres cuasi gemelas del Jirishanca. Conocería en los días

siguientes la laguna Carhuacocha para estar cara a cara con los Yerupajá, el misterioso Siulá y su espectacular paso de tres lagunas y una sucesión de parajes impresionantes.

En esa excursión me habló por primera vez el diablo, el diablo que no hablaba. Sí, el Diablo Mudo. Nunca más lo hizo. De ello hablaré al final de este libro.

Antes de dar paso al relato de mi autor invitado, debo referirme brevemente a mis dos últimas expediciones a Huayhuash. No recuerdo bien la ruta de la cuarta, pero hemos debido seguramente repetir la entrada por Cuartelhuaín, subir a Cacanampunta, bajar a Mitucocha, pasar un abra para entrar a laguna Carhuacocha, hacer el paso Siulá (al menos lo he cruzado dos veces), bajar a Huayhuash y de allí no recuerdo bien cómo regresamos a Llamac, a cuya bajada final ya estaba habituado.

El recuento de la quinta y última, he preferido ubicarla en el capítulo de percances pues tuvo más de eso que de expedición. Fue el modo cómo la magnífica cordillera de Huayhuash se despidió de mí y de casi yo me despido del mundo.



Nueve días

Por Nicola Rubini.

–¡Ya no puedo más!–

Es Renzo caminando delante de mí, agotado y a punto de desfallecer. Yo ando muy cansado también y concentrado en mantener mi ritmo y no acelerar mis latidos. Llevamos cinco horas de subida desde el pueblito de Huayllapa hacia el abra Tapush.

Nuestro agotamiento no es para menos pues llevamos siete días en interminables cuestas y descensos alrededor de la cordillera de Huayhuash.

Siempre he sido de hojear libros y revistas de montañismo y excursionismo. Estaba al tanto de las conquistas de las cumbres más

altas del mundo y me atraía desde lejos ese mundo de aventuras en las montañas, me intrigaba la motivación de sus protagonistas a superar riesgos y peligros, pero de allí no pasaba. Hasta entonces nunca había hecho una caminata de más de un día.

Fue mi primo Renzo quien me animó a hacer una que estaba convocando Paul, su relativamente reciente amigo que ya tenía varias excursiones en su haber, además de haber coronado un nevado importante, que ya son cosas mayores. Pablo López –entiendo que algo saben ya de él– sería nuestro guía y responsable de una compleja logística de dos arrieros, un cocinero, dos asistentes, como ocho burros y dos caballos.

Me sumé con el entusiasmo del principiante a la expedición de nueve días para rodear la mítica cordillera Huayhuash. Para el ciudadano que, entre familia y trabajo un mes se pasa volando, asumí que todo sería cosa rápida. Luego comprendí que el tiempo transcurre a diversas velocidades según la posición del observador. No fue a través de las complejas lecturas de la teoría de la relatividad de Albert Einstein, sino en largas caminatas por sierras desoladas.

Conocer a Pablo fue realmente interesante. Se percibe a lo largo de los días que es un auténtico conocedor de rutas, acertado pronosticador del tiempo, organizador nato, líder de grupo, experto en técnicas de montaña sean de roca, hielo o nieve y solucionador de problemas de toda clase, entre muchas otras competencias que me sonaban nuevas.

Lo que toma más tiempo descubrir en Pablo –a veces luego de varios días después de una caminata o incluso después de varias excursiones con él– es su agudeza para captar el sutil perfil anímico y psicológico de cada caminante, arbitrariamente cambiante según el día y la hora, y responder de modo finamente pertinente para que se mantenga la entereza de cada quien y la unidad del grupo.



Lo he visto encajar puteadas de Paul sin parpadear. Recuerdo con claridad que sonó feo y dejó helado al grupo cuando este le increpó de mala manera a Pablo por un innecesario atajo por el que nos había conducido a través de unas peligrosas cascadas, que poco trecho ahorran y mucho riesgo acarreaban. Paul le soltó un furioso: –¡Pablo!, ¿dónde carajo nos has metido? ¡Yo soy tu amigo pero más soy tu cliente!– Pablo respondió en voz queda: –Pues bien parece que mal andamos. Vamos tranquilos a ver cómo salimos de esto–.

Al día siguiente, no sé en qué Paul se había encaprichado y no dejaba de quejarse todo el rato: de la organización, del horario, de la mala noche,



que la comida no le gustaba, que la lluvia le molestaba, que el café no sabía a nada, que el burro lo miraba de mala manera y de cuanta cosa se le pasara por la cabeza. Como se dice, amaneció con la nevada arequipeña, o con la mierda revuelta. Como mejor se entienda.

Pablo se detuvo, esperó que todos se junten y le espetó directo a Paul: –¡Pues os dejáis de engreimientos y tonterías que un niño no eres y aquí se viene a caminar y no a joder!– Lo remató con un: –¿Está claro?–. Paul no se la esperaba y se quedó mudo. Cuando quiso reaccionar ya había pasado media hora y la sonrisa le había vuelto al rostro.

Lo he visto animar a un caminante extenuado con suaves palabras y unas palmadas en el hombro y a otro que estaba igual lo miraba severo y le ordenaba seco que camine delante del grupo y tome la responsabilidad de marcar el paso. Lo he visto dar instrucciones, ordenar, pedir, sugerir y exigir tareas a su equipo que entusiasta lo seguía.

De modo que aquí estoy. En el séptimo día de la ruta y con aún dos días más por delante, subiendo una fuerte pendiente desde el pueblo de Huayllapa a 3.490 metros de altitud hacia el abra Tapush a 4.770, casi 1.300 metros de desnivel. Ya vamos cinco horas de pura subida y aún nos falta un par más para llegar al abra y descender largo hasta el campamento al pie de la montaña Diablo Mudo.

Cada paso requiere esfuerzo y concentración, sobre todo en los repechos donde es necesario tomar impulso con “carreritas” para vencer la gradiente. No solo sufren las piernas, también los brazos por el uso de los bastones, los músculos de espalda, abdominales y cuello para mantener la posición y el equilibrio y toda una relación de pequeños tendones desconocidos hasta entonces. No sé si fue buena idea evolucionar hasta el actual *homo erectus*, mejor nos iba en cuatro patas cuando ocasionalmente bajábamos de los árboles.

La expedición empezó propiamente en Llamac, cerca de Chiquián, conocido como el Espejito del Cielo donde dormimos la primera noche. A propósito, mi suegro vivió de pequeño en ese bello pueblo y me contaba de sus correrías de niño a pie y a caballo por campos y riachuelos a la vez que veía crecer las cosechas junto a sus nueve hermanos. En un momento determinado, viajamos toda la familia (desde abuelo a nietos) a esta tierra del emblemático Luis Pardo –el bandolero justiciero que ostenta monumento, vals, película y novela– y en ese viaje ví de lejos la cordillera Huayhuash. La tendría a tiro de piedra años después.

Desde Llamac una movilidad nos llevó al caserío de Matacancha de donde iniciamos un ascenso largo hacia el paso del Cacanapunta, a 4.700 metros de altura, para luego bajar al primer campamento al lado de la laguna Mitucocha. Al pie del empinado nevado Jirishanca –palabra que significa colibrí– tuvimos la primera vista de la majestuosa cordillera.

El grupo estaba compuesto por mi primo Renzo, alto y robusto, pero no muy atlético, y que era el más joven por lejos. Ya había incursionado en varias caminatas medianas de modo que tenía algo de experiencia, además de ilustrado en temas de historia –la conquista del Perú era su materia recurrente– y siempre en modo buen humor, que es el perfil obligatorio de todo caminante.

Por su lado, Paul andaba por sus cincuenta bien llevados, se mantenía en forma y andaba lleno de historias y anécdotas que compartía en la cena, pues nadie habla mientras camina pues eso quita aire y cansa. Para saber si estaba en buena condición bastaba escucharlo: si se quejaba y carajeaba con frecuencia es porque lo estaba pasando bien. En las muchas expediciones con los pumas, era él quien proponía destino, fecha, logística, presupuesto, agencia y demás. A veces más imponía que proponía, pero hacía que las cosas se concretaran.

Finalmente, nuestro guía Pablo, algo menor que Paul, español de esos que es mejor entenderse por las buenas, enjuto de cuerpo, pero hecho de material a prueba de esfuerzos capaz de hacer un ascenso al Alpamayo o al Yerupajá o rápeles de cincuenta metros en los cañones sin nombre. Nunca tomaba agua, comía frugalmente, tomaba café como un vigilante nocturno y fumaba como un condenado en cada parada que hacíamos. De pocas y calculadas palabras, lo que no le quitaba el buen humor y el consejo sabio en el momento preciso. Sus relatos de dramas de alta montaña como testigo o protagonista de rescates, salvamentos y recuperación de restos de fallecidos, nos tenían cautivados.



Por mi lado, soy más de escuchar que de hablar, sin que ello signifique no disfrutar de las conversaciones. De formato tengo baja estatura, peso adecuado y –gracias a mi afición a las maratones– bastante apto para el esfuerzo y sin problemas con la altura.

Nuestros días empezaban antes que empiece a clarear. Uno a uno salíamos de las carpas entumecidos de frío y adoloridos por el duro suelo, prácticamente arrastrándonos hacia el ambiente de cocina siguiendo el aroma del café. Ese ancestral grano tostado maravilloso, pasado, humeante, cargadísimo y negro como el pecado, en segundos entraba a nuestro cuerpo como una tromba activando todos los sistemas: nervioso, muscular, respiratorio, cardiovascular, digestivo y cuanto otro exista. El decaído ánimo matinal pasaba en instantes a la exaltación, la conversación entusiasta, la preparación del equipo y el que venga el día que aquí estamos los que somos.

En alguna expedición posterior Pablo olvidó la cafetera y casi nos amotinamos el segundo día. Tuvimos que tomar café pasado en una media que no supimos nunca de quién era, pero que le daba un gusto acre que Pablo atribuía a la procedencia del café, pero todos sabíamos que otra era la razón.

Luego de un potente desayuno –que en realidad eran varias repeticiones de café, pan, mantequilla, mermelada, queso y huevos revueltos– nos alistábamos y empezamos a caminar, usualmente en dirección a un abra. Huayhuash exigía diariamente superar al menos un abra, a veces dos, todas entre los 4.700 y 5.000 y más metros de altura. ¡En total cruzamos siete de estas abras en los nueve días!

Como era mi primera expedición, la inicié super emocionado y con la adrenalina a pleno. Quería ser el primero en llegar a un paso, el primero

en ver el otro lado, en lavarme la cara en las aguas de la siguiente laguna, en fin, en mostrar a los demás y a mí mismo lo fuerte y bien que estaba física y mentalmente. Este entusiasmo inicial se esfumó al tercer día en el que empecé a notar el cansancio y las consecuencias de casi no poder dormir. Con su mayor experiencia, Pablo y Paul se tomaban las cosas con más calma y se daban tiempo para calculados descansos y disfrutar un buen rato de las vistas sin mayor apuro. A veces yo los pasaba a velocidad y les sacaba buena ventaja, para quedar jadeando más arriba y verlos alcanzarme poco después.

Las noches eran tremendamente frías y las carpas amanecían escarchadas. No era recomendable dejar una botella de agua fuera de ella pues amanecía congelada. Lo mismo las botas, que adquirirían una rigidez mortuoria por el frío. Ni qué decir de lo deprimente que resultaba tener que salir en plena noche para atender el llamado de la naturaleza, en cualquiera de sus mecanismos.

Igualmente penoso era no poder conciliar el sueño por el poderoso ronquido de un ocupante de alguna carpa cercana: la frustración de no poder dormir sumada a la envidia de lo bien que se está recuperando el compañero inducía a pegar un grito y despertarlo no tanto para que deje de roncar sino para interrumpir su plácido sueño y que sufra como uno lo estaba haciendo.

Se aprenden rápido varias cosas. Por ejemplo, es indispensable contar con una bolsa de dormir de marca y preparada como mínimo a menos diez grados centígrados. Además, conviene precalentarla introduciendo botellas de agua caliente antes de acostarse. Mucho cuidado con cerrarlas bien pues si gotean y vierten agua dentro, esa se pondrá a cero grados en poco tiempo.

Se duerme poco y mal en general, pero al principio es peor pues también demanda aprendizaje. Es difícil encontrar una posición confortable, no se



deja de dar vueltas para acomodar el hasta entonces desconocido huesito de la cadera o una piedra del suelo que pasó desapercibida mientras se armaba la carpa, la almohada es una improvisada bolsa de ropa donde se sienten botones y cierres presionando la sensible oreja, duele todo el cuerpo y lo más que se consigue es dormir unos minutos hasta que se necesita volver a acomodarse.

Me pasaba que luego de estar tratando de dormir un buen rato miraba el reloj y para mi desagrado habían pasado solo unos minutos cuando yo me imaginaba habían transcurrido al menos unas horas. Ese es quizá el espacio-tiempo que Einstein se refería. ¡Solo deseaba que esta tortura acabe pronto y que amanezca de una vez para salir en busca de café! Mis pensamientos pasaron de la excitación inicial ante lo nuevo a la desesperación de tener una ruma de días por delante, con sus agotadoras jornadas y la ansiedad que producía la certeza que no habrá noche reparadora sino insomnio garantizado.

Para el cuarto día ya estaba realmente en serios problemas. Sentía que mental y físicamente ya no daba para más. Estaba totalmente callado y taciturno, no quería hablar ni que me hablen y la animada conversación de mis compañeros lo sentía como un ruido molesto que me provocaba meter un carajo para callarlos. Obviamente no lo hice. De hacerlo, apuesto que me habrían mirado desconcertados por un instante para segundos después cagarse de risa en mi cara.

De modo que me enfocaba en las técnicas aprendidas en las maratones: cuando los pensamientos derrotistas inundan la mente del corredor –en realidad la mente crea intencionalmente ese relato como un mecanismo de defensa para sacar al cuerpo del suicidio de 42 kilómetros de carrera– esta debe superarlos visualizando la comodidad de la suave cama propia, las blandas almohadas, las frescas sábanas, el abrazo de la esposa, el cariño juguetón de los niños, el desayuno de café y pan.

Esa “pared” se aparece en la mente de todos los corredores hacia la mitad o en el tercio final, y tienen este patrón tan claramente e identificado que todo maratonista sabe que el cuerpo puede seguir rindiendo si se concentra en ignorar este invisible pero infranqueable muro. Eso que la mente domina el cuerpo es leyenda urbana.

Pero por más visualización positiva que se le ponga al punto, la realidad factura al contado y se crean digresiones absurdas. Por ejemplo, a mis repetitivas preguntas a Pablo deseando saber si existía alguna ruta alterna que acorte la expedición. La respuesta era: –Estas en el medio, así que si sigues adelante o regresas, igual son cuatro días–.

En otra fue Renzo descansando en medio de la pampa, mirando desconsolado alrededor y exclamando que en ese amplísimo espacio abierto se sentía apresado en una cárcel, una prisión sin rejas de la que no podía escapar.

O Paul preguntando cuánto faltaba hasta el campamento y Pablo le respondía que llegar tomaría cuatro horas más. Entonces Paul repreguntaba ingenuo: –¿Y si esperamos acá?– ... como si el destino pudiera “caminar” hacia nosotros. Señales claras de afectación cerebral por anoxia severa.

Caminar varias horas de subida primero y de bajada después, un día tras otro, es agotador, aunque poco a poco con paciencia y siguiendo los consejos de Pablo uno va acostumbrándose a tomarle ritmo al asunto. Hacerlo consiste en no dejar de andar así sea lento y siempre procurando no acelerar los latidos para no perder oxigenación y sobregirar el corazón. El apoyo de Renzo, Paul y Pablo me permitió poco a poco pasar de la desesperación a la resignación y de allí a un positivo “reseteo” que vino solo y espontáneo pasada ya la mitad de la expedición y que empezó por

desvanecer quejas y malestares y reemplazarlas por una sensación de satisfacción por la manifiesta adaptación física y mental al reto.

El esfuerzo, los dolores y las malanoches continuaban, pero en mi interior tomaba cuerpo una íntima e inédita sensación de admiración a mí mismo, de cómo el Nicola de ciudad respondía y se transformaba en el Nicola de montañas, de cómo aprendió a dosificar su energía, a pisar con seguridad, a apreciar un entorno de tal grandeza que lo dejaba minimizado y azorado, a ser buen compañero de ruta, a soportar al resto y soportarse a sí mismo y hasta quizá hasta ser un mejor Nicola. Para sí mismo y sin saber en qué. Y nunca para contarlo a los amigos, que responderán despectivos con un: – ¿Por qué te metes en cojudeces?–

Pues así me inauguré en el maravilloso mundo del *trekking*, con la jornada más exigente de las exigentes, con las más brava entre las bravas (como el general Ney, el más bravo entre los bravos, según reconocía Napoleón). Luego de esta primera excursión, he realizado al menos una al año durante unos doce años. Nuestro grupo de caminantes, que bautizamos como los Pumas de Huayhuash, fue con el tiempo incrementando sus miembros con algunos amigos que cumplían con condición física necesaria y juramento de comportarse a nivel en las expediciones.

Hemos hecho rutas increíbles como Ausangate, Santa Cruz, Choquequirao, Salcantay, Ishinca, Huantsán y al menos dos Huayhuash más, entre otras, y todos han sido especiales. El esfuerzo conjunto, la admiración a las montañas y la buena conversación a la luz de las estrellas crea una relación de amistad muy especial.

–¡Ya no puedo más!– repitió Renzo y se sentó al lado de la cuesta.

–Pues os dejáis de lamentos y vuelves a caminar en este puto momento que no paramos hasta llegar al abra– le espetó Pablo, agrio, sin anestesia

y sin mirarlo, rematando con un áspero: –¡Y quiero verte andando delante del grupo!–

Yo venía a buen ritmo y sin detenerme le susurré –Déjate de cosas Renzo, ya estamos acá y nadie nos para–.

Más cordial que nosotros, Paul le rascó cariñoso la nuca al pobre Renzo diciéndole el tono paternal: –Vamos Renzito, que ya la hicimos–.

Animado por los mensajes o comprendiendo que o caminaba o caminaba, siguió estoico su camino. Bien pudo rendirse y pedir el caballo, pero el orgullo del caminante se lo impidió. Sin duda, aún brilla en su corazón la invisible medalla del premio al esfuerzo y lealtad a su propia superación. Como la que tengo yo. Como la que tiene Paul. Como la que tienen los pumas. Como las cientos que debe tener Pablo.

El último campamento fue en laguna Jahuacocha, uno de los parajes más bellos del circuito. Al día siguiente en un largo tirón llegamos a las partes altas de Llamac y después de bajar mil torturantes metros llegamos a esa localidad, precisamente el punto donde iniciamos la expedición.

Sin demora cargamos camioneta, nos dimos un fuerte abrazo con Pablo y todo su equipo –nos despedimos de los caballos y de los burros, cuyos nombres ya nos eran familiares– y partimos raudos a Lima, llegando a medianoche con parada obligatoria en el Chili´ s para readaptarnos a la ciudad y sus artificiales comodidades.

Llegar a casa luego de cada expedición y abrazarse con los nuestros es la maravilla completa. Las primeras preguntas siempre son ¿cómo estuvo todo?, ¿te sentiste bien?, ¿tuviste algún problema?, ¿tomaste bonitas fotos?, pero luego de un momento se viene la inevitable pregunta...



–¿Papi, por qué hueles así?–

Fue una experiencia formidable y durísima a la vez. Mi primera gran caminata con la más larga, dura y exigente de los Andes peruanos. ¡Una locura completa, por lo tanto, fantástica!

Y para concluir, dos días después de llegar a casa recibí un mensaje de Renzo en el que me preguntaba dónde y cuándo sería la siguiente expedición.

DESCENSO

Diablo Mudo

Uyuni

Salar de Uyuni en Bolivia fue una expedición en la que –sin exagerar– sentí encontrarme en un exoplaneta. A bordo de camionetas 4x4 por cinco trepidantes días en los que recorrimos más de 1.200 kilómetros, fue un auténtico *off road*, en una media entre los cuatro y cinco mil metros altitud y entre los más veinte y los menos seis grados de temperatura.

Muy bien organizado por Arturo Bullard, calificado fotógrafo profesional, me embarqué en solitario sin tener claro a dónde iba, con quiénes la pasaría y para qué iría. Fue al retorno que caí en cuenta de en dónde estuve, con quiénes la pasé y para qué fui.

Con un grupo como de ocho clientes a bordo de unas cinco Toyotas Land Cruiser, aguerridas, con choferes y asistentes bien dispuestos, hicimos jornadas diarias de diez a más horas, cruzando geografías extremas donde

se sucedían volcanes, géiseres, bosques de rocas, corales fosilizados, parihuanas mil y un lago salar tan infinito como fascinante.

Todo ello sin mencionar las super frías noches combinadas con las vistas más espectaculares de la Vía Láctea y un alucinante cementerio de antiguos trenes de vapor, abandonados en el desierto como gigantescos dinosaurios muertos de sed y exposición, mostrando sus oxidadas carcasas vacías donde antes poderosos émbolos llenaban el ambiente de empuje, humo y ruido.

Difícil describir la grandiosidad del paisaje. Quizá el lago salar se roba la función por ser tan único. Una áspera y profunda costra blanca de 120 por 180 kilómetros de extensión, tan absolutamente plana que se pierde la noción del horizonte. Cuando llueve, el agua no percola y se empoza formando un efecto espejo perfecto.

El equipo de guías, choferes, cocineros y de apoyo hacían un gran trabajo pese a que lo remoto del lugar obligaba a contar solo con lo necesario. De modo que lo elemental de los albergues se tomaba a bien por lo demandante que era lograr que todo funcione adecuadamente.

Arturo me dio un preciso punto de vista que hizo más grata mi experiencia: en el turismo de Disneylandia en Orlando, del crucero al Caribe y del tour de cinco ciudades/cuatro días a donde sea, “el destino va a ti”. Es decir, la publicidad masiva de esos destinos te llega y es la que te mete a un avión. En lugares remotos como Uyuni... “tú vas al destino”. El destino nunca te llama, hay poca publicidad y muy eventualmente te alcanza, está allí esperando una pequeña ocasión para que enganches y decidas ir. Eso me dijo, o al menos eso entendí. Pero me hizo mucho sentido.

La excursión reunía fotógrafos aficionados y con Arturo de guía salimos más que satisfechos con nuestras cientos de tomas. Incorporo una breve



selección de ellas a modo de excusa para no escribir sobre lo que ví, pues inevitablemente quedaré corto.

Me permito tomar la licencia entonces de narrar una anécdota que no me olvido –supongo que tampoco lo hará mi interlocutor, ya verán– por ocurrente y graciosa.

Desde el primer día de convivencia con clientes y equipo, para todos fue fácil conocerse y llevarse bien. A quien veía no muy comunicativo era al cocinero. Con buena disposición para lo suyo –que era tener puntual y







bien dispuesto desayunos, almuerzos y cenas– hablaba poco, a veces no respondía y se mantenía un poco al margen, a diferencia de sus colegas que andaban en gran interacción todo el día.

Al penúltimo día hicimos una parada para almorzar. Recuerdo que se armó una mesa sobre el mismo suelo salar a unos metros de una enorme isla de roca que emergía en medio de la nada. A la una de la tarde en punto, ya estaba todo listo: ensaladas, pastas, carnes, papas, pan, jugos y demás. Nos acercamos todos aplaudiendo por tan buen despliegue culinario y empezamos a servirnos.

Como para comentar por tan buena mesa, pregunté ingenuo de qué era la carne. Y el taciturno cocinero, saliendo de su reservado espacio personal, se mandó una insólita broma a voz en cuello (como para vacilar al gringo, es decir, a mí) exclamando socarrón: –¡Es de burro!–

No le dí ni medio segundo, ni siquiera quienes le escucharon habían empezado a reírse de su chanza, cuando le retruqué al vuelo y sin pausa con un directo: –¡Ajá, seguro que ya te comiste la pinga!–

La cagadera (disculpen el francés) de risa fue unánime y por un instante el parco cocinero encajó bien la gracia ... hasta que vio que sus propios paisanos también se carcajaban duro. Allí se le salió el aimara y los miró con una terrible expresión de desprecio en el que se leía un: –¡So mierdas!, ¿qué carajo le celebran al *anqaxa jaqi* concha de su madre?–

Siempre me ha gustado las respuestas rápidas e ingeniosas que esquivan el dardo y lo devuelven con más fuerza y precisión. Sir Winston Churchill tenía varias: una parlamentaria que lo detestaba hablaba pestes de él en plena sesión de la cámara y, redondeando su execrable descripción, afirmaba que, si él fuera su esposo, le daría veneno. Churchill de inmediato le respondió con un caústico: –¡Y si yo fuera su esposo, me lo tomaría!–

En otra ocasión, el dramaturgo Bernard Shaw lo espetó en público con una amarga invitación: –Venga a ver mi obra de teatro. Venga con un amigo... si tiene uno–. Churchill no se demoró en responder: –Iré mañana... si hay función–.

Comprenderán que luego del almuerzo y hasta que terminó la expedición, por saludable precaución, solo comí galletas.







Uyuni



Lampa cordillera

Esta fue otra magnífica expedición fotográfica en vehículos organizada por Arturo Bullard. Denominada el Circuito Cordillerano de Lampa, tuvimos como base esa histórica ciudad donde fuimos cómoda y gentilmente alojados en la soberbia casa que según su dueño, don Oscar Frisancho –un notable lampeño–, pasa por largo los trescientos años de construida.

El primer día fue de visita obligada a la iglesia de Santiago Apóstol, de estilo barroco mestizo. Según la leyenda, el reverenciado Saint Yago, que difundió el mensaje de Jesús por muchas tierras, terminó martirizado por Herodes Agripa y su cuerpo –se supone– fue descubierto mucho tiempo después por un campesino que siguiendo el trazo de una estrella fugaz en Galicia encontró enterrada una osamenta con la cabeza al lado. Lo reportó a la iglesia, lo confirmó el Papa y hoy es Santiago de Compostela (... campo de *stella* o estrella), que junto con Roma y Jerusalén constituyen los tres destinos de peregrinación cristiana.

Si no cree que son los auténticos restos del mártir, intente convencer a los miles de creyentes que anualmente recorren el Camino de Santiago. En realidad, los caminos, pues varios son dependiendo si se parte de diversos puntos de España, o pasando los Pirineos los que se inician en distintas localidades de Francia, o los que vienen de Alemania, Polonia y hasta desde Rusia. Todos con hermosos nombres: Camino Francés, Camino Piamontés, Camino Primitivo, Camino Portugués de la Costa, Camino del Norte, Camino Inglés, Camino Mozárabe, Camino de Fisterra y Muxia, Camino de Invierno, Camino Aragonés.

Santiago es patrono de España designado como tal por los Reyes Católicos, en reconocimiento de sus decisivos servicios en batalla de castellanos primero contra infieles y poco después contra indios. De modo que se le reza por igual a Santiago Matamoros o a Santiago Mataindios, en Granada o en Puno (a pesar de que juegue por el equipo contrario).

La Iglesia de Santiago Apóstol en Lampa suma, a su arquitectura de piedra magnificente, un sobrecogedor osario en su interior con una réplica en aluminio de La Piedad de Miguel Ángel tomada a su vez de una réplica en yeso acrílico, basada esta en el modelo original. Difícil de creer que, a pesar del celo del Vaticano en su patrimonio artístico, este haya accedido a –me imagino– sacar un molde sumergiendo a María y a Cristo Yacente en un compuesto especial, a pedido de un terrateniente puneño que tenía llegada directa con el papa Juan XXIII.

En 1972 un sicópata la emprendió a martillazos contra La Piedad en Roma, rompiendo parte de la mano y del rostro de la Virgen, bellamente esculpida por Miguel Ángel hasta para hacerla aparecer más joven que su hijo. Los restauradores intentaron repararla en base a fotografías, lo cual no ayudaba mucho –sacar una tercera dimensión a partir de una segunda no asegura un resultado exacto– hasta que alguien en Roma recordó la

existencia de la réplica de Lampa; la única existente en el mundo. Se hizo el contacto, vinieron los expertos y pudieron componer el daño exactamente al original.

No he leído más sublime y profunda descripción de La Piedad de Miguel Ángel que la de Giovanni Papini, en la biografía que escribió de este. No me sustraigo a transcribir una parte:

El rostro virginal de la Virgen, reclinado hacia la extinta humanidad del Hijo, habla con su silenciosa y pálida firmeza un lenguaje que penetra hasta lo más hondo de las almas. Hay, sí, dolor, pero como retenido, contenido por algo que es más fuerte que la angustia materna; hay una tristeza suave, no deformada por ningún elemento demasiado humano; y hay también la belleza casta de la mujer joven, pero tan pura que parece el reflejo de un mundo que aún no es el cielo, pero ya no es la tierra. La Virgen tiene al Hijo en su regazo con la misma actitud de ternura de cuando era niño; pero el rostro ya no es alegre como entonces, y la mano izquierda en vez de esbozar una caricia, se tiende hacia afuera, con la palma abierta, como la de una pobre mendiga.

Fuerte.

Regresando al programa geofotográfico planeado, pues para eso fuimos, en los cinco días que tomó pudimos apreciar múltiples hatos alpaqueros con especímenes de todos los colores y variedades, bosques extensísimos de Puyas de Raymondi –esa misteriosa pariente de las piñas que florece a los cien años y solo una vez en su vida para luego morir, lanzando millones de semillas que cada una buscará perennizar a su madre– el arcaico complejo arqueológico de Pucara, origen de los primeros grupos humanos cazadores y semiagricultores del altiplano, y me detengo en Tinajani.



Iba a decir Marte o Urano, pero no. Era Tinajani. Un conjunto de formaciones pétreas con unos descomunales torreones de roca roja, erosionados en mil formas que asemejaban contrahechos monstruos en diversas posiciones, como desfilando por un remoto cañón que sobrecogían por lo extraño.

Daba la impresión que un niño gigantesco –que cerca debía andar– los tallaba en madera, como si fueran muñequitos de juguete, a los que solo les faltaba dar cuerda para que empiecen a caminar.







Cañón del Apurímac

Lo que esta expedición no tuvo de esfuerzo físico lo tuvo de novedoso y emocionante: tres días a remo en balsas inflables a cargo del mítico Duilio Vellutino. Digo novedoso pues, aparte de una corta bajada por el río Cañete en Lunahuaná hacía años y de mis audaces pero torpes lanzadas en cámara de llanta por el río Rímac en Chacabayo cuando era chico, nunca había experimentado una salida mayor, en zona agreste, remota y de duración de más de una tarde.

Y digo emocionante, pues el Apurímac tiene credenciales de alto nivel. Pocos ríos en el mundo combinan lo que se conoce como *ride & pool*, esto es, secciones de aguas tranquilas que se deslizan diáfanas sobre el cauce combinadas con tramos de rápidos: desniveles abruptos en forma de una sucesión de andenes donde el río se angosta, se aceleran las aguas y golpean con fuerza las pulidas salientes rocosas que emergen.

Y finalmente agrego mítico al referirme a Duilio Vellutino, pues desde años sabía que él y sus hermanos venían de una larga trayectoria en el lado aventurero de la vida: balsero uno de ríos de clase mundial, motociclista de varios Dakkars otro, kayakero descubridor de lagunas y mares, en fin, sólida y consistente saga familiar con millaje del bueno acumulado.

Los ríos para *rafting* no siempre son amigables: pueden ser peligrosamente tormentosos, reservados solo para profesionales o tremendamente aburridos con eternos tramos de aguas tranquilas. El Apurímac permite alternar rápidos de Clase III y IV que unos pasajeros no experimentados pero que presenten buena condición física, naden con suficiencia y se aplomen ante el riesgo, pueden superar. Los Clase V suponen obstáculos mayores y exige tripulación experta o eventualmente cruzar los rápidos a pie por las playas y bordes del río, dejando al bote que baje solo o atado a cuerdas para recuperarlo más abajo. Clase VI es ya un río innavegable o reservado solo para los locos.

Ninguno de mis pumas pudo o quiso acompañarme –sabido es que a los gatos no les gusta mojarse– de modo que le pedí a Duilio me incorpore a un grupo ya formado. Este estaba integrado de diverso modo; un papá con su hijo y sobrino, dos amigas, una mamá con su hija y un muchacho que como yo vino en solitario. Un total de nueve pasajeros contándome a mí. Todos nos conocimos en el momento y disfruté desde el primer momento de esa improvisada amistad.

Partimos en una *custar* desde el valle de Urubamba hasta el punto de inicio en un recodo bajo el puente Huaccaychaca. Cuando me acerqué a la orilla saludé al Apurímac con respeto, quien se mostró indiferente, como hacen los dioses cuando los mortales se dirigen a ellos. Lo había cruzado una vez en helicóptero grande cuando visité Choquequirao, en helicóptero pequeño (el de piloto y tres pasajeros) varias veces por trabajo y a pie en



mi dura jornada de Calipuy a Yanama, de la que no quiero acordarme.

Conocía esta brutal hendidura erosionada que ha formado un cañón de paredes que superan por largo los mil metros de altura, y que arriba hace un frío que te pelas, pero abajo te cocina el calor, o viceversa, según la temporada y hora del día.

Ya en la orilla nos esperaba listo el equipo completo de Duilio: dos balsas para los pasajeros, una para el “carguero” y tres kayaks. Se notaba al tiro que las balsas eran profesionales –algo sé de botes de goma por mi



afición a la caza submarina– y puedo reconocer su estado de salud si lo veo repleto de parches, pontones deformados por golpes o sobreesfuerzos, válvulas no originales adaptadas, chumaceras todas diferentes y remos heterogéneos. Estos eran de primera calidad, todos iguales. Buenos y finos juguetes, en corto.

Por su lado los kayaks, que se encargarían de rescatar eventuales pasajeros lanzados a las aguas, se notaba que todos eran de marca y mostraban cascos bastante arañados: buena señal pues eso revela uso frecuente y exigente, lo que permitía colegir que los tripulantes estaban debidamente

entrenados. Navegaban rodeándonos como guanayes, a veces por delante a veces por detrás, y los veía desaparecer tragados por un rápido (algunos fácil tenían su par de metros de altura) y emerger bastante más allá, enderezando el kayak después de haber pasado varios segundos sumergidos de cabeza.

El que me llamaba la atención era el “carguero”: la balsa encargada de transportar todo el equipo de carpas, cocina, comida, equipaje, herramientas y demás. A diferencia de las balsas en que íbamos los pasajeros –cuatro o cinco a bordo más el guía que iba atrás dirigiendo la acción– el piloto del carguero navegaba él solo, dominando la nave con dos remos largos. Como las películas de cine de los solitarios balseros del Gran Cañón.

Cada vez que pasábamos una zona complicada, volteaba para ver cómo se las arreglaba Chava –el piloto del carguero– para superar el trance por el que a duras penas acabábamos de sortear. Chava nació en un pequeño caserío a orillas del río Apurímac y hoy dedica su tiempo entre su trabajo en el campo y las destrezas adquiridas para aventurarse en los rápidos.

Equipados con casco, *wetsuit*, chaleco salvavidas y una casaca amarilla para detectar prestamente dónde está el caído al agua, nos embarcamos y lo primero fue recibir una pertinente inducción de técnicas. A la voz de –¡adelante!– todos debíamos remar en esa dirección, con –¡derecha!– los de estribor (la derecha del bote, para entendernos) debían remar para adelante y los de babor (los de la izquierda, pues) para atrás, y con –¡atrás!– todos debían remar en reversa. Combinadas a veces con el grito de –¡con fuerza!– era para exactamente eso: para meterle brazos y tórax al remo a máxima potencia pues el tramo requería entrar a velocidad.

También se aprende qué hacer ante una caída: básicamente mantenerse flotando echado y bien plano boca arriba y pies adelante para ofrecer poca

superficie a las rocas ocultas, y tratar de acercarse a un kayak o a la balsa o estar atento a la cuerda de rescate que le lanzarán desde uno de ellos.

Por alguna razón todos los hombres se arrimaron rápido al bote que guiaba Tomás y me dejaron a mí solo con las damas, en mi condición de varón mayor de edad. Siendo papá de un trío de guapas –tres hijas y una madre, cuatro diablos para un padre, reza el refrán– algo llego a entenderlas y tomándolo como un cumplido de mis colegas, me trepé presto. Debo confesar que las conversaciones, las bromas, los rajes y todo el material discutido a bordo fue absolutamente divertido, sumado a las pullas que les mandaban a los tripulantes varones del otro bote. –¡Sin Tomás no valen nada!– les enrostraban con frecuencia, dejándolos rojos de vergüenza.

Las rutinas se aprendían rápido y eran absolutamente necesarias. Cuando la balsa discurría en zona tranquila, no había necesidad de remar, se colocaban los remos hacia arriba, se apreciaba la maravilla del cambiante paisaje que era como una película que va pasando frente a una butaca móvil. En las caminatas el paisaje va cambiando a medida que se anda, con el esfuerzo que ello demanda. Acá los cañones, paredones, salientes, playas, remansos, cañaverales, recodos y cuevas iban sucediéndose parsimoniosamente y solo se les quitaba la vista cuando se anunciaban los rápidos con un sordo bramar de aguas precipitándose y uno iba elevando pulsaciones hasta que se escuchaba el ¡atentos ahora! del guía y uno pasaba a modo supervivencia. Ningún pensamiento más allá de conectar todo el cableado de sentidos, sensores nerviosos y el sistema músculo esquelético para enfrentar lo que venía.

Advertí algo que me pareció curioso. Leo, el super capo guía de nuestro bote, nos exigía máximo esfuerzo en la remada para ganar velocidad al momento de acercarnos a un rápido, casi como que había que “tirar el bote” hacia el escalón. Dado que la embarcación avanza por el movimiento natural del agua, me parecía obvio que esa inercia bastaría para cruzar los rápidos, de

Cañón del Apurímac





modo que sonaba innecesario entrar remando. Si íbamos como un tronco en el agua que discurre empujado por la corriente, ¿para qué remar?

Lo que después fui entendiendo es que la balsa debe avanzar más rápido que la superficie del agua (que ya tiene su propio avance respecto del cauce), de modo que literalmente atacábamos las turbulencias, rompiendo esa agua emulsionada con aire en que la dinámica del líquido entra en caos al precipitarse. Al avanzar con velocidad, el peso genera una inercia que hace posible traspasar las olas, remolinos, vórtices y torbellinos que forman las cascadas y saltos de agua, que sin ese empuje amenazan con retener al bote, que quedaría revolviéndose sin poder salir de un punto peligroso o que lo voltea inmisericorde tirando al agua a todos y todas, para que se vea que estos trances los ríos no discriminan.

En los tramos de aguas tranquilas estas discurrían pacíficas, lentas, silenciosas y cristalinas, dejando ver claramente el cauce rocoso. Allí el grupo conversaba alegremente o callados apreciaban las paredes del cañón. Estas formaban meandros que ocultaban el paisaje siguiente, siempre cambiante y misterioso. Se me hacía en la imaginación que luego de cada curva nos veríamos cara a cara con un Godzilla, o un King Kong, o un Tiranosaurus Rex, o el Gigante de Goya, recostados plácidamente en la arena, pero molestos al ver interrumpida su siesta.

Sorprendía ver cómo esas mismas aguas tranquilas cambiaban súbitamente en los rápidos, se ponían blancas y espumosas, víctimas de la gravedad, reaccionando con una rabia descontrolada, estruendosas y amenazantes, para luego retomar inocentemente a la calma. Como si fueran dos personalidades diferentes de un mismo ser, sin que ninguna de ellas sea consciente de la existencia de la otra. Entre conducta bipolar y maníaco – depresiva, o como el Doctor Jekyll y Mister Hyde, el Increíble Hulk y Bruce Banner, Gollum y Sméagol o el Hombre Lobo y... ¡vaya, parece que somos varios!

Pero los pensamientos no solo convocan seres imaginarios. La ciencia exige su lugar e inquieta nota que a pesar de que tanto el aire como el agua carecen de color –de allí su transparencia– ... se pregunta: ¿cómo explicar que las aguas agitadas, revueltas, turbinadas o lanzadas en cascadas, rápidos, olas, licuadoras, lavadoras o carnavales adquieren de inmediato un color blanco? Aire y agua son incoloros debido a que las moléculas que los componen (tomemos lista: oxígeno, nitrógeno e hidrógeno) son a su vez incoloras. Agua en reposo: transparente y cristalina. Agua revuelta: blanca. Agua nuevamente en reposo: transparente y cristalina. Esto no cuadra.

Entre pesquisas y consultas dí con que estaba buscando respuestas en el lugar equivocado. O como dirían los Les Luthiers, estaba razonando fuera del recipiente. El fenómeno del agua blanca es una cuestión de óptica y comportamiento de la luz y no depende de la composición del aire y del agua. Al revolver el agua y mezclarla con el aire se forman miles de burbujas de todos tamaños y formas, cada una provocando reflexiones, inflexiones, refracciones y dispersiones simultáneas y recíprocas de los enloquecidos fotones lumínicos que venían sin frenos a la máxima velocidad autorizada en el universo.

Pasa igual con las nubes, que a pesar de estar conformadas por gotas de agua incoloras, se les ve blancas. De niños –con razón– las pintamos celestes, luego crecemos y dejamos de pintar.

De modo que más es un truco óptico que la composición química de los elementos. Y solo comprobable de día; en noche cerrada y oscura no hay show, aunque con un mínimo de luz de estrellas ya algo de blanco se ve. Con esto me basto para explicarme el agua blanca. No sigo preguntando porque la luz es onda, además de partícula, lo cual es científicamente contradictorio: o es una o es otra, pero no las dos a la vez. Constituye una realidad contraintuitiva que Einstein descubrió cuando tenía 26 años y por la cual se

Cañón del Apurímac



hizo merecedor del premio Nobel. No se lo dieron, como usualmente se dice, por sus dos teorías sobre la relatividad, que publicó también a esa edad.

Cuando al astrofísico norteamericano Neil de Grasse le preguntan quién es su máximo referente universal de la física, no duda en responder: Isaac Newton. Nadie en la historia ha estado conectado con el universo como él. Descubrió que la luz estaba compuesta por todos los colores del espectro, estableció las leyes de la mecánica clásica y de la gravitación universal, así como la razón por la que los planetas giran en elipses... para lo cual tuvo que inventar el cálculo infinitesimal. Todo esto también antes de cumplir los 26 años. Por Dios, ¿qué comían estos tipos?

Desayunos, almuerzos y cenas en las recónditas playas eran un completo disfrute. Había que estar bien embadurnado de protector solar de día y de repelente de mosquitos de noche, y con esa cautela ya no había problema.

Las conversaciones nocturnas son totalmente diferentes a las que se tienen en una reunión citadina y no me resistí a sugerir un tema que siempre pone de vuelta y media a cualquier grupo: –¿En qué lugar y momento de la historia te gustaría estar presencialmente de testigo durante doce horas?– Una especie de boleto de ida y vuelta, a riesgo del viajero.

En media hora formas un perfil psicológico de cada quien según su elección: desde la Última Cena (visto de fuera, debió ser más bien un picnic nocturno –con trago– de unos indigentes), la Batalla de Ayacucho (sorprenderá constatar que por los realistas peleaban los peruanos en su gran mayoría y los patriotas eran casi todos venecos o colombianos), el asesinato de John F. Kennedy (con el tumulto no debió verse mucho más de lo que se vio en la televisión), la Batalla de Solferino en 1859 (esa debió ser buena, ¡cómo se habrán dado que de allí surgió la creación de la Cruz Roja!), el aluvión de Yungay de 1970 (pavoroso desastre aunque para

quien más le interesa ver espectaculares masas de barro de aluviones mejor ubicarse al lado en el vecino Ranrahirca donde bajó el 80% de ese megahuaico), o el hundimiento del Titanic (aunque en 1938 fue hundido el Wilhem Gustloff donde perdieron la vida cinco veces más pasajeros que el de Rose y Jack). En fin, para todos los gustos.

Para redondear mi aventura, no podía faltar mi involuntario momento de protagonismo. Las zonas de rápidos eran frecuentes, digamos unos cinco o seis por hora, separados por secciones de aguas tranquilas. Cada entrada a rápidos exigía por parte de Leo una calculada maniobra para determinar por dónde entrarle al tramo, cómo posicionar el bote en la primera boca, qué línea imaginaria seguir y por dónde salir.

Para que se tenga una idea, los rápidos son una sucesión de abruptas caídas de un metro a metro y medio (a veces más) de altura, combinadas por angostamientos del río, rocones que afloran por varios puntos, algunos visibles y otros no pero que se adivinaban por el marcado lomo que forma el agua. Cada rápido podía tener sus veinte a cuarenta metros de largo, aunque otros los superaban por mucho más.

Acercándonos a un rápido que empezaba con una caída alta, metimos con fuerza remo adelante para tomar velocidad respecto del agua, Leo maniobró con los remos para alinear el bote al medio de la primera estrecha boca donde el agua aceleraba con intensidad y al caer todos echamos la espalda para atrás para compensar la inclinación de la balsa. Yo me ubicaba adelante a la izquierda cuando de pronto salí eyectado de espaldas al agua y vi el bote en doble noventa grados, axial y lateral, con aún todos a bordo felizmente.

Nada que no me sujeté bien, o que estaba distraído. Simplemente salí volando impulsado por velocidad y peso. Emergí en pocos segundos pues



el *wetsuit* y el chaleco salvavidas lo hacen a uno flotar como un corcho, y me lo tomé sin desesperación pero buscando resolver pronto la situación. La cosa podía complicarse: hice contacto visual con mi bote y vi a Leo con media mirada hacia mí y la otra media a los siguientes rápidos a los que la balsa se aproximaba. Él debía concentrarse en pasarlos con las chicas a bordo y recién cuando alcancemos aguas tranquilas podría ir por mí.

Mientras tanto, yo debería arreglármela solo para pasar los rápidos en posición echado boca arriba y con los pies por delante, a fin de ofrecer poco calado y usar las extremidades inferiores como parachoques y no golpearme con las rocas, además de estar atento a no quedar enredado en alguna turbulencia giratoria en los puntos de caída de agua, que creo es frecuente en ríos de Clase V y VI. También estaba atento a si la corriente me orillaba, de modo que podía vararme y alcanzarlos caminando por la playa. Muchas cosas a la vez.

Habré recorrido flotando unos quince metros buscando ver por dónde me llevaría la fuerza del agua para calcular cómo entrarle a la siguiente caída de agua. Pasé con facilidad por un escalón mediano y se abrió un espacio corto de aguas tranquilas. Ya estaba visualizando cómo sortear el siguiente cuya altura no veía, pero intuía era alta, cuando vi que tenía al lado un kayak con una cuerda y al otro lado mi balsa. Leo hábilmente había logrado colocarse a mi costado. Me así del asa y di un tirón para subirme al pontón. Lo he hecho cientos de veces para subirme a un *zodiac*... con aletas. Con las zapatillas que tenía puestas la patada de fuerza para empujarme fue una débil aleteada de anchoveta.

Estaba por hacer el segundo intento cuando sentí unas poderosas manos que me sujetaban firmemente por las solapas del salvavidas y con una fuerza sobrenatural me lanzaban a bordo en un solo envión, como un atún de doscientas libras izado con un garfio.

Al grito de Leo de –¡adelante!– retomamos control rápidamente y superamos el percance entrando a un remanso. Vi el rostro desencajado de preocupación de las nobles chicas y atentas a si me encontraba bien. Las tranquilicé y agradecí por el rescate, preguntando entre quiénes me sacaron del agua. Se miraron entre ellas y apuntaron a la menor del grupo: una valiente y delgadita de diecisiete años. ¡De no creer! Un disparo de adrenalina la puso osa y no dudó en echarme una mano. Sonreí mientras cruzaba una mirada con Leo, que también mostraba la sonrisa que ponemos cuando sales de una buena.

Me había quedado con el clavo del Cañón Blanco y dos años después me embarqué en una doble jornada con Duilio y su mismo equipo de mi aventura anterior. Dos días en balsa para repetir el Cañón Negro y empalmar allí mismo tres días en el Blanco. Este era otra cosa pues nos aguardaban allí varias secciones tumultuosas, de esas que ya tienen –mala señal– nombre propio: Laberinto, Zigzag, Purgatorio, You First, Dolor de Muelas, entre otros.

Por la dificultad técnica que algunos representaban –clase V claramente– los tuvimos que superar haciendo “portaje”, esto es, los pasajeros dejábamos las embarcaciones y caminábamos largos trechos río abajo por unas riberas sembradas de pulidas rocas gigantes que no era sencillo cubrir. Curioso vocablo este de portaje: derechos que se pagan por pasar por un sitio.

Los guías pasaban en solitario y nos sentábamos sobre las rocas para apreciar expectantes su paso en estas difíciles secciones. Lo hacían con cautela, estudiando las correntadas y visualizando las maniobras necesarias. A pesar de que parecía se jugaban el pellejo, se les veía confiados y tranquilos pero concentrados.

No es mucho el realismo que transmiten las fotografías, pues debe agregarse la intensa luminosidad del sol, las amenazantes paredes de

basalto o granito del cañón, el bramar de las aguas rabiosas y heladas, la presión del guía para meter fuerza y decisión al remo en los tramos críticos, la adrenalina al tope en los intimidantes rápidos, el encuentro con cormoranes, garzas, patos torrentinos, cóndores, nutrias, arañas de todas las tallas, modelos y precios, y algún puma que aunque me olió no se dejó ver, las limpias noches iluminadas por la vía láctea y las reconfortantes fogatas en los campamento, en fin. De eso y más, y con el alivio de estar siempre seguros en manos de auténticos profesionales de kayak y balsa.

Para terminar, días después de la expedición llamé a Duilio para agradecerle. –Gracias a ti por la confianza– me dijo. –No es confianza lo que te tengo– le respondí. –¡Eso ya es fe ciega!–

En fin, un aventurón que pensaba dejar para mi siguiente vida, pero dado que al parecer que de esta no salgo, vi necesario adelantarla. Y si menciono la vida, pues algo habrá de decir sobre la muerte. Creo que de la primera –aquella que nos despide de este mundo– no hay que preocuparse tanto: es inexorable e incontrolable. Más bien debiéramos temer la segunda: aquella que viene después de la primera, cuando nos olvidan aquellos que dejamos.

La extraordinaria película Coco, de Pixar Animation Studios, la reflejó magistralmente. Quien no se le estruja el corazón al verla, es porque lo tiene de piedra.

Y para salir del lúgubre campo tanático que no sé por qué lo traje a colación, hago una advertencia. No me gusta dar ni recibir condolencias pues me suena a formalismo que sobra. Tampoco me gusta ir a velorios y menos aun a funerales. Por lo pronto, ya avisé en casa que cuando me toque el turno, no pienso ir. Punto.



Cañón del Apurímac



Churup y Laguna 69

Esta fue de mis últimas jornadas. Ya venía con varios años sobre los sesenta y el maderamen demandaba bajarle la exigencia. En todo caso, podía caminar sostenido y a mi ritmo, pero me mataban las noches de incomodidad de carpa y poco sueño. De modo que Pablo López nos organizó a los pumas una secuencia de tres días en Huaraz, caminando durante el día y regresando a dormir en la ciudad.

La primera fue laguna Radián, que se suponía reflejaba en su superficie el Huascarán nítido. Tras un ascenso de dos horas llegamos al punto, pero el majestuoso no estaba para visitas y andaba arropado de nubes de modo que no pudimos ver el famoso efecto espejo.

El segundo fue a laguna Churup, precisamente el lugar con que me inicié. Esta vez la hice de ida y vuelta en un solo día y ya estaban colocados los

actuales cables de acero para asirse en los tramos complicados. Churup es un sueño de paisaje y una de las mejores excursiones cortas.

El tercero fue a Laguna 69. Camino largo con un ascenso pesado. Lo sufrí algo, pero llegué a completarlo algo retrasado respecto de los pumas. Lo simpático fue que poco más allá de la salida del punto de control del Parque Nacional Huascarán, había instalado un tan insólito como acogedor bar en un contenedor de carga, con cómodas sillas y mesas, poca gente y una vista de maravilla.

Pedimos cerveza y solo había la afamada Pachacútec, que creo andaba por los diez grados de alcohol, bastante por encima de los cinco usuales. Aunque me había tomado toda el agua de mis botellas, siempre andaba en déficit hídrico, de modo que me empujé con entusiasmo varias chelas, al igual que mis pumas.

Con el tracto intestinal sediento y atento a que caiga la menor gota para rehidratarse, la absorción intestinal del poderoso brebaje fue de elevada eficiencia. En un minuto nos pusimos alegres y ruidosos y surgió una imaginativa propuesta de asignar a cada uno un apodo (chapa, mote o alias) utilizando el prefijo de pumas, que es el identificador del grupo.

Fue un espontáneo proceso de creación colectiva sobre los 4.000 metros de altitud, en un estado semisicotrópico por las más de seis horas de esforzados ascensos y descensos del día, combinados con una rápida y copiosa ingesta de cerveza de alto grado alcohólico que nos hizo por un instante versados *runasimis*, la lengua franca del imperio inca.

Uno a uno fue pasando por el cadalso del ácido sobrenombre que revelaba el yo miope (eso que todos ven de nosotros excepto uno mismo), encajando con muda dignidad lo que a cualquiera le hubiera destruido la autoestima o el amor propio, en caso tengan algo de eso.

Describo a continuación las respectivas chapas colocadas a cada uno de los miembros del grupo, no dando sus nombres sino sus descripciones personales que explican los apodos.

- Al que tenía sobrepeso: WIRAPUMA (*wira* significa gordo en quechua)
- Al que era medio pendejo: PUMASAQRA (*saqra* es diablo)
- Al que era poco dado a la higiene personal: PUMACARCA (*carca* es mugre)
- Al que era flaco: PUMACHARQUI (*charqui* es carne magra, sin grasa)
- Al que era de buena pinta: PUMAORCO (*orco* es varón. Alternativamente *orco* es el engendro de doble personalidad del Señor de los Anillos... el de *my precious*)
- Al que era de menuda estatura: ICHIKPUMA (*ichik* es puma pequeño. Advertencia: no invertir a PUMAICHIK que es *pipí* de puma)
- Al que pocas veces caminó con el grupo: PUMAYUYU (*yuyu* es puma bebé)
- A Pablo López: PUMAMAUTA (*amauta* es maestro)
- A este servidor: PUMACOCHO (*cocho* es viejo en peruano)

Quedaron en divergencia de asignación los siguientes mote, aunque varios lo merecían:

- PUMACHORO (por su atracción por la propiedad ajena)
- PUMAHUYRO (por su afición al cannabis)
- PUMATAKO (por su cortedad de entendederas)
- PUMAKETE (por su actividad de micro comercialización de estupefacientes)

PERCANCES

Me toca hacer declaración jurada tardía de percances, lances y otros eventos de cierto nivel de riesgo en que me vi envuelto. Digo tardía pues si lo hacía apenas regresaba a casa, mi esposa me ponía punto final a las andanzas con un: –¡Se acabaron los permisos!– y sería en adelante un aventurero de Play Station.

Algunos fueron por circunstancias fortuitas no previsibles y otras por absoluta falta de elemental criterio y ponderación de las condiciones reinantes. Algunos no fueron tan complicados, otros sí. Intentaré ir en orden de los primeros a los últimos.

Pasadores enganchados

Pasaba muy de vez en cuando, pero pasaba, que por no separar bien los pies mientras caminaba se me enganchaba el pasador de una bota con la pestaña del pasador de la otra, sobre todo en plano en que el paso es rápido. Ello provocaba una trastabillada para desenganchar rápido o tropezón y caída de bruces sin mayor consecuencia.

Creo que bajando Cedros hacia Pomabamba crucé un canalito de cemento tipo acueducto –el terreno bajaba y volvía a subir y para no perder nivel el canal se elevaba sus buenos cinco metros sobre el talud– caminando en equilibrio por el angosto bordecito de no más de diez centímetros, cuando sentí el enganche peligroso de un pasador en la otra bota. Por suerte puede reaccionar rápido y sacar el pie hacia atrás y recuperar el paso. Iba a ser una linda saca de madre.

Con los crampones pasa con mayor frecuencia. Mientras se desciende entre cansado y desconcentrado, por no separar bien el paso se chocan los dientes entre ellos y antes que uno se dé cuenta ya está de cara al hielo.

Burros rebeldes

Me parece que fue en el Olleros-Chavín en que a media jornada intempestivamente se separaron nuestros burros: de un momento un grupo se fue por aquí y el otro por allá. Lejos de obedecer al arriero, cada uno mantuvo su camino sin voltear atrás. El guía y el arriero salieron disparados para detenerlos y reagruparlos, pero los burros aceleraron el paso. Dependiendo del carácter de las acémilas puede tomar una hora o más lograrlo. Como el punto previsto para acampar estaba como a dos horas, les avisé que continuaría el camino por mi cuenta y más abajo nos encontraríamos.

Caminé como una hora y media. Había sido una jornada larga y ya eran como las cinco de la tarde cuando me topé con dos senderos que se abrían ante mi como un acertijo que debía resolver. No es difícil adivinar el correcto: se elige el más transitado, o el que se parece o mantiene

la pendiente del que se venía. Estos dos que tenía por delante eran exactamente iguales, sin distinción alguna ni diferenciación relevante. Lo razonable era detenerse y esperar que lleguen guía y arriero, pero para no enfriarme, o por capricho, impaciencia o desconcentración –ya comenté que las últimas horas una camina en automático y sin pensar– me mandé por uno de ellos.

Anduve en solitario por algo más de media hora y me detuve a esperar, pero guía, arriero y burros no llegaban. Ya cerca a anochecer, con mochila chica, sin agua ya, con solo un paquete de galletas, casaca ligera cortaviento y mi tradicional pantalón corto (casi nunca usé largo pues ya expliqué que me acaloraba), empecé a intuir que no iban a llegar y planear qué hacer. Bajar mientras haya luz y pedir asilo a la primera casita que vea –no había visto ninguna desde mediodía– o a una cabaña de pastores desocupada, meterme dentro, tapiarla con piedras y pasar la noche como se pueda, acompañado de pulgas, piojos, arañas y demás hospedantes pues allí los animales del campo también se cobijan en caso de mal tiempo.

Enfrentaba lo usual: pasar de aventura a peligro por tomar una mala decisión que no evalué adecuadamente. Decidido a moverme e iniciar mi auto rescate, escuché el lejano: –¡Usha!– del arriero trayendo los burros y aliviado sentí que estaba salvado.



Cerdo alzado

A la mitad de la dura jornada de Cedros, donde por días no vimos un alma, nos topamos con una presencia insólita. Una tropilla de cerdos (chanchos, porcinos, puercos, cochinos, marranos, gorrinos, guarros o como mejor suene) que a medida que nos acercábamos empezaron a dar muestras de poca simpatía con los intrusos.

Eran casi una docena, de mediano tamaño la mayoría y unos tres más pequeños, pero todos de aspecto inusual. Cubiertos de una coraza de abundante pelo negro largo, grueso y toscamente apelmazado de barro seco, habían perdido las suaves formas corpóreas –así los como blandos modales– que brinda la domesticación y eran marcadamente corpulentos y de enérgicos movimientos.

Lo peor era la expresión que tenían: colmillos desproporcionadamente grandes y filosos que sobresalían de sus babeantes hocicos cerrados, roncogruidos en clave gutural (esos que no se escuchan pero se sienten), nariz encallecida por hendirla en la turba buscando setas para alimentarse (se veía el suelo arado por todas partes) y una mirada penetrante y hosca con unos malignos ojos inyectados de sangre.

Se nos plantaron todos a la vez formando una línea territorial. No pintaba bien la escena, parecían estar a punto de atacar. De hacerlo, estaba claro que no nos iban a matar, pero llevarse unos mordiscos de uno de estos engendros bien podía terminar con un dedo menos, o algo más si atacaban en equipo.

Pablo me tomó ligeramente del brazo para retroceder lentamente indicándome que evite mirarlos directo a los ojos. Hicimos un rodeo largo mientras con la visión periférica vigilábamos que no nos sigan. Nos observaron sin moverse desde sus posiciones de alerta hasta que los perdimos de vista.

Ya alejados de este encuentro, Pablo me explicó que eran cerdos cimarrones: ellos –o sus padres o sus abuelos incluso– provenían de los pequeños corrales de la gente de campo, que un buen momento decidieron juntos o cada uno por su cuenta, brincarse la pirca, mandarse mudar y buscar su libertad.

Por las desérticas quebradas del norte es posible ver burros que se han vuelto salvajes: les llaman “burros alzados”, poderoso nombre que revela su atrevido carácter y su disposición a no renegar jamás de su costosa pero valiosa libertad. La Real Academia Española define alzado como engreído, soberbio e insolente. Pues justo así se mostraban estos puercos escapados.

Los años de esa nueva vida, sea como primera, segunda o tercera generación, los hizo libres a la vez que salvajes. En pequeños grupos, cuidándose entre ellos, adaptando su alimentación a la pobre oferta nutricional sobre los 4.500



metros de altura, defendiéndose de pumas y otros predadores, soportando soles implacables, granizadas, ventiscas y tormentas, reproduciéndose como podían, llorando a sus crías muertas por la adversidad y observando con orgullo a las que sobrevivían, reconociendo cómo sus antiguos cuerpos adiposos y lentos habían adquirido dureza, tono, potencia, velocidad y cómo su carácter ocioso y fofo pasaba a agresivo y decidido, capaz de enfrentarse a muerte a lo que sea o de partirle la bota de un mordisco a quien se le ponga al frente. En otras palabras, el retorno a su auténtica naturaleza, interrumpida por esa vacación por domesticación impuesta.

Los dejamos tranquilos para que nos dejen tranquilos, y mientras me alejaba percibí una extraña sensación de admiración por estos valientes. Y también, debo confesar, un poco de envidia.

La moda de hoy recomienda mostrarse como víctima social de algo, sea debido a la formación que nos dieron padres y escuela, el injusto e imperante sistema cultural, la ausencia de sensibilidad del prójimo, la egoísta condición humana, la pertenencia a una minoría, o lo que fuese o fuere necesario inventar, pues quien califica como tal merece comprensión, admiración, consolación y –si lo maneja con habilidad– compensación.

A mi simple modo de ver, se merece admiración por lo que se hace, no por lo que se es, y cualquier victimización social no revela otra cosa que debilidad de carácter.

Paradójicamente, cada concesión que se hace a cada exigencia progresista, lejos de satisfacer y tranquilizar al grupo que lo reclama, incrementa el desasosiego y la insatisfacción e induce a nuevas y mayores exigencias... hasta deformar el principio que les dio origen. Con cuánta claridad lo expresó Alexis de Tocqueville hace casi dos siglos cuando sentenció que cuando menos pesa el yugo, más insoportable se hace este.

Menciono todo esto porque las vicisitudes y percances que uno pasa en la montaña o en la vida, resultan entre minúsculas y ridículas comparadas con las que muchos han pasado y logrado superar.

Con mi alma de cortapalo pero que nunca exploró y menos descubrió nada, salvo el dolor de espalda y rodillas por las caminatas, hacía mis hallazgos en fascinantes lecturas de supervivientes de naufragios, expedicionarios polares en desgracia, pilotos perdidos en el desierto o simples pasajeros de avión caídos en cordilleras nevadas o espesas selvas.

Un librazo que leí y releí fue *Desperate Journeys, Abandoned souls* (Viajes desesperados, almas abandonadas) de Edward. E. Leslie. Una colección de desventuras que a las pocas páginas se le quita a uno lo quejoso y engreído.

Entre las muchas que reseña, está la de Pedro de Serrano. Un capitán español que en 1526 fue el único sobreviviente de un naufragio, quedando varado en las islas de San Andrés –más que una isla, un banco de arena– en el mar caribeño colombiano, siendo rescatado siete largos años después. Ya en su patria, Serrano adquirió popularidad en base a los fascinantes relatos de su épica aventura.

Doscientos años después, Daniel Dafoe conoció la historia de Serrano, así como también la del marino escocés Alexander Selkirk, que en 1704 naufragó en el archipiélago de Juan Fernández, en el océano Pacífico frente a Chile, donde estuvo cuatro años en solitario antes de ser rescatado. Combinando elementos de ambas, Dafoe escribió su imperecedero *Robinson Crusoe*.

Crusoe vivió solitario veintiún años en una inhabitada isla a la altura de la desembocadura del río Orinoco. Sin duda, es el campeón de los náufragos sobrevivientes, salvo por el pequeño detalle que su historia no es real, es ficción pura. En realidad, tal cosa no importa.

La epopeya de Serrano la relata magistralmente nuestro Inca Garcilazo de la Vega, en su monumental *Comentarios Reales de los Incas*. Muy recomendable lectura por estilo, contenido y como cura de llorones. Y para cerrar en forma traigo una brillante frase de Charles Chaplin: *mirada de cerca, la vida parece una tragedia; vista de lejos, parece una comedia*.

Jaula de Faraday

Con Pablo López en Huayhuash, ya dentro de la carpa en una tarde, empezó a tronar el cielo con rayos. Los truenos sonaban brutales, como un regimiento de tambores sin director que ponga orden, y los relámpagos atravesaban limpiamente el delgado *nylon* de la carpa. Por la diferencia de tiempo entre resplandor y sonido –unos 340 metros por segundo– calculamos que los rayos estaban cayendo a unos cuantos kilómetros.

Por trabajo he visitado muchas operaciones mineras en zona de sierra y he estado atento a las advertencias ante tormentas eléctricas. Según la distancia se califica en color verde si esta algo lejos, naranja en la periferia y rojo si está muy cerca. Las instrucciones de seguridad dentro de la camioneta para alerta roja las tengo grabadas: detenga el vehículo, apague completamente el

celular, baje la pértiga de la antena, suba totalmente las lunas, no toque nada de metal dentro del vehículo y espere que pase el mal tiempo. El aislamiento generado por las llantas, aunque estén mojadas, lo mantendrá a salvo.

Hubo una pausa de rayos y le avisé a Pablo que con mi reloj tomaría el tiempo exacto del lapso entre relámpago y trueno para calcular la distancia de dónde caían los rayos. A los pocos segundos sentimos un fogonazo de luz –como si tuviéramos un soldador de autógena al lado de la carpa– y simultáneamente y sin mediar instante alguno, los brutales ¡pumba, pumba! de los truenos. El maldito rayo había caído realmente cerca. No sé si a unos cien o cincuenta metros.

Nos miramos Pablo y yo con la típica expresión de expresión de sorpresa: ojos muy abiertos y sonrisa en los labios. Vaya usted a saber por qué se reacciona así. Él exclamó: –¡Joder!– y yo: –¡La puta!– Después un silencio. Pausaron los rayos y empezó a caer una fina lluvia.

Pablo me explicó que aun los rayos cayeran cerca –o incluso sobre la carpa– estábamos protegidos. Por el tipo de material profesional de los parantes de esta y por el hecho que estén clavados con fuerza en la tierra –ojo, no todos los guías hacen eso–, se genera el fenómeno conocido como la Jaula de Faraday.

Si se electrocuta una jaula de metal con un canario dentro y la base de esta se encuentra bien asentada al suelo, la electricidad recorre jaula y pajarito sin achicharrarlos y continúa a la tierra donde se disipa. Nicola Tesla salía muy bien en las fotos durante este experimento donde indiferente leía un libro mientras sobre su cabeza saltaban las chispas.

Siempre he recordado esa explicación y ciertamente tiene total fundamento. Pero depende de confiar en los materiales y la colocación adecuada. Además de si los rayos están al tanto del principio de la Jaula de Faraday y se van a

comportar en consecuencia. Que no salgan con el típico: –¡Ay, lo sentimos. Es que no sabíamos!–

En todo caso, una forma de verlo positivamente me lo dio a entender mi buen guía cusqueño Narciso Ccahuana, con quien hice el espectacular Camino Inca a Macchu Picchu. Personaje particular en aspecto y trato. Todo aquél que se le cruzaba –sea guardaparque, guía, porteador, cocinero o quien sea– le pedía un minuto y se apartaban para hablar brevemente en privado. Pasaba en toda la ruta y a cada rato; Narciso era archiconocido y solicitado con quien se encontraba. Incluso cuando acampábamos, se pasaban la voz y venían de otros grupos a hablarle.

Lo fui siguiendo con la mirada y veía que a la vez que conversaban, Narciso sacaba una bolsita con hojas de coca. Tomaba con la mano algunas y hablaba a su interlocutor que atento y sin interrumpir le escuchaba con atención. Muerto de curiosidad, al segundo día le pregunté qué hacía. No tuvo reparo en contarme: la gente lo abordaba para hacerle consultas personales sobre lo que fuere; amor, familia, trabajo, negocios, viaje, salud, y él les daba consejos en base a lo pintara el futuro según lo revelaban las hojas de coca. Sabía leerlas en función de cuántas salían del puñado que tomaba al azar, viendo si se mostraban en anverso o reverso, o estaban secas, tiernas, rotas, manchadas, etc.

Me ofreció gentil una consulta al paso –creo que no cobraba, algunos clientes le pagaban con galletas, cigarros o gaseosa– y caminé toda la tarde pensando qué preguntarle: la coca responde preguntas cerradas, no vagas o indefinidas. Al final me convencí de que es mejor vivir sin saber qué le pasará a uno y confiar en la buena estrella y el esfuerzo. Como que lo segundo atrae lo primero.

Conecto con mi mención a ver positivamente ser víctima de un rayo. En mis conversaciones con Ccahuana me comentó que hacía unos meses un turista

ruso lamentablemente había sido fulminado por un rayo en la cima del Huayna Picchu, el erguido macizo que se eleva vigilante sobre Macchu Picchu.

El pobre había venido no recordaba de qué parte de Rusia, si Moscú, Kazán o Novgorod, había cruzado medio planeta, llegado a Lima y empalmado a Cusco, había tomado el tren a Aguas Calientes, comprado su boleto, subido a Macchu Picchu y de allí realizado su ascenso al Huayna Picchu, para encontrarse en el tiempo y lugar preciso para que el Illapa lo reviente en una cita ciega pero puntual.

Policía, serenazgo, bomberos, fiscalía, consulado y demás se apersonaron para las gestiones y protocolos de rigor; el levantamiento del cadáver y su posterior autopsia, su traslado a Macchu Picchu y de allí a Aguas Calientes para luego embarcarlo en tren a Cusco. Hasta allí nomás llegó el *ruski* o, mejor dicho, hasta allí lo dejaron que llegue. El viril pueblo de Aguas Calientes, unido como un puño, guiado por las autoridades locales y avalado por dirigentes, curas, profesores, alumnos, ciudadanía y fuerzas vivas en general, se oponían a que el cuerpo sea repatriado y exigían sea enterrado en Aguas Calientes mismo.

Alegaban que quien cruza el mundo para una encontrarse con la muerte provocada por un rayo es El Elegido del Illapa, el dios del rayo, y por tal condición acá queda. De no ser así, vendrá la mala suerte y ocurrirán calamidades y maldiciones. Tremendo lío social que involucró gestiones diplomáticas de alto nivel, lágrimas de familias, pedidos de amigos y oraciones de sacerdotes que permitió amainar la queja y derivarla a un ofrecimiento de mejoras de un par de cuadras de las pistas con huecos del pueblo.

Ccahuana remató el relato subrayando que no importaba dónde enterraban al ruso pues en realidad su cuerpo inerte no era su cuerpo. Su cuerpo real “estaba” vivo en la cueva del rayo. Todas las víctimas del Illapa, sean llamas,

alpacas, guanacos, pumas, zorros, comadrejas, corderos, burros, vacas, cabras, perros, cóndores, caracaras, pastores, arrieros, ingenieros, árboles o arbustos, viven eternamente y en comunidad en una acogedora caverna subterránea donde nada falta, salvo el entretenimiento, pues verse y hablarse con los mismos debe ser aburrido. Salvo los momentos de bienvenida cuando llega un nuevo huésped.

Mientras eso ocurra, me imagino que matarán –suena irónico este matarán– el tiempo jugando canasta, bingo o *cachito*, incluso con ocasionales apuestas a plata, aunque tal vez sea riesgoso intentar cobrarle una deuda de juego a una víbora o a un toro dentro de una cueva.

Empujón al vacío

Retornando al campamento de la exploración que hicimos a la base del Artesonraju, andábamos mi guía y yo por una trocha angosta con un profundo abismo al lado, cortado a plomo. Escuchamos que atrás venía a buen paso una recua de burros de un equipo de escaladores. Me arrimé presto a un lado del sendero para darles espacio, dando la cara al borde del precipicio confiado en que había margen suficiente para que pasen los animales... sin calcular que la mochila que llevaba puesta me estaba agregando unos veinte centímetros de espalda. Además de pesados y de paso rápido, los burros andan en bamboleo según la pisada que toque y la carga les sobresale también un buen margen para cada lado.

Cuando el primero pasó me dio un leve empujoncito a la mochila suficiente para hacerme perder el equilibrio. De un momento a otro sentí que el cuerpo

se me iba al vacío. No tenía espacio para dar un paso al frente y estabilizarme y –por arco reflejo directo a la espina dorsal, esa reacción no pasa a la alta gerencia del cerebro para asegurar inmediatez– solté el bastón y con un rápido manazo logré asirme del mismo burro que me había empujado, no sé si de un amarre de su carga, o de una oreja, o del cardán que llevan bajo del chasis. Por suerte pude recuperar prontamente el equilibrio.

Los relatos que me cuentan de escaladores que trágicamente han fallecido en caída es que el cuerpo queda literalmente hecho un guiñapo. No quiero dar mucho detalle al respecto, pero se trata de troncos girados por completo, múltiples fracturas de huesos con músculos que se desprenden de estos, extremidades en las posiciones más inverosímiles o cabezas colgando a un lado sin enganche al cuello.

Como si el desafortunado hubiera sido desarmado y vuelto a armar, sin considerar el diseño original, con total descuido y arbitrariedad. Y algo más, muchas veces sin una bota puesta, la cual sale volando por la contracción muscular involuntaria como defensa ante el inminente impacto. De cómo quedan órganos interiores, eso lo saben los forenses de modo que mejor ni averiguar.

Newton no perdona. Para calcular el contrasuelazo en caída libre entiendo que basta multiplicar altura por peso y el resultado por dos. De modo que mis noventa kilogramos de peso cayendo limpio quince metros de altura –unos modestos cinco pisos– son 2.700 kilos de impacto sea sobre nieve, hielo o roca dura.

Pues bien, pasado el incidente del empujón del burro me di una pausa para recuperarme del susto y me asomé a lo que hubiese sido mi destino. Se veía la caída limpia, pero al acercarme al filo noté que por fortuna debajo había un solitario balconcito que sobresalía como a tres metros de él, suficiente para



detener mi caída allí. De modo que esta no hubiera tenido consecuencias serias. Como siempre mi Ángel de la Guarda atento en su turno 24/7.

Aunque quedé aliviado por esta constatación, igual esa noche se me vinieron los nervios y tuve un desfile de “muñecos”. No me sacaba la impresión de la cabeza y cuando intentaba conciliar el sueño se me venían unos saltitos de reacción a la caída. Por Dios que nunca más me pasó algo parecido: apenas aparecía un burro en camino, me colocaba hacia el lado interior buscando quedar bien parado o hasta sujetado de algo.

Mal cálculo

De malas decisiones tengo varias. Me tomo la libertad de referirme a una que, si bien no fue en caminata altoandina, sí fue en zona altoandina. Concretamente en Huaraz. Fui a esa ciudad por trabajo. Me recogieron de Lima en una camioneta grande cerrada y empezamos el recorrido costero para torcer antes de Paramonga y ascender a Conococha. Con chofer cauteloso y atento, iba tranquilo en el asiento del copiloto. A medio camino tuvimos una complicación.

Acabábamos de sobrepasar con holgura a un camión aguatero desvencijado y doblado por el peso del tanque que hacía agua por varios huecos. A unos doscientos metros delante nuestro había una curva con un bus que venía normal por su derecha, cuando justo aparece otro que irresponsablemente empezó a sobrepasarlo ocupando el carril contrario. Nuestro conductor

frenó fuerte pero controlado, para darle espacio extra a este hijo de las mil putas que se nos venía con un margen mínimo para maniobrar.

El punto es que el bus irresponsable recuperó su carril derecho, le saqué el dedo medio por la ventana a modo de saludo a su progenitora y, cuando lo enfundaba, sentí una brutal explosión en la espalda que me lanzó hacia adelante.

¿Qué había pasado? Pues que el camión aguatero que teníamos atrás y acabábamos de pasar, no pudo detenerse a tiempo cuando frenamos y nos chocó por detrás. Aparte del ruido y el impulso violento, no hubo mayor daño: el frontal plano del camión golpeó contra el posterior plano de la camioneta, de modo que el contacto quedó repartido en una abollada pareja, además que veníamos con cinturones de seguridad colocados.

Lo paradójico del caso –y esto me costará explicarlo– es que mis sentidos y mi mente procesaron el evento de un modo sumamente extraño. A la vez que veía que el bus maldito que teníamos por delante retomaba su carril derecho, el de atrás nos impactaba. Sin embargo, mi mente no lo procesó así y en milisegundos lo tomó como que el bus imprudente que teníamos al frente finalmente sí nos había chocado, pero antes que lo hiciera físicamente el sonido del impacto ya nos había alcanzado. Como una película en la que el sonido está “adelantado” respecto de la imagen. O un evento de física cuántica invertida en el que el sonido viaja más rápido que la luz. Por cierto, cinco segundos después del impacto, ya comprendí que el choque vino por detrás.

Discusión estéril con el camión aguatero, aun cuando la culpa es invariablemente del que colisiona por detrás, y que antes pasaba un camello por el ojo de una aguja que ese camión una revisión técnica. En fin. Continuamos ruta y llegamos a Huaraz al final de la tarde. Nos

esperaba al día siguiente un recorrido largo por una operación minera. Me alojé en el grato Hotel Andino, a varias cuadras del centro. Busqué cenar temprano y ligero para dormir tranquilo la primera noche.

Al poco de empezar a comer tuve de un momento a otro una sensación física extraña, intensa y creciente. Como un dolor de espalda que recorría la zona lumbar que iba en aumento sin hacer meseta, como una perilla de volumen infinito. Dejé el plato y subí a mi cuarto cogido de las paredes. Tenía ganas de vomitar, hacer pis y lo otro a la vez, vértigo, sudor frío y el dolor continuaba su *crescendo* sin piedad.

Llamé por teléfono al amigo con el que vine y no respondía. La cosa no paraba y seguía sin saber qué demonios tenía. Hasta que apareció en mi mente un auto diagnóstico: ¡cólico renal! Nunca había sufrido uno. Quizá lo tenía allí guardado en el riñón y el golpazo del choque sacó una piedrilla de su sitio e inició su Gólgota por la uretra. De cólicos renales había escuchado historias de personas que clamaban morir a continuar sufriendo. Busqué en Google la dolencia y no había duda: estaba sufriendo un cólico renal.

Me puse en modo manejo de crisis –ya en ese tiempo me dedicaba profesionalmente a esa materia– y empezó mi rosario de bestialidades. Al menos tenía un diagnóstico propio y al parecer acertado. Faltaba ver qué recursos tenía: algo de dinero, tarjeta de crédito y podía moverme, aunque a duras penas. No recordé que tenía seguro particular de la Clínica San Pablo –aunque tenía el carné en la billetera– y su completo centro médico en Huaraz, por lo que bien podía haber pedido me envíen una ambulancia para que me auxilie.

Bajé a recepción a pedir un taxi, eran como las nueve de la noche y el cuartelero no tenía idea de cómo hacerlo. Sin dudar y doblado de dolor,

salí a la calle a buscar uno y paré al primero que pasó ordenándole me lleve al hospital público. Entré por emergencia, les expliqué a las enfermeras mi trance y me dijeron que no podían atenderme pues no había doctor a esa hora. Les insistí fuerte y me respondieron igual de fuerte, las muy..., bueno. Eso mismo.

Deambulé por los pasillos y di con la ventanilla de Caja con un muchacho que atendía. Le pedí desesperado me ayude a aliviar mi situación y, muy oficioso y colaborador, dejó su asiento y regresó al rato con dos ampolletas y una jeringa. Me dijo que él veía –literal, él veía– que los médicos las recetaban para pacientes con dolor. Yo no tenía la menor idea de qué podían ser. ¡Receta médica del cajero, bien allí! Mejor que nada.

Le agradecí y regresé donde las brujas enfermeras, que se negaron a aplicarme la inyección pues no tenía receta. Amenacé con ponérmela yo mismo delante de ellas, se miraron las caras y siguieron conversando como si lloviera. La peor combinación que un paciente puede enfrentar: burocracia e indiferencia.

Salí a la calle transido de dolor y dí con mi taxista que solidariamente se había quedado esperándome. Ya estaba en el límite de la conciencia con el microasteriote de mil puntas hiriendo las paredes mi sensible uretra, cuando me propuso ir donde una señora que sabía ponía inyecciones. Le ordené que vayamos raudos y llegamos por unos caminos de tierra poco iluminados, ya casi a medianoche, a una modesta casita de un solo piso. El taxista tocó el vidrio de la puerta y le explicó la situación a la señora que abrió. Apiadándose de mí, esta compasiva dama me pidió las ampolletas y sin mirarlas me indicó que me acueste en un camastro ubicado apenas se traspasaba la puerta, donde a medio tapar roncaba boca abajo un gordo en cueros. Me bajé el pantalón y me lancé boca abajo al lado suyo, mientras le decía a la señora que no se confunda y que le apunte al blanquito.

Un hincón que no sentí y en ciento diez segundos contados mentalmente, el dolor empezó a bajar radicalmente. A la media hora, ni rastro. El buen cajero acertó con la receta, probablemente dexametasona y ketorolaco. Bien pudo darme arsénico con cianuro. ¡Igual se me hubiera ido el dolor con ellos!

La jornada de trabajo del día siguiente fue larga, pero la cumplí sin dolor. Llegando a Lima dos días después y ya en casa sentí de un momento a otro que meaba magma. Clínica inmediata y diagnóstico de infección urinaria. Antibiótico y pronta recuperación.

Avería pulmonar

Habrán advertido que mi secuencia de percances va de intensidad menor a mayor. Llegando a la última me toca referir a aquella que sin duda constituyó una situación límite. Fue en ocasión de mi quinta y última expedición a Huayhuash, acompañado de varios pumas al mando de Pablo López.

La ruta estaba prevista para en cinco días andar por unos tramos que en gran parte nos eran inéditos. Al poco de iniciar la caminata le pedimos a Pablo acortar los días para el mismo recorrido, de modo que la completemos como estaba previsto en cuatro días; no importaba si cada jornada fuera más larga de lo planeado, pero nos ahorrábamos una noche de campamento de las que todos teníamos alergia. Pablo aceptó luego de advertirnos de que lo haríamos a nuestro riesgo y no aceptaría una sola queja de cansancio.

Cuando salimos de Lima yo traía una no tan ligera congestión pulmonar que me tenía varios días afectado. Confiado en experiencias previas, la sola estadía en el seco clima andino me curaría enseguida del todo. Lamentablemente esa vez no funcionó así.

Salimos de Llamac el primer día y luego de un largo y tedioso ascenso acampamos cerca del río Achín. Al amanecer del día siguiente vadeamos en ropa interior un helado y medio traicionero arroyo que venía con más fuerza de la que aparentaba, y que tenía una vaca bastante muerta en la otra orilla, para continuar otro ascenso pesado y con golpe de calor por el intenso sol que nos daba de lleno para llegar a Gascapampa.

La congestión pulmonar se mantuvo estable durante la mañana pero en el ascenso al paso Yaucha a 4.850 metros de altura se empezó a complicar y empecé a respirar con dificultad y tener sensación continua de cansancio. Mantenía a duras penas el paso del grupo, sin abrir la boca. Soy deirme quejando, resoplando y echando sapos y culebras cuando me siento bien, pero en la penuria ando en el silencio de quien no la está pasando mal.

Del abra Yaucha bajamos los casi mil metros de diferencia hacia la quebrada Huacrish donde finalmente acampamos. Nos tocaría al día siguiente superar el abra del mismo nombre que anda por los 5.000 metros de altitud y de allí un día más para cubrir el largo tramo hasta Llamac.

Antes de dormir me cargué una dosis de automedicación que por tardía sabía que poca eficacia tendría, como en efecto fue. Pasé una noche de perros y amanecí debilitado y con la congestión pulmonar decididamente agravada: alta carga de flema profunda, clara inflamación bronquial, pulmones silbando y la sensación de respiración superficial que no oxigena nada. Quien tenga algo de curiosidad fisiológica podrá comprobar que la respiración –como todas las funciones del cuerpo– son una absoluta maravilla de la naturaleza.

Los anchos conductos bronquiales son progresivamente reducidos en otros cada vez más angostos y delicados hasta llegar a los microscópicos alveolos pulmonares. En ellos se produce un intercambio a nivel molecular –subrayo, molecular– donde cada glóbulo rojo encuentra un punto de contacto con el aire inspirado donde en un instante canjea dióxido de carbono por oxígeno. Los glóbulos rojos deben prácticamente contraerse para poder pasar por los estrechos pasadizos capilares en estos alveolos. Una pequeña afectación a ese nivel por alguna disfunción afecta el proceso y como resultado se respira a medias. De modo que uno se cansa, no puede caminar y hasta allí nomás llega.

En el desayuno convoqué a junta de pumas y les expliqué por lo que estaba pasando. Estaba reventado de los pulmones, respirando a media máquina y sin remota posibilidad de completar los dos días que restaban y menos aun sortear el paso Huacrish que cada vez que lo veía amenazante al frente sentía se me iba el alma. Les proponía en concreto recortar la expedición un día de modo que viéramos directo a Llamac de un tirón, en una jornada sumamente larga y ondulante que acabaría en el duro bajón de mil metros de Pampallamac a LLamac. De allí al auto y a Lima, para llegar a casa de madrugada.

Para cualquier grupo de caminantes que han separado tiempo de sus trabajos y familias, han hecho un gasto económico importante y tienen la excitación de una travesía desafiante, el dilema de sacrificar el plan inicial para que un débilón se ponga mal y les arruine todo, es asunto incómodo.

Grande fue mi sorpresa y emoción cuando espontáneamente y al unísono todos los pumas sin excepción se pusieron solidariamente de mi lado y aceptaron la propuesta sin remilgos. Con frases como tu seguridad es lo primero, no te preocupes en absoluto, nos lo hubieras dicho antes, no faltaba más, entre otras.

Bueno, semanas después confidencialmente me confesaron uno a uno que la solidaria actitud no tuvo nada que ver con lealtad al caminante malogrado, sino que estaban exhaustos de la jornada, ya habían visto bastante, todos habían tenido pesadillas esa noche con el paso Huacrish que les esperaba y lo que más deseaban era regresar a casa lo más pronto posible, pero por vergüenza viril no se atrevían a plantearlo. De modo que les hice el favor de su vida al darles una salida digna a sus sufrimientos.

Sin caballo que me asista –Pablo nos tenía una confianza claramente desmedida– caminé y caminé en silencio, cuidando mi velocidad y respiración, hidratándome más de lo usual, descansando por breves momentos y –lo más terrible– engañando a mi mente y no pensando en llegar a Llamac, sino simplemente pensando en llegar a cercanos hitos, sean el siguiente árbol, la siguiente roca, el siguiente recodo, etc. Estas “micrometas” me permitían sentir pequeños triunfos que me reducían la angustia. Ese modo de distraer a la mente de pensamientos derrotistas que roban el ánimo es el que permite que el cuerpo asuma el comando y no se detenga.

La ruta que haríamos cortaba camino y a paso normal tomaría un día y medio. Imposible: había que hacerla en un solo día. La última sección la iniciamos como a las cuatro de la tarde, debiendo bajar los mencionados mil metros a Llamac de interminables escalones altos e inestables. Para amenizar la escena, se desató una intensa tormenta de lluvia, granizo y rayos lejanos que empapó la senda. Aunque bajar requiere menos esfuerzo físico, demanda más precaución ante resbalones y caídas, y la precaución exige buena oxigenación.

Siempre caminábamos con algunas separaciones que dependía del ritmo de cada uno, deteniéndonos en un punto para reagruparnos y repostar energía. Le pedí a Nicola que camine delante mío a no más de diez pasos

y que no se me separe. Sabía que el solo hecho de tener una persona cerca, así no sea capaz de hacer nada por uno, genera una sensación de protección que porque sea ilusoria no deja de funcionar. Concentrado en ver su hombro, sin hablarnos, mantuve el paso en automático hasta llegar a Llamac casi de noche.

Enrumbamos a Lima de inmediato llegando cerca de las tres de la mañana. En el viaje venía tosiendo a la mala, pero estaba sentado, caliente y cómodo. A las siete de la mañana estaba en la clínica, donde el médico en cinco minutos me puso tres indovenosas y severo me advirtió que un día más sin tratamiento y entraba en una pulmonía de la que no me sacaría ni Santa Rita, Patrona de los Imposibles.

De ese modo me despedí de Huayhuash. Y según advertí antes, casi de este mundo.

COMPROMISO DE ESCALADA

Este artículo lo publique en mi web profesional de manejo de crisis en un ensayo de conectar toma de decisiones en entornos de negocios y de escalada de montañas. Lo grato de entrar a edad mayor es que se empiezan a identificar tramas y urdimbres no reconocibles a simple vista por el principiante, a modo de patrones y estructuras subyacentes que organizan solapadamente procesos y dinámicas que aparentemente responden a caos, pero que bien mirado están reaccionando a parámetros predefinidos o arquetipos. O algo así.

No siempre se acierta en ese proceso detectivesco, pero entretenido es. La verdad es esquiva por naturaleza y conviene reconocer que bien sabe ocultarse o camuflarse. Lo importante es ir con el sesgo de duda permanente y nada dar por hecho y definitivo. Abandonar convicciones y creencias absolutas no es síntoma de ligereza, sino de apertura al cuestionamiento constante, que es clave para llegar a la verdad. Y quien no es curioso perpetuo, sediento de asombro, abierto a la duda, lector asiduo y entusiasta de la discusión de ideas, pues lejos no llega. O llegará solo hasta donde otros quieran que llegue.

Lee y conducirás; no leas y serás conducido. Así decía –o se le atribuye a– Santa Teresa de Jesús.

Pues basta de preámbulo para justificar espacio para un artículo profesional –o que pretende serlo– y voy a él.

Atrapado por la decisión

Enfrascarse en guerra de precios con la competencia, conflictos bélicos entre países, confrontaciones políticas con los opositores o en aventuras empresariales que solo dan problemas y pérdidas, son experiencias dolorosas y costosas a las que es fácil entrar, pero difícil salir. Cuando el compromiso de no dejarnos doblegar por los competidores, vencer por la nación enemiga, ceder ante la tienda política adversaria o amilanarse por las cifras permanentemente en rojo lo asumimos en modo “rendirse nunca-retroceder jamás, fallar no es una opción, fuerte es quien se levanta de las caídas o el ya verán con quién se han metido”, es que hemos canjeado compromiso por obsesión.

Ante cada tropiezo o movida agresiva de la contraparte aumentamos peldaño a peldaño la apuesta, incrementamos el ataque, extendemos el esfuerzo no importa el sacrificio y hasta –como Hernán Cortés en la conquista de México– averíamos las naves para renunciar a la reculada. Nuestro omnipotente cerebro emocional –ese que no sabe leer y menos sumar y restar, pero está cargado de sensaciones e impulsos inconscientes– tomó el timón de nuestras decisiones. Hemos entrado en escalada por no renunciar al compromiso asumido inicialmente, aun cuando desde todo punto de vista no convenga sostenerlo. Es la llamada escalada por compromiso.

Cerebro que manda

Nuestro cerebro emocional está anclado en nuestra mente primitiva. Un mega procesador que dispara de manera autónoma e incontrolable poderosos impulsos en los que se enredan los afectos, los recuerdos, los miedos, las ansiedades, las preferencias, las aspiraciones, la autoestima y todo un cóctel de reacciones bioquímicas a nivel neuronal interconectado por un cableado de banda ancha con los sistemas corporales: muscular, respiratorio, digestivo, esquelético, etc.

Al otro lado de este cerebro emocional está nuestro moderno cerebro racional. Pináculo de la evolución humana, capaz de verbalizar, calcular, teorizar, pronosticar, especular y desarrollar toda la compleja gama del pensamiento lógico, abstracto, analítico, sistémico, deductivo, inductivo y crítico... que poco puede hacer en la lucha contra el emocional.

Cuando la emoción y razón forcejean –o dicho de manera más elegante, corazón y mente disputan– la primera se lleva de encuentro a la segunda, pero no de manera violenta. El cerebro emocional le susurra al racional una sutil melodía que este no oye, pero le llega difusa y como por encanto le persuade de su decisión... haciéndole creer –a él, el cándido cerebro racional– que fue su decisión autónoma.

El psicólogo Daniel Kahneman lo explicó tan claramente en su libro *Pensar Rápido Pensar Despacio*, que le fue concedido en el 2012 el Premio Nobel de Economía. En la película *Intensa-Mente* (Inside Out, producida por Pixar en el 2015, que obtuvo el Oscar a la mejor película de animación y nominada al mejor guión original), la pequeña Riley es gobernada inconscientemente cual robotito por Alegría, Tristeza, Temor, Furia y Desagrado. Yuval Harari lo resalta claramente en su serie de *Homo Sapiens* y *Homo Deus*, y hace poco con *Nexus*.

Entre negocios y montañas

El punto es que una vez en escalada, las decisiones no se toman en base a una apreciación razonada del enorme costo que exige continuar en la lucha y la escasa posibilidad de ganarla. Los directivos de una empresa atrapada en ella pueden evaporar el patrimonio y hasta verla morir en el trance, si no deciden a tiempo abortar la misión, encajar el costo ya asumido, buscar una salida inteligente –quizá su adversario le dejó un puente de plata para la huida o está tan o más interesado que usted en discutir una tregua– y detener la hemorragia. Total, los ingleses sostienen que si se desea salir de un hoyo lo primero que se debe hacer es dejar de cavar.

Todo esto suena muy dramático, pero ni por asomo se acerca cuando son las personas las que protagonizan la escalada por compromiso en una escalada –valga la redundancia– de alta montaña, concretamente cuando unos entusiastas se imponen el objetivo de hacer cumbre en el techo del mundo: el Everest.

Superarlo supone un enorme desafío físico, curiosamente no tanto técnico pues hay montañas de menor altitud bastante más difíciles, además de económico. Dependiendo del tipo de servicio, un cliente debe pagar entre 50.000 y 120.000 dólares a la agencia que organiza la expedición, aparte de los 11.000 que cobran las autoridades locales por derecho de acceso. Alrededor de mil escaladores intentan cada año llegar a la cima, entre clientes, *sherpas* y personal especializado, teniendo éxito en promedio la mitad, en una temporada de buen clima.

Las agencias que proveen el servicio de guía y suministros exhiben severas políticas de seguridad que incluyen explícitamente la potestad de ordenar al cliente regresar al campamento si durante el ascenso da muestras de debilidad o fatiga, o si hasta las dos de la tarde de la jornada de ascenso final –esta toma dieciocho horas entre ida y vuelta– no ha alcanzado la cima pues deben asegurarse que estará en condiciones de retornar por sí mismo al campamento cuatro, que se encuentra a 7.950 metros de altitud, 900 metros más abajo que la cumbre.

Esta regla se aplica incluso estando muy cerca de coronar, algo muy frustrante para los clientes por todo lo que han invertido, razón por la que presionan duramente a los guías para que les extienda el límite de tiempo. Sin embargo, nunca el progreso del ascenso es previsible pues depende del estado del tiempo, de la necesidad de asegurar cuerdas fijas en los tramos difíciles y sobre todo de demoras por la presencia de numerosos escaladores, muchos de ellos lentos, lo que obliga a formar fila en los pasos complicados, sobre todo en el Escalón Hillary, una pared de algo más de doce metros de altura, algo técnica y muy cerca de la cúspide.



Trágicas consecuencias

En mayo de 1996, ocho de un grupo de veintitrés escaladores fallecieron durante el retorno de la cumbre del Everest. El ascenso tenía un ostensible retraso de varios clientes que persistían en hacer cumbre a pesar de las advertencias de mal tiempo. No obstante, continuaron hasta que la tormenta llegó, con ráfagas de viento y nieve rugiendo a más de cien kilómetros por hora, oscureciéndolo todo y limitando la visión a muy pocos metros. Algunos quedaron atrapados por las condiciones del clima y el cansancio, y otros a duras penas pudieron llegar al campamento con ayuda de rescatistas, en esfuerzos realmente sobrehumanos.

Esta tragedia fue calificada como la peor en la historia del Everest hasta ese momento. La situación inició discusiones y cuestionamientos acerca de la seguridad de los escaladores y la presión comercial de las agencias. La desgracia se repitió en el año 2019: un embotellamiento de alrededor

de trescientos escaladores cerca a la cumbre los obligó a esperar por horas su turno para llegar a la cima.

Sobre los 8.000 metros de altitud –en la llamada zona de la muerte– el cuerpo humano entra en cuenta regresiva hacia su colapso. Una sobre extensión de tiempo arriesga la vida. El lamentable resultado fueron once fallecidos y un elevado número de afectados por congelamiento que terminaron varios de ellos con dedos de manos y pies, orejas y narices amputados.

Los clientes quedaron atrapados durante la escalada por el compromiso de llegar a la cima. Sin duda se requiere mucho de él para superar las duras exigencias del ascenso, pero cuando el compromiso obnubila la capacidad de apreciación objetiva de las condiciones, se convierte en obsesión que puede ser el primer paso a la perdición. La decisión del escalador de continuar la marcha se basa en un pensamiento repetitivo y circular: –He asumido un sacrificio enorme para hacer cumbre y no me puedo fallar a mí mismo–.

Además, ¿cómo responderle a familia y amigos que me gasté el dineral (ojo, es costo hundido: la agencia cobra la misma tarifa haga usted o no cumbre), me entrené al límite, colgué fotos de mis preparativos en mi Facebook, tomé dos meses de vacaciones y visa familiar (es lo que demanda viajar a Nepal, arribar al campamento base, desarrollar el largo proceso de aclimatación, trepar los cuatro campamentos, atacar la cumbre, regresar al campamento base y retornar a Nepal y luego a casa)... y no traje la foto heroica donde salgo en la cima del mundo? Allí el cerebro emocional toma comando y clava una banderita en el neocórtex que ordena: –¡Sigamos subiendo!–

Las agencias quedaron igualmente atrapadas en la escalada. Su propia publicidad aseguraba, muchas veces exagerando, la tasa de éxito de sus clientes logrando alcanzar la cumbre, más si son los propios dueños de

estas las que lideran los grupos. La exigencia regulatoria para autorizar el ascenso a un escalador no pasa más allá de un certificado médico y no son pocos los casos en que los clientes aprenden el uso de crampones, bastones, piolets, mosquetones y cuerdas, en el mismo campo base del Everest.

Hay situaciones en que los clientes son literalmente cargados por los guías. Si además la agencia es *low cost* y cuenta con equipamiento de baja calidad, *sherpas* inexpertos, oxígeno lo indispensable y se confía en la buena suerte más que en el pronóstico del tiempo, pues las condiciones objetivas son más que propicias para que las cosas vayan mal.

En la edición del veinte de abril del 2019, The Economist reseñaba en un artículo titulado The Trouble With Tech Unicorns cómo estas compañías privadas de reciente creación –los llamados unicornios– como Uber, Airbnb, Wework, Lyft y Pinterest entre otras, que habían captado ingentes fondos de inversión, tenían todo menos ganancias.

Uber estaba por cerrar una IPO (Initial Public Offering) por diez mil millones de dólares. El punto es que una docena de estas empresas habían reportado pérdidas por 14.000 millones el 2018 y el acumulado registrado entre ellas era de 47.000 millones en contra.

La explicación de esta “tormenta de escalada” (ojo al nombre: *blitzscaling*, así lo denomina el artículo) donde se invierte en empresas que pierden dinero es compleja y pasa por la apuesta del *winner takes all* (mercados en que basta que la calidad del servicio de un competidor sea mínimamente mejor que la del resto para que capture prácticamente el íntegro de las ganancias del sector), así como la sobre estimación de las economías de escala a los que estos negocios entran y por la percepción de barreras de entrada a la competencia que sus promotores aseguran. El artículo llama a repensar lo que constituye una aproximación insostenible a los negocios.

De modo que no es difícil quedar atrapado en una escalada por compromiso sea esta una montaña, un negocio inconveniente o una confrontación comercial, bélica o política. Regresar averiado pero vivo de un ocho mil no coronado puede para algún tonto –que seguramente solo ha visto montañas por NatGeo– ser el retorno de la vergüenza (*the walk of shame*). Bien mirado, es simplemente una decisión inteligente y oportuna inmune al qué dirán los otros y al qué dirá nuestro yo interior.

En el trágico episodio del Everest en el 2019, escaladores de alta performance renunciaron a alcanzar la cumbre al ver la fila interminable que les precedía. Hicieron cálculos de tiempo y entendieron que el continuar era suicida. Si ellos pueden dar la vuelta, ¿por qué yo no?

Como dice el montañista madrileño Ramón Portilla: –Cerca de la cima siempre hay mil excusas para bajarse y una sola razón para subir–.



DIABLO MUDO

Diablo Mudo

Hablarle a tu dios, sea cual este fuere, es oración. Pero si él te contesta, eso ya es esquizofrenia (peor si, como Abraham, escuchas que te ordena matar a tu hijo). Al demonio no se le reza, pero con frecuencia se le invoca y a veces se le pide inspiración y ¡vaya que responde con buenas ideas!

Pero basta de digresiones baratas que uso de excusa para traer a colación unas reflexiones que anoté precisamente cuando andaba frente al Diablo Mudo, un robusto macizo de Huayhuash, y de las que me sirvo para cerrar estos relatos.

Esto pasaba por mi cabeza en esos parajes.

Es casi mediodía y hace dos horas que ninguno de mis amigos habla. Tenemos al colosal Diablo Mudo al lado como testigo de nuestro paso.

Luego de cinco horas de subir por estrechos y empinados caminos que cruzan varios pisos ecológicos, estamos por superar el abra Tapush cerca a los 4.800 metros de altitud.

Mis pensamientos se hacen repetitivos: –¿cómo va mi paso?, ¿estoy respirando bien?, ¿cómo ando de energía?, ¿cómo van mis compañeros?, ¿quién vivirá en esa pequeña cabaña de pastores?, ¿dónde duerme esa gaviota andina que nos sobrevuela?, ¿cuánto falta?–

Silencio, en fin, sea por auto concentración o por el influjo del Diablo Mudo, cuyo nombre no parece gratuito.

A poco de pasar el abra Tapush se nos presenta un paisaje espectacular: un flanco de nevados cruzado por valles glaciares en forma de U. Un auténtico libro abierto de geología. Varias veces y durante miles de años toda esa zona estuvo cubierta de hielo, que a medida que lentamente avanzaba como pacientes pero porfiados ríos congelados, fracturando y empujando rocas de todo tamaño, fue despejando el paso y puliendo los bordes de las montañas como gigantescos *bulldozers*. Luego, por las cíclicas variaciones naturales de temperatura global, el hielo abandonó esos cauces dejando su impronta personal.

Poco más abajo cruzamos una zona amplia de suelo oscuro donde podíamos encontrar fósiles marinos. No sorprenderse, hubo períodos geológicos en que los polos no tuvieron hielo y el mar cubría Centro América, buena parte de Europa y bien entrada la Cordillera de Los Andes. En otros períodos, las capas de hielo polar cubrían la mitad de Estados Unidos y el tercio norte de Europa, sin contar con la última glaciación hace diez mil años. En alguna era, el continente antártico fue una tupida selva. El cambio climático siempre ha existido, derivado de complejos patrones terrestres.

Nuestra búsqueda de fósiles marinos incluía amonites (esos moluscos con concha en espiral que existieron en el mesozoico, hace 180 millones de años) y contemporáneos suyos como los nautilus, los barquillos, los mejillones y los pepinos de mar. Por más que buscamos no encontramos trilobites. Estos sí que son cosa seria, pues tienen otras credenciales: paleozoico antiguo, 350 millones de años. Hay muchos en Cerro de Pasco y en Bolivia.

Al final, todo se trata en entender dónde estás parado. Ocupas un imperceptible micro instante en un entorno que parece hubiera estado inalterado desde siempre. Pero no es así. Al contrario, es dinámico, cambiante y se va tallando en diferentes formas durante millones de años. Suelo oceánico una vez, elevado luego por mega fuerzas de la sub corteza terrestre, después calentado, presionado, compactado, erosionado, glaciado, alterado, poblado... y luego caminado por este bípedo que empieza ingenuamente a intuir la magia de las montañas y la existencia de los *apus*.

Y recién allí, empequeñecido con la grandiosidad del entorno y del tiempo, siente que solo mostrando un profundo respeto y admiración, su espíritu se expande. Esas son, después de todo, las montañas. Y el Perú es un país de montañas.

Rodillas un tanto machacadas, exigencia física, sobreconsumo calórico, trepadas y bajadas que no acaban nunca, siempre en suelos inestables de piedras, nieve, granizo, barro resbaloso y hielo más resbaloso aun. Frías noches en las que se duerme poco, eventuales dolores de cabeza y alguna que otra avería menor. Pero siento que voy entero. Según pasan los días, el cuerpo se fortalece –o se resigna– y responde mejor. Dos días antes habíamos superado el paso Cuyoc cerca a los 5.000 metros de altitud. El último día iremos desde la espectacular laguna de Jahuacocha a Llamac, bajando de golpe un desnivel final de más de mil metros.

Todo esto puede asustar algo, pero con voluntad se hace. Le aseguro que regresará energizado y totalmente ecualizado. Además, las comodidades de su casa, comparadas con las incomodidades del campamento, le parecerán propias de un hotel cinco estrellas, aunque Huayhuash siempre le ofrecerá las noches más estrelladas que pueda imaginar.

Finalmente, gracias a esa imponente cordillera, siempre podré soñar en sus montañas, incluso años después de haber andado por ellas, tal como las soñaba cuando siquiera las conocía, y sin duda las soñaré luego que se apague la última luz de mi última estrella.

El fascinante Joseph Conrad, que buena parte de su vida navegó por el globo en tiempos de naves de madera a vela y con solo ayuda de mapas, compases e instrumentos visuales de orientación, enfatizaba el real significado del concepto de partida y recalada.

El primero no alude a zarpar de un puerto; es cuando dejado este ya no es posible divisar tierra. A su vez, la recalada no es el momento en el que se arriba al puerto de destino; sino cuando se ve tierra por primera vez luego de una larga travesía oceánica. Dependerá de la habilidad y experiencia del capitán y su piloto identificar en qué demonio punto costero se hallan realmente.

Conrad representa mágicamente el viaje final de la vida, ese del que a todos nos toca y del que nadie regresa. En él, dice Conrad, recalada y partida son instantáneas y se funden en un momento único de suprema y final atención.

¡Eso habrá que verlo!

Lima, setiembre del 2024.



